

EL MUNDO OCULTO



Alfred Percy Sinnett

EL MUNDO OCULTO

Por

Alfred Percy Sinnett

MARDETEOSOFIA.COM

Dedicatoria

Afectuosamente dedica este libro después de haber solicitado y obtenido su consentimiento, a aquel que en la comprensión de la Naturaleza y la Humanidad ocupa, aunque alejado, un puesto entre los filósofos y hombres de ciencia más avanzados y cuyos representantes admiten en el hombre poderes parecidos a los por él constantemente empleados: a

— Mahatma Koot Hoomi.

cuya benévola amistad cuenta ser bastante para permitir al autor de este libro presentarlo al mundo Europeo.

— Alfred Percy Sinett.

Contenido

[Prefacio](#)

[Introducción](#)

[El Ocultismo y Sus Adeptos](#)

[Primeras Experiencias de Ocultismo](#)

[Sonidos Misteriosos y Mensajes a Distancia](#)

[Incidente del Medallón](#)

[Cartas Comprobatorias](#)

[Consideraciones Cósmicas Sociales](#)

Prefacio

Me atrevo a pensar que este volumen ha adquirido una importancia que no se le atribuyó al principio, ahora que la experiencia posterior me ha permitido hacer una investigación para un tratado filosófico más elaborado. En el trabajo posterior, me he esforzado por exponer las líneas generales de ese conocimiento sobre los misterios más elevados de la Naturaleza que las siguientes páginas describen como dominados por los hindúes “*Mahatmas*” (sabios) o “Hermanos Adeptos”. A ese trabajo posterior, por supuesto, se debe referir al lector cuya atención puede ser captada por la historia contada aquí; pero mientras tanto, la presente introducción al tema puede ser recomendada a un aviso público ahora en un tono más seguro que el que estaba justificado en abordar cuando se presentó por primera vez. En ese momento, las experiencias con las que me sentí impulsado a relacionarme no representaban una promesa absoluta de la enseñanza sistemática que se me concedía después. Ciertamente, esas experiencias en sí mismas me parecieron que demandaban ser contadas. Parecían demasiadas extraordinarias para dejarlas enterradas en la conciencia de las pocas personas interesadas en ellas. Era cierto que no dilucidaban grandes principios de la ciencia; simplemente sugirieron que para algunos de los fenómenos anormales que han llamado la atención del público durante los últimos años, una explicación más científica que la que usualmente se asigna podría ser posible. Ellos ofrecieron, si no una prueba absoluta, al menos una suposición abrumadora, de que los hombres vivos realmente podrían desarrollar facultades calificadas para operar libremente en ese plano superior de la Naturaleza más allá del alcance de los sentidos físicos que, en general, se suponía que eran accesibles solo a los espíritus de los muertos. Pero todo estaba todavía en la sombra y mal definido. La historia que tuve que contar reveló una posibilidad magnífica más que una perspectiva definida. Quizá aún hubiera sido una historia interesante, incluso si el telón hubiera caído sobre la situación tal como lo dejé cuando estas páginas se juntaron por primera vez, pero

no habría sido nada en aquel entonces, en comparación con lo que se ha convertido.

Ahora la posición en la que se encuentra el tema ha cambiado por completo. Las comunicaciones tentativas dirigidas a mí; correspondiente de mi "*Mahatma*" (sabio) en primera instancia han fundado el camino para una larga serie de cartas aún más instructivas y valiosas. También me ayudó en otras formas, mi comprensión de la filosofía oculta, desarrollada hasta el momento durante los dos años posteriores a la primera aparición de este volumen, que me permitió publicar una declaración más importante, definir los esquemas de esa enseñanza y exponer en forma conectada y comprensible la gran teoría esotérica de la evolución humana en esta tierra (y de la cosmogonía de la que depende) de la que tratan los Adeptos. Atraído por esto tanto como lo estaba en aquel entonces, ciertamente estaba lejos de adivinar la magnitud de los resultados. Pero ahora que las proporciones de la revelación por lo que he sido felizmente un instrumento para el servicio de mis lectores se ha hecho evidente, vuelvo al episodio introductorio de esta misión, con la certeza de que no quedare en deuda con nadie que me preste su atención como una pérdida de tiempo.

Soy lo suficientemente valiente como para decir esto porque los Mahatmas o grandes maestros filosóficos de Asia, en algunas relaciones con las que se me permitió estar bajo las circunstancias descritas en la siguiente narrativa, ahora se han rendido al mundo exterior tanto de la ciencia espiritual -hasta ahora guardado celosamente- que toda la estructura de su estupenda doctrina se ha vuelto inteligible. Fragmentos de la verdad esotérica, de esa ciencia de naturaleza super-física que exploran los Adeptos, han sido arrojados al mundo en general antes de ahora, pero con enigmas desconcertantes y poco atractivos. La doctrina esotérica no es un nuevo sistema de creencias, sino que, por el contrario, se puede discernir ahora como algo que se esconde en una gran cantidad de literatura cabalística y literatura oriental antiguas, que muy pocos lectores comunes podrían haber tenido sentido sin la ayuda de las claves ahora puestas en mano. Pero ahora, por fin, el tema ha emergido a la clara luz del día del

pensamiento moderno, y el principio central de la sublime doctrina esotérica se revela claramente como uno que armoniza en perfección con las concepciones preparatorias de la Naturaleza que la ciencia física ha derivado de la observación y reflexión del siglo actual. La biología es lo último, y, en algunos aspectos, la más grande de las ciencias físicas; y como el corolario, el complemento, la corona de la ciencia de la vida, ahora estamos provistos, por la enseñanza que nos ha llegado del Este, con la ciencia de la evolución espiritual. Sin esto, ahora puede ser visto por aquellos que aprecian la necesidad de esta doctrina, la evidencia, evidencia propia inherente de ella cuando una vez se la entiende bastante, sin ella, la doctrina de la evolución física es una difamación en la naturaleza, una caricatura de sus grandes propósitos. La gran idea a la que me refiero ahora muestra al alma humana como una entidad continua, sujeta a una evolución individual de vasta duración, y que se desarrolla en el plano espiritual de la existencia, como resultado de sus sucesivos retornos a la vida en la Tierra. Trepano siempre hacia arriba, ha pasado por las manifestaciones inferiores del reino animal, y nunca más puede volver a ellos; pero con respecto al futuro, no pasara meramente por medio de una sucesión sin propósito de vidas humanas como las que nos rodean. Avanzará y se expandirá en su progreso individual hacia la perfección, al mismo ritmo con el que el progreso general del modelo físico en la tierra avanza, aunque la observación corta de la naturaleza humana que nos brinda la mera observación histórica no puede hacer que este proceso de mejoramiento sea perceptible para la inteligencia no iniciada mientras se convierte en el discernimiento psíquico del Adepto.

Para comprender la forma en que se desarrolla el trabajo, debemos contemplar las operaciones de la Naturaleza en otros planos, a partes de los que son reconocibles para los sentidos físicos. Y pronto se hace evidente que la vida física de la tierra es solo un proceso de las largas series sobre las que se extiende la evolución de la humanidad. Pero -y esta es una de las ideas más admirablemente científicas y éticamente bellas del estudio del ocultismo- la vida física de la tierra no es un episodio incoherente en las experiencias de una alma humana, no es

un incidente inútil en el curso de una evolución espiritual, la mayor parte de la cual se realiza en esferas superiores del ser. Está inseparablemente mezclado a lo largo de todo su curso con el crecimiento espiritual del alma. Se muestra que la tierra no es un vagón de ferrocarril cósmico al que entramos con el propósito de realizar un viaje más o menos laborioso, y las incomodidades que imprudentemente olvidamos cuando podemos salir de él al llegar a nuestro destino. Será el hogar de nuestra raza por mucho tiempo o hasta por una eternidad, y es nuestro interés, así como nuestro deber, embellecerlo, mejorarlo y ennoblecerlo. “*En la casa de mi padre -dice el viejo texto simbólico- hay muchas mansiones*” y en esta casa planetaria de la humanidad hay muchos más estados de existencia que el estado físico. Algunos de estos estados pueden ser mucho más agradables (francamente hablando) que el estado físico tal como está actualmente; y la doctrina esotérica nos muestra que la duración de los estados espirituales superiores, cuando cada Ego individual pasa cada vez a estos, es enormemente más prolongado que sus estados físicos, pero ambos tipos de existencia son igualmente necesarios en todo el esquema de las cosas.

Todos estos puntos de vista, y la vasta masa de detalles explicados que desde entonces se han proporcionado a los investigadores de la Sociedad Teosófica, aún no se habían desarrollado para aquellos de nosotros que seguíamos la pista proporcionada por mis primeras experiencias, cuando se escribió el presente libro. Pero me refiero a ellos aquí porque quiero indicar brevemente la dirección que tomaron nuestras investigaciones posteriores cuando, nuestra atención fue detenida por los fenómenos extraños y sorprendentes aquí descritos, nos dimos cuenta de la instrucción intelectual que los Mahatmas podían dar. Si nos la dan, sería enormemente más interesantes que incluso la exhibición de sus poderes sobrenaturales. A veces se ha argumentado en mi opinión que hubiera sido mejor si los autores de este gran nuevo movimiento de pensamiento espiritual (nuevo para nosotros, aunque tan antiguo en un sentido) que la teosofía envuelve, nos hubieran proporcionado los resultados de su pensamiento filosófico sin perjudicar la dignidad pura de ese exaltado esquema

mezclándolo en primer orden con demostraciones sensacionales de habilidades taumáticas. No me inclino a pelearme con el orden en que se desarrollaron los acontecimientos. Los milagros, es bastante cierto, son garantías ilógicas para el dogma teológico; pero la posesión manifiesta de grandes facultades y poderes en otros planos de la Naturaleza distintos de aquellos en los que se forman las conclusiones ordinarias relacionadas con sus procesos, ciertamente ofrece la ignorante suposición de que las personas así dotadas pueden recopilar observaciones en esos planos superiores que merece la pena correlacionar con la nuestra.

Mientras tanto, no presento la narrativa de los fenómenos ocultos, en la que se compone este volumen en gran parte, como una declaración que en sí misma constituye una base para el estupendo cuerpo de doctrinas que las oportunidades posteriores me permitieron construir. Pero sé que las experiencias que registro en este libro no fueron inútiles ni infructuosas en sus efectos sobre mi propio desarrollo; y en anticipación de eventos que pueden contribuir en gran medida, en un futuro cercano, a dar un gran impulso a la especulación teosófica en América. Me atrevo a recomendar este libro con especial urgencia para el público estadounidense, con la esperanza de que una reflexión en sus mentes sobre la influencia producidas por mi cuenta, por los incidentes descritos, pueda servir para atraer a muchos nuevos exploradores a los caminos de estudio y meditación, en la que creo que he ganado una ventaja tan inestimable.

No he encontrado mucho que alterar en el texto original de este libro, aunque me complace aprovechar esta oportunidad para agregar algunas notas aquí y allá, y amplificar algunos pasajes. Pero de vez en cuando se han hecho importantes adiciones a su contenido, y ahora, especialmente, estoy ansioso por llamar la atención de los lectores estadounidenses sobre las últimas novedades, que se encontrarán en un apéndice. Es posible que en América algunas personas, para quienes la existencia de la teosofía como una nueva escuela de pensamiento no sea del todo extraña, puedan haber oído hablar de ella, especialmente en relación con una correspondencia que ha atraído mucha atención en la prensa espiritualista. La discusión a la

que me refiero ha hecho referencia a una identidad manifiesta del lenguaje trazado entre un cierto pasaje en una de las cartas de mi maestro Mahatma y un pasaje similar en un discurso pronunciado hace unos años por un profesor estadounidense. La explicación que ahora puedo dar de las curiosas circunstancias en las que surgió este estado de cosas, constituye en sí misma, me aventuro a pensar, no solo a una refutación completa de algunas teorías antipáticas que se empezaron a explicar, sino que también ofrece una contribución muy interesante a nuestro conocimiento con los caminos y facultades de los Mahatmas.

Introducción

Hay una cierta escuela filosófica que la sociedad moderna ha perdido de vista, y que sin embargo existe siempre. De ella se encuentra vestigios en las antiguas filosofías que son familiares a todo espíritu cultivado, pero que estos vestigios no son poco más inteligibles que lo serían los fragmentos esculturales de un arte ya olvidado.

Estos lo serían menos, porque tenemos ya idea de la forma humana y podemos con el pensamiento acoplar los miembros al torso. Pero nosotros no podemos con solo la imaginación, dar un sentido a estas enseñanzas semi veladas y transmitidas por Platón y Pitágoras y que guardan aquellos que están en posesión de la clave, que oculta la ciencia arcaica.

Estos vestigios sin embargo, nos permiten descifrar su lenguaje, y una rica cosecha intelectual esta prometida a aquellos que quieran realmente intentar su investigación.

En efecto; por muy extraño que esto pueda parecer a primera vista, la metafísica, así como una gran parte de la física moderna, han caminado a ciegas en la investigación de estos, conocimientos, en tanto resplandecía gozosa y plenamente, la filosofía oculta durante todo este tiempo.

Gracias a un cúmulo de circunstancias dichas, yo he venido a contrastar esta verdad.

Yo me he encontrado bastante en contacto con hombres que heredaron y están en posesión de una ciencia más grande que la explorada por la sociedad moderna, en lo concerniente a los misterios de la naturaleza y de la humanidad.

Mis deseos son exponer a grandes rasgos los trazos de esta ciencia, presentando con exactitud las pruebas experimentales que yo he obtenido y que muestra dar a sus adeptos un conocimiento sobre las fuerzas de la naturaleza superiores, a las que obtienen los físicos ordinarios, y los motivos que existen para otorgar la más respetuosa

consideración sobre las teorías sostenidas por la ciencia oculta, acerca de la constitución y destinos del alma humana.

En nuestros días no es cosa natural y corriente dar crédito a una ciencia digna de interés, que se encuentra fuera del foco luminoso de los conocimientos europeos.

La ciencia moderna, ha conseguido grandes resultados con su método de investigación claro para todos y así no puede ella admitir y menos en teoría, que haya quien poseyendo realmente las ciencias físicas y metafísicas, haya encontrado medio de ocultar la luz bajo el celémín.

Así no ha creído que los filósofos ocultistas de la antigüedad, sacerdotes egipcios, magos, caldeos, esenios, gnósticos; theurgos, neoplatónicos y tantos otros que guardaban las doctrinas en secreto, deben haber adoptado esta manera de labrar con solo el objeto de ocultarlos a la ignorancia.

Los misterios no podían ser aclarados, porque los charlatanes los hubieran mistificado.

Bajo el punto de vista moderno, esta manera de obrar era disculpable, pero ha hecho nacer en el espíritu popular la opinión, de que los antiguos místicos habían descornado los velos, habiéndose encontrado con que en realidad no era así, viniendo a saberse muy poco. Esta opinión es completamente errónea.

Los sabios de los tiempos antiguos trabajaban en secreto, y en vez de poner al descubierto las enseñanzas, las velaban discretamente comunicándolas solamente y en secreto a sus discípulos, bajo la fe del juramento.

Los motivos que ellos tenían para proceder así, se comprenden muy fácilmente; si bien no puede discutirse el valor de este modo de enseñar.

En todo caso estas lecciones, no han sido olvidadas; ellas han sido transmitidas por la iniciación secreta a ciertos hombres de nuestra época.

Los métodos observados y los resultados conseguidos, aún

permanecen ocultos entre los que los poseen, mas, no obstante, le es permitido a cualquier investigador paciente e infatigable, comprobar por sí mismo, la bondad y eficacia de dichos métodos y juzgar del mérito por sus resultados; mucho más admirables que aquellos que se consiguen por la ciencia moderna.

Véase pues, que el secreto de estos trabajos no ha sido tal secreto, pues jamás se ha negado su existencia, y únicamente en nuestra época parece haberse olvidado que tales hechos existían. Por otra parte, los iniciados desplegaban en las grandes ceremonias públicas los poderes de que ellos estaban en posesión acerca del conocimiento de las leyes de la naturaleza.

Cuando nos relataban estos hechos, se nos figuraba oír contar escenas de magia en las que jamás creímos, juzgando a los hacedores de estos prodigios, unos impostores.

Mas sabiendo que en otro tiempo la magia, era simplemente la ciencia de algunos hombres instruidos, apellidados magos, desaparece en este caso el nombre de magia, perdiendo su significado moderno. Digamos igualmente que esta ciencia, ha sido ya otras veces el fruto de largos años de estudio.

Estos no son más que los adelantos, de ciertas investigaciones mucho más antiguas que nuestra ciencia moderna: considerando absurdo que algunas de las manifestaciones de los antiguos misterios dejaran de ser experiencias exactamente científicas, cual lo eran; aunque ellas se nos aparezcan como efectos de magia y parecieran a nuestros ojos aún hoy en día como tales, si a nuestra vista se repitiesen.

En esta hipótesis, la sagacidad actual, queriendo aplicar sus conocimientos modernos al estudio de los antiguos misterios, no será más que una locura dominante, sacando conclusiones erróneas de su mucha ignorancia.

Pero nosotros, aquí no tenemos necesidad de formular hipótesis.

Los hechos son asequibles a todo investigador que marche por el buen camino y que se resumirían así: la sabiduría del mundo antiguo, la alianza de la ciencia con la religión, la unión de lo físico y de lo

metafísico, que fue una realidad, esta sabiduría, existe aún hoy día.

De ella se hablará en las páginas que han de seguir con el nombre de filosofía oculta. Ella ha dejado un sistema de ciencia completo, cultivada en secreto, pero transmitido de edad en edad, a los iniciados, mucho antes que sus maestros hicieran experiencias en público, para herir las imaginaciones de los hombres del pueblo egipcio o griego.

En nuestros días, los adeptos de ocultismo pueden reproducir experiencias parecidas y exhibir sus resultados, lo que prueba no solo que ellos manejan las fuerzas de la naturaleza, sino que se hallan mucho más avanzados en conocimiento de la ciencia moderna.

Además, los grandes predecesores nos han legado una ciencia no solamente real y positiva en lo físico, sino lo que comprende igualmente la constitución y cualidades del alma y espíritu humano.

La ciencia moderna ha descubierto la circulación de la sangre. La ciencia oculta comprende la circulación del principio vital. La fisiología moderna estudia el cuerpo; el ocultismo estudia el alma igualmente; no como, un tema, de rapsodias y vaguedades religiosas, sino como una realidad entera, donde se pueden examinar sus propiedades, separadas del cuerpo o reunidas en él.

Principalmente en Oriente, la India y países limítrofes, es donde se practica y conoce, mejor el ocultismo. Por mi parte, yo los he recogido en la India y formado con ellos este pequeño volumen, describiendo los fenómenos de que he sido testigo, y dando al público los conocimientos que allí he adquirido.

Antes de continuar este relato, debo hacer algunas aclaraciones para hacerle más inteligible: se hace preciso considerar la identidad del ocultismo a, través de los tiempos antiguos, para darse cuenta de su gran organización y explicar el hecho de que cuando se le descubre, muestran los eremitas orientales estar más instruidos en electricidad que Faraday, en física más que Tyndall. (dos sabios miembros de la real academia de ciencias en Londres)

La cultura intelectual de Europa, se ha desarrollado desde hace unos pocos siglos nada más; mientras la cultura intelectual de los ocultistas, es el resultado de inmensos periodos anteriores al nuestro, en cuanto a

la civilización Oriental y sin embargo, el ocultismo que explora las ciencias físicas, de un mas allá lejano, desde el punto que nosotros podemos considerarlo, él no lo considera sino como un objeto de secundaria importancia. Él ha consagrado todas sus energías a las investigaciones metafísicas y al estudio de las facultades fisiológicas latentes en el hombre: facultades cuyo desenvolvimiento permite al ocultista obtener un conocimiento experimental y positivo acerca del estado del alma en la existencia extra corpora¹, y a dar más que un simple interés arqueológico en la comparación del sistema oculto que nos ocupa, con las doctrinas de las asociaciones de iniciados de que se hace mención en todas las edades de la historia del mundo.

El ocultismo, no es solamente un descubrimiento aislado que muestra a la humanidad estar en posesión de ciertos poderes sobre la naturaleza externa; poderes que, con un criterio estrecho, bajo el punto de vista materialista, no ha podido desarrollar; él da luz a una nueva faz en todas las antiguas especulaciones espirituales de cierta importancia, reuniendo en un haz, sistemas que aparentemente son contrarios entre sí. Él es por cierto a la filosofía espiritualista, lo que es el sanscrito a la filología comparada después de los recientes descubrimientos, de él se puede decir, que es una reserva común de razones filosóficas.

Véase sino el judaísmo, el cristianismo, el budismo y la teología egipcia que no forman en el fondo, sino una misma forma.

El ocultismo no es una invención nueva, no es una secta particular; pero aun cuando así fuera, merecería atención por los conocimientos y enseñanzas que proporciona al que lo estudia, acerca de la formación de la naturaleza y los destinos del hombre, que cada religión a podido formular.

El ocultismo de hecho, debe ser aceptado por todo aquel que quiere tomarse el trabajo de poseer con claridad en su espíritu, los problemas de la ciencia; porque es un estudio sublime, de una importancia capital para el hombre que quiere vivir una vida digna del rango en que la creación le puso, y que comprende toda la parte moral de un conocimiento positivo, durante su vida hasta la muerte.

Es alguna cosa, vale la pena creer aunque sea de una manera vaga, que en la vida futura, si realmente existe alguna, hallaremos la recompensa de nuestra abstención del mal en esta actual; pero es más hermoso tener la prueba real, de que existe un mas allá de la tumba y que vivimos realmente con la misma certidumbre con que nosotros admitimos, que una suma total de cuerpo ha de variar cantidades parciales, siendo esta la expresión final de la manera o forma como nosotros habremos obrado durante los acontecimientos de la actual existencia.

Se ha dicho que la importancia capital de la ciencia oculta reside, en la manera como ella contiene los conocimientos exactos y experimentales sobre las cosas de orden espiritual, tanto que todos los otros sistemas se hallan reducidos a especular sobre las ilusiones o sueños de una fe ciega. El ocultismo puede mostrar siempre que la armonía y la ley de continuidad que se observa en la naturaleza física, se encuentra asimismo en las operaciones de la misma naturaleza, cuanto también en los fenómenos de la existencia metafísica.

Antes de llegar a la exposición de las conclusiones de la filosofía oculta sobre la naturaleza del hombre, puede ser necesario orillar una objeción que ha de solventar el lector en un principio. ¿Cómo ha podido formarse, que finalidades de tan alta importancia continúan siendo la propiedad de ese cuerpo celoso de iniciados?

¿No es la ley del progreso la que dice, que la verdad debe afirmarse buscando la luz y el aire?

¿Puede razonablemente, suponerse que la más grandes de todas las verdades, es la que sirve de base fundamental para el conocimiento del hombre y de la naturaleza? ¿Existe algún peligro en demostrarlo? ¿Con qué fin los antiguos maestros o los discípulos de la filosofía oculta, han podido guardar para ellos sus investigaciones o experiencias?

Por el momento, no está en mis atribuciones defender la tenacidad de que han dado pruebas los adeptos de ocultismo, no solamente guardando su ciencia, fuera del alcance y atención del mundo externo, sino hasta dejando ignorar la existencia de una tal ciencia. Solamente

diremos aquí, que fuera una locura cerrar los ojos a una revelación que, en parte nos ha sido ya dada a la hora presente, por la sola razón de que nosotros ignoramos la manera como obran estos dispensadores de gracias y que estando en condiciones de habérselas dado con anterioridad, no lo hicieron por no considerarlo conveniente. No obraría muy sabiamente el que pensara que las reservas de los ocultistas, puedan traer a la persona algún descrédito acerca de lo que he dicho de sus conocimientos adquiridos. Cuando el sol alumbra, no se dice que su luz es difusa porque no se vea durante la vigilia o noche. En la discusión que yo emprendo acerca de la ciencia adquirida por el ocultista, yo he de contar con los hechos que crea positivos y que verdaderamente han sido y son una verdad; sin duda será más útil dejar para más despacio los motivos que han obligado a guardar reserva a los ocultistas de todas las épocas. Y aun puede añadirse con extensión que no está demostrada a primera vista la justificación del método que ellos han empleado.

El lector que considere la naturaleza de poderes que los maestros en ocultismo poseen realmente, no ira ciertamente muy lejos, sin comprender lo muy conveniente que ha sido y es todavía, que esos poderes no hayan sido divulgados y entregados a la publicidad.

Pero una cosa es negar que el género humano posea en general la llave del misterio de los poderes ocultos, y otra cosa querer que si realmente existe ese misterio, le sea declarado sin rodeos.

De cualquier forma que sea, una más amplia discusión acerca de esta cuestión, sería en la actualidad prematura.

Contentémonos pues con tomar nota de estos hechos, ya que el secreto después de todo, no es tan grande; que no pueda penetrarse por aquellos no iniciados, que quieran estudiarlos según les diré.

Ello es evidente, quedarán muchas cosas ocultas o veladas, pero los investigadores podrán descubrir muchas más, si trabajan con interés y buena voluntad.

Las revelaciones que se han hecho actualmente, no son efecto de un simple capricho que se da al público indocto para sorprender su buena fe.

En las épocas primitivas de la historia, el mundo entero sabia más acerca de la naturaleza del ocultismo, que el Occidente en la época actual en que vivimos.

La santurronería de la civilización moderna es la que debe vituperarse, pero no los celos de los ocultistas. Las razas europeas son en la actualidad más ignorantes acerca del progreso de las investigaciones psicológicas, que los habitantes del Egipto en otro tiempo o el pueblo indio hoy en día.

En cuanto a este último, y aquí el teorema que yo trato de demostrar prueba, que los hindúes se hallan perfectamente convencidos de la realidad de los hechos importantes que voy a presentar al lector:

Ellos, los hindúes, no suelen hablar con los europeos de estas cosas, porque éstos suelen reírse estúpidamente de las cosas que no comprenden, por hallarse fuera de sus conocimientos.

El hindú nativo es muy tímido en presencia de tal ridículo. Pero el ridículo no influye bajo ninguna forma, ni altera las creencias que él guarda para sí mismo, tocante a los pequeños fenómenos que él ha podido obtener de aquí y de allá.

Los hindúes, en general, saben muy bien, que existen, hombres que aplicados, a cierto género de vida, consiguen de este modo poderes anormales y de tal naturaleza que los Europeos sin vacilar los llamarían sobrenaturales.

Es un hecho conocido por mí y otros, de que esas personas hacen una vida retirada y alejadas del figoneo de la curiosidad pública, pero ellos no son tan inabordables que no se les encuentre, y acojan benignamente a aquel candidato digno y determinado, que quiere hacerse admitir como estudiante, hacia el conocimiento oculto a que se siente impulsado.

Si se pregunta a un hindú cualquiera, con tal que haya recibido alguna instrucción, si él ha oído; alguna vez hablar de los Mahatmas o de Yoga Vidya, la ciencia oculta; cien veces contra una, el hindú os responderá afirmativamente, y si no se tropieza con un mestizo mezcla de sangre indostánica e inglesa, él nos dirá que cree, por completo en la realidad de poderes atribuidos a la ciencia Yoga.

Evidentemente, él no dirá -si- desde el primer momento que un Europeo le haga la pregunta o le plantee la cuestión; es fácil que le responda justamente lo contrario de lo que sabe y siente, pero al insistir, él dirá la verdad.

Es lo que a mí me sucedió, con un Vakil indígena, que hablaba perfectamente el idioma inglés, y por su posición influyente y social, relacionado con los altos funcionarios europeos, que al preguntarle si sabía algo referente a el yoguismo de que yo había oído hablar, según le dije, se me hizo el ignorante y distraído, pretendiendo no saber nada de cuanto le preguntaba, haciéndose de nuevas.

Ante mis repetidas instancias, el Vakil contestaba con el aire más inocente del mundo, que nada sabía de cuanto le preguntaba. Fue necesaria una segunda entrevista en mi propia casa y, a solas, cuando accedió a revelarme lo que sabía en virtud de mi formal palabra de que no era una vana curiosidad lo que me guiaba, sino que deseaba penetrar ciertos misterios para instruirme y entonces al creer formal y seria mi determinación, así como al enterarse de que yo tenía algunos antecedentes de la ciencia Yoga, se decidió mi hombre a referirme lo que él sabía y pensaba referente al asunto y entonces vi que estaba enterado, mas de lo que pudiera haberme figurado, en los asuntos que yo le preguntaba, refiriéndome cosas que demostraban estar en posesión de ciertos conocimientos fenomenales de orden oculto, así como de sucesos ocurridos en el seno de su familia y aun a él mismo.

Una cosa debemos decir aquí, y es que no está justificada la idea que tienen los europeos del celo con que los ocultistas guardan sus enseñanzas, porque es debido a la ignorancia Occidental que hace se burle, censure y critique de una manera sarcástica, cuanto tiende al saber oculto, y esa ignorancia es la que contribuye a que se ponga fuera de su alcance, lo que merece respeto, y no debe profanarse.

Los occidentales se han venido ocupando solamente hasta ahora, del progreso y ventajas materiales, con exclusión de todo otro progreso fisiológico, valiendo casi haya sido así para la mayoría de los hombres, ya que sus tendencias son a retrogradar hacia el positivismo de la vida; pero que no se quejen y vituperen a aquellos que no tienen la culpa de pensar y obrar de igual modo.

Un escritor francés, Mr. Jacolliot, que quiso por sí mismo examinar los diferentes aspectos del espiritismo en Oriente, recibió en cierta ocasión de un hombre que a juzgar por su lenguaje debería estar muy enterado, la contestación siguiente:

Vos habéis estudiado la naturaleza física y habéis obtenido resultados maravillosos, para el conocimiento de sus leyes; el vapor, la electricidad, etc., etc., Durante más de veinte mil años, nosotros venimos estudiando las fuerzas intelectuales; nosotros hemos descubierto las leyes y obtenemos haciéndolas obrar aisladamente o en conjunto con la materia, fenómenos todavía mas sorprendentes, que los vuestros.

Jacólliot dice:

“Nosotros hemos presenciado cosas, que no nos atrevemos a relatar, por temor de que nuestros lectores se nos ríen y burlen dudando de nuestra razón y buena fe, pero no obstante son ciertos.”

No hay que confundir los fenómenos de ocultismo con los del espiritismo. Estos últimos cualquiera que sea su género, son manifestaciones que los médiums no pueden comprobar ni concebir. Los primeros, son el resultado obtenido por una operación viva e inteligente que conoce las leyes que se ponen en juego para producir los hechos, y cuyos resultados parecen milagrosos ante el observador ignorante.

Los espiritistas, lo sé perfectamente, en el despecho de la risa ininteligente de aquellos que ríen sin saber por qué, atribuyen todos los fenómenos o manifestaciones en apariencia sobrenaturales, al celo de los que manipulan con constancia. Pues ellos no pueden encontrar otra explicación a las causas y efectos producidos.

Desde el principio; sentaron una cierta hipótesis a falta de otra mejor, y continúan trabajando, después de esta idea, en levantar con tanta pena una teoría acerca de los hechos que hoy combate la intervención de otra nueva hipótesis; y que les obliga a reconstruir su sistema desde sus principios.

Ello no puede ser de otra manera; a partir de esta especie de

investigadores que aplican sus sentidos mas que a conocer la verdad pura, a fortificar una doctrina expuesta a lo que saliera.

En general, no hay ninguna clase de fenómenos espiritistas que los adeptos en ocultismo no puedan reproducir por la fuerza de la voluntad, ayudada con el recurso y el conocimiento de la naturaleza.

Así que esto será comprobado por el relato fiel de los hechos que presento, yo habré terminado mi misión. Yo he presenciado alguno de los fenómenos más vulgares de espiritismo producidos por un agente puramente humano. El primer golpe que sirvió de introducción a los fenómenos más importantes, se hicieron para mi enseñanza en formas multiplicadas y diferentes y en condiciones que reducen a la nada todas las hipótesis acerca de un agente espiritual. Yo he visto flechas, caer del blanco techo de una habitación en circunstancias tales, que ellas no permiten dudar que en tales hechos no obraba ningún espíritu.

La manifestación era así, sobrenatural si se le tiene en cuenta que no existía intervención de la materia, como alguno de los aportes de flores con que los mediums espiritistas nos favorecen.

Yo, muchas y muchas veces, fueron las que recibí por escritura directa escritos sobre papeles puestos en blanco bajo un sobre sellado y encerrado bajo llave, iniciándose por tal medio una correspondencia activa con seres viviente no extra terrestre, sino humano.

Yo sé por testigos dignos de fe, que una gran variedad de otros fenómenos se han verificado ante espiritualistas conocidos, como los producidos en la misma forma y manera, por los adeptos en ocultismo, es decir, por seres vivientes y humanos.

Las declaraciones que hago serán probablemente mejor recibidas, que las de los espiritistas que en sus grupos se separan del mundo ordinario, porque en suma los espiritistas saben por experiencia que la ciencia ortodoxa del día, no posee la última tula, acerca del espíritu y la materia, aunque los incrédulos persistan sistemáticamente en sostener la negación de hechos que son incapaces de explicar.

Los fenómenos de espiritualismo, aunque sean asequibles a todo hombre honrado que de ellos se ocupe, no son de una tal naturaleza

que puedan llevarse consigo, para lanzarlos a la faz de los escépticos impertinentes, para convencerlos, estos últimos pueden hacer cuanto gusten y hacer profesión de escepticismo e incredulidad, sin aperebirse de lo grotesco de su posición que llevan aparejado con todas sus consecuencias. Yo sé que en estas cuestiones, las inteligencias científicas ordinarias, rechazan o rehúsan admitir la sinceridad de nuestros testimonios y la posibilidad de que sean ciertas mis explicaciones, pero procuraré atenuar esta hostilidad en contra mía, diciendo lo que al principio, que el ocultismo nada tiene que ver con el espiritismo que los espíritus no toman arte, ni parte, ni tienen nada que ver, respecto a las manifestaciones enunciadas que yo acabo de hacer.

El Ocultismo y Sus Adeptos

Antes de empezar, debo decir, que los poderes que el ocultismo confiere a sus adeptos, guardan cierta conformidad con las fuerzas de la naturaleza, acerca de lo que, la ciencia no conoce nada absolutamente, y a la sola idea de pensar que un adepto pueda hablar con otro, a cualquiera que sea la distancia que los separe sobre la superficie terrestre, le haría creer al que tal cosa le dijera, que su razón no estaba firme.

Sin embargo, tal hecho existe y ya el abate Huc presencié en una Lamasería del Thibet un suceso semejante.

Esta telegrafía psicológica, es completamente independiente de todo mecanismo y agente material, y las facultades clarividentes del adepto son tan perfectas, que ellas le dan una especie de omnisciencia, en lo que respecta a los asuntos mundanos.

El cuerpo, es la cárcel del alma, para el hombre ordinario.

Nosotros no podemos ver sino lo que tenemos ante los ojos y eso a través de los hierros de la prisión. El adepto posee la llave de su encierro y puede salir cuando quiera.

No es pues una prisión, es, sencillamente una habitación que él ocupa temporalmente.

En otros términos; el adepto puede proyectar su alma fuera de su cuerpo a cualquier lugar que le plazca y esto con la rapidez del pensamiento.

La manera de ser del ocultismo, la base de los hechos y la forma en que opera, se halla fuera del alcance de la concepción ordinaria y por lo tanto difícil de saber y explicar.

Es como si se describiese el funcionamiento de una máquina a un auditorio, que ignorase no solamente lo más rudimentario del arte mecánico, sino que desconociera lo más elemental de las matemáticas.

Por efecto de una mala educación literaria recibida en los centros de enseñanza respecto a las ciencias, los que a ellas se dedican, cuando

llegan a ocuparse de las llamadas ciencias ocultas u ocultismo, se hallan en una ignorancia. completa, desconociendo hasta el ABC de lo que tratan de investigar, desconociendo hasta las facultades del alma en sus muchas y varias manifestaciones y mas aún cuando se trata del alma y el cuerpo, unidos.

Los ocultistas de todas las edades si son admitidos por sus aficiones a estos estudios, suelen llegar a conseguir resultados maravillosos, pero no así aquellos que son pobres en inteligencia y conocimientos, pues esto les parecerá entrar en un mundo de milagros y encantamientos.

Si se echa una mirada sobre una carta histórica, pueden verse los sucesos mezclados, más o menos, unos con otros, si se exceptúa a la China; y esfumarse y perderse en las lejanías de los tiempos pasando a confundirse todos.

Supongamos que la Europa hubiera entrado algo más tarde en contacto con los Chinos mucho más adelantados o inteligentes de lo que en realidad son, y hubiesen desarrollado una rama de las ciencias físicas hasta nuestro nivel de hoy día y que esta rama del saber chino hubiera sido para nosotros completamente desconocida; la sorpresa nuestra hubiera sido inmensa a la vista de los adelantos Chinos, desconocidos para nosotros.

Tal es, o cosa parecida, nuestra expectación ante las ciencias ocultas.

Los ocultistas han formado y constituido una casta aparte, desde la antigüedad más remota, desde un tiempo que nosotros no podemos calcular, pero no son una raza especial bajo el punto de vista físico, ni tampoco uniforme en sus composiciones y menos aún se les pudiera calificar como constituyendo una nación o pueblo, Asociación de hombres de una inteligencia superior, vienen a ser solamente, que unidos por el fuerte lazo de las experiencias comunes, ellos continúan perpetuando las vidas, las tradiciones y los misterios del desarrollo interno en el hombre y cuya herencia: les han legado sus antepasados.

Durante este tiempo, la civilización ha avanzado a la par que la ciencia en Europa, pero descuidando, o mejor dicho, ocupándose del único estudio a que los ocultistas han venido dedicando su atención.

No es extraño por tanto, si las líneas de demarcación en las dos civilizaciones, la Oriental y la Occidental, han divergido hasta el punto de no entenderse hoy en día.

Quédanos por ver, si se aceptara el intento de reunir en uno, dos cuerpos de doctrina largo tiempo divorciados entre sí, aun siendo hermanos, cual hijos de una madre común a ambos, o si se la considerara como un imprudente impostor que trata de ser reconocido el parentesco.

Ya hemos dicho, que el ocultista disfruta el poder de alejar su alma del cuerpo.

Debe observarse que por este solo hecho, él obtiene sin ninguna sombra de, duda, la certeza de que tiene un alma.

Al estudio comparativo de las mitologías se le ha llamado siempre, la ciencia de la religión; si existe pues, una ciencia de la religión, esa ciencia no puede ser otra, que el ocultismo.

Un observador superficial pudiera imaginar que la verdadera religión no puede manifestarse con mayor claridad, a el alma desprendida temporalmente del cuerpo sino cuando lo hace por mediación de los sentidos físicos. Pero es evidente que el hombre que se eleva hacia el reino de lo inmaterial, goza de una más vasta comprensión en la verdadera religión, puesto que, por su conocimiento, la pura percepción y facultades intelectuales del alma cuando se halla libre, las concentra en el hombre inmaterial.

Hemos hablado del hombre inmaterial separado del cuerpo físico. Pero la exposición de doctrinas que examinamos es tan compleja, que no hay que dejar pasar una expresión que pueda el lector juzgar propia.

Es una de las verdades incontestables en la filosofía oculta, que el ego interior etéreo y el hombre aun cuando esté separado del cuerpo, es uno mismo. Solo que se halla revestido de una envoltura más etérea, pero material, aunque en el sentido de ser más sutil.

Es creencia general en los países civilizados, creer que el hombre posee un alma que sobrevive al cuerpo en una u otra forma que sea; pero se ven obligados a confesar que ellos no saben acerca de eso gran

cosa.

Una gran parte de los seres que figuran a la cabeza de nuestra civilización, abrigan graves dudas acerca de esta cuestión; sugiriendo a algunos la idea, investigando la física, de que después de todo, el pensamiento pudiera, muy bien ser uno de los modos de movimiento; tendiendo a establecer la probabilidad hipotética siguiente, y es que al morir el cuerpo y destruirse... nada queda.

La filosofía oculta no especula en esto; ella sabe y conoce lo que son los hechos.

San Pablo que era seguramente un ocultista, consideraba al hombre como compuesto de cuerpo, alma y espíritu.

Esta distinción no se halla acordes con la teoría de que cuando un hombre muere su alma pasa al cielo o al infierno. ¿Qué viene a ser entonces el espíritu y cuál es su diferencia con el alma?

Los filósofos ortodoxos, se han creado cada uno de por sí, su teoría acerca de esto.

El alma es el lugar donde se cobijan todas las emociones que agitan la vida, y el espíritu de donde parten las facultades intelectuales, o viceversa.

No se puede encontrar fundamento sólido para tales conjeturas, ni menos una base en que sostenerse, ni menos una revelación en que apoyarse.

Pero San Pablo, cuando empleaba esta palabra, no lo hacía como una vaga y fantástica inspiración, pues parecía considerar el espíritu como el alma de el alma.

Por de pronto, dejemos que diluciden esta cuestión en la mejor forma los que la plantean en sus términos, y vengamos al punto en que el ocultismo dice que el alma del hombre es considerablemente más sutil y más permanente que lo es el cuerpo, siendo sin embargo, una realidad material.

No material siguiendo el concepto de la química, sino como podría: comprenderse todo lo físico en bloque; si los tentáculos de cada una de las partes de la ciencia se hallasen en fino contacto y trabajasen en

armonía los unos con los otros.

Esto no es negar la materialidad de una substancia hipotética, aun cuando no pueda determinarse el peso atómico y sus afinidades.

El éter que transmite la luz, es material para aquel que admite su existencia, pero hay una gamma que recorrer entre la diferencia que existe entre él y el gas más sutil.

No se llega a una verdad científica siempre por el mismo camino. Unas son percibidas directamente, otras se deducen de una manera indirecta y no por eso estas últimas dejan de ser menos ciertas.

La materialidad del éter dimana, del modo como se examinan las modificaciones de la luz: la materialidad del alma puede ser deducida de lo que ella sufre, por la acción de fuerzas exteriores.

La influencia magnética, es una emanación inherente a cierta función física del magnetizador.

Esta emanación afecta el alma del sujeto a distancia, y produce un efecto perceptible para él, y demostrable para los otros.

Naturalmente, esto es un ejemplo y no una prueba.

Exponemos de la mejor manera posible, aunque imperfecta, los descubrimientos del ocultismo, sin abordar de una vez las pruebas de las manifestaciones.

Lejos de esto, se darán parcamente, escogiendo entre ellas otras, que vendrán más tarde como consecuencia lógica.

El alma es material, y por lo general se halla unido al cuerpo que está formado de materia más densa, y es en este estado de cosas, que permite al ocultista hablar de una manera positiva con la persona que desea, y, transportarse a distancia con esa alma menos material, teniendo por el solo ejercicio de tal facultad la certeza, de que dicha alma al poder vivir separada del cuerpo, puede y debe sobrevivirle cuando quiera.

El adepto no se apoya en la fe, o especula metafísicamente, para establecer posibilidades acerca de la supervivencia y existencia real cuando se halla fuera del cuerpo, pues verifica esta experiencia cuando le place.

Ciertamente, la simple facultad con que obra al verificar temporalmente la separación de que se habla, no por eso proporciona al que lo ejecuta, dones y conocimientos sobre los destinos futuros después de la finalidad o muerte real del sujeto: únicamente adquiere, la reseña exacta de las condiciones con que pasa al otro mundo.

En tanto viva, su alma se halla unida al cuerpo como un globo cautivo, por decirlo así, y sujeto por un cable; a la verdad, largo, flexible é imponderable.

Las ascensiones estando en cautividad, no le dirán ni le enseñaran si el globo flotara lo mismo cuando la máquina que lo sostiene se vea destruida, o si él se encontrara sin dirección yéndose a la deriva sin rumbo conocido; pero esto depende del aeronauta y de los globos con que navegue en determinadas circunstancias.

La facultad de que venimos hablando, es de un infinito resultado; por ser al parecer, casi el final de la enseñanza en el adepto; pero en realidad puede decirse que en vez de ser el fin, es solamente el principio.

Las operaciones, en apariencia mágicas, que pueden ejecutar los adeptos en ocultismo, son hijas del conocimiento de una fuerza de la naturaleza denominada en los libros sanscritos, akasa.

En la novela La Raza Futura, de lord Lytton, que sabía en ocultismo, más de lo que se creía generalmente, hace una referencia imaginaria y maravillosa de las condiciones que afectan a la fuerza que él denomina vril, en el centro de la tierra a donde hace penetrar a su héroe.

Al escribir sobre el vril, lord Lytton tuvo evidentemente la idea de poetizar el akasa.

En La Raza Futura, el autor describe a un pueblo poseyendo parte de los poderes asequibles a los adeptos; pero este pueblo, difiere esencialmente en absoluto del cuerpo de que forman parte los adeptos, en muchos puntos esenciales y entre otros, el que sus moradores en ese pueblo disfrutan, desde su infancia sean mujeres u hombres, de los mismos poderes.

Esto solo, está en oposición, al ocultismo que los adeptos llegan a obtener.

De cualquiera manera que sea, cualquiera que estudie esta ciencia reconocerá que el autor de La Fuerza Futura, debía estar familiarizado con las ideas principales que sustenta el ocultismo.

Esto resulta así mismo con la lectura de sus otras novelas misteriosas, Zanoni y Una Extraña Historia.

En Zanoni, el personaje Mejnour representa justamente un gran adepto en ocultismo oriental, parecido a aquellos de que ya hemos hablado.

Es difícil explicar el por qué lord Lytton con la intención manifiesta en su novela, de seguir exponiendo hechos reales de ocultismo, presenta a Mejnour como al último superviviente de la fraternidad de los Rosa-Cruces.

Los guardianes de la ciencia oculta, se contentan con ser un cuerpo pequeño, relativamente a la importancia grande de los conocimientos que ellos procuran salvar de un naufragio, siendo igualmente difícil comprender porque lord Lytton instruido como él estaba, se ha complacido en fingir y presentar como una ficción literaria lo que presentado al público bajo su verdadera forma, hubiera merecido una más seria atención.

Mucho pudiera decirse sobre esto, pero no sería imposible conjeturar que lord Lytton penetrado de los inconvenientes que esto último traería, prefirió presentar al público los secretos de ocultismo bajo una forma semi velada, y sobre todo agradablemente mística.

De esta manera, las teorías embargando la atención del lector, se harían simpatizar con ellas pasando desapercibidas para aquellas inteligencias ligeras que no se fijan más al leer que en las galas literarias o externas, evitando también de este modo que su libro sea destinado a fijar la atención de los santurriones de la ciencia, de la religión y de la gran filosofía vulgar.

El akasa es pues, una fuerza para la cual no tenemos nombre adecuado y que por falta de conocimiento y práctica, no nos puede dar idea de su clase.

Tal vez pueda formarse esa idea, imaginándose que es un agente más sutil, más prepotente y más extraordinario que la electricidad, lo

mismo que la electricidad viene siendo superior a la fuerza del vapor por su sutileza y variedad en sus efectos.

Es por el conocimiento de las propiedades de esta fuerza, que el adepto produce los fenómenos físicos, como demostraremos de una manera aún más concluyente.

La Ciencia Oculta es Asequible Al Profano

¿Quiénes son los adeptos que disponen de esas fuerzas terribles é imponderables de que hablamos?

Hay razones para creer que ellos han existido en todas las épocas de la historia y que aún existen hoy en día en la misma India.

La identidad de la ciencia que les fue legada por los antiguos iniciados en el ocultismo de los templos, es en verdad innegable y manifiesta, por el examen de las doctrinas que conservan, y por las facultades de que están en ejercicio.

Esto parece resultar del estudio de una literatura excesivamente vastísima que nos abstenemos de mencionar por ahora, reservándonos para más adelante indicar las mejores opiniones acerca del particular.

Examinemos en tanto, la situación actual de los adeptos.

Ellos constituyen una fraternidad o asociación secreta, que extiende sus ramificaciones por todo el Oriente, pero cuyo asiento principalmente se encuentra, según se cree actualmente en el Thibet.

La India no ha estado jamás sin estos seres, pues han recibido siempre nuevos neófitos del país. Pues la gran Fraternidad es la menos exclusivista del mundo, anhelando con todo ese exclusivismo, para admitir discípulos, sin importarles de qué raza son ni a qué escuela pertenecen, siempre que ellos reúnan las condiciones requeridas.

Un adepto ha dicho, que la puerta se abre siempre para el hombre justo que llama y quiere entrar; pero actualmente los muy determinados pueden esperar andar el camino que a esta puerta conduce.

Es absolutamente imposible describir los peligros de este camino, sino en sus términos generales.

Para ello no es necesario poseer ninguno de los secretos de los iniciados para comprender la clase de pruebas porque debe pasar un neófito, antes de llegar a la dignidad de maestro en ocultismo. No parece haber un adepto, pues este se hace a sí mismo con sus virtudes y estudio, pues él tiene en sus manos y verifica en sí, su propio adelantamiento.

Se cree por lo general, que nunca es menor de siete años, el tiempo que el discípulo emplea en su primera enseñanza, a partir del día en que es admitido como tal discípulo a la nueva escuela.

Este tiempo, sin duda que es prorrogable, cuando el candidato no adelanta en su estudio lo bastante, no sabiendo el mismo si estos años prorrogables lo serán ad libitum.

Él no sabe nunca, si será o no, admitido a la iniciación.

Este es un punto no menos terrible, pues esta incerteza hace, que la mayoría de los europeos que prueban dar los primeros pasos en ese camino, se consideren juguetes del capricho de una sociedad despótica que se complace en jugar con el ardor de los más perseverantes.

Las pruebas por las que tiene que pasar el neófito, no son pantomimas fantásticas ni actos de comedia estudiados.

Los maestros en ocultismo, no oponen obstáculos, ni barreras artificiales para ensayar la resistencia de los nervios de los más aventajados, como haría un profesor de equitación en una carrera de obstáculos en un picadero o circo.

Es en la naturaleza de la ciencia explorada, donde deben ejercitar su juicio y descubrir sus secretos, probando así sus fuerzas y resolución.

Es en lo interno del candidato, donde se entablan las pruebas a que se halla sometido y que una vez vencidas con perseverancia extremada en sus principios, con su moralidad y aún por decirlo también, con sus cualidades físicas e intelectuales; entonces le es permitido dar la zambullida final dentro del mar de sensaciones extrañas que él debe vencer con la fuerza de sus propios brazos o perecer.

En cuanto a la clase de pruebas a que se sujetan durante el tiempo que dura su desenvolvimiento interior, no poseemos un conocimiento

exacto, y las conjeturas que pudiéramos hacer estando basadas en fragmentarias revelaciones, tendrían que ser erróneas ó confusas y no vale la pena aquí de hacerlas.

Mas es cierto de todas maneras, que no existe secreto para el candidato, en cuanto se refiere al género de vida que debe observar.

El completo desarrollo de un adepto demanda entre otras cosas, una vida absolutamente pura, bajo el punto de vista físico, y hace falta que el candidato muestre desde sus principios con su conducta y firmeza de voluntad, que él se siente con fuerzas para seguir tal género de vida.

Es decir, se hace necesario que durante los años de noviciado, él sea casto, sobrio e indiferente a toda especie de vanidades y lujos.

Este régimen no lleva por lo que se ve, ninguna mortificación anormal, ningún ascetismo mortificante ni obligatorio, ni tampoco ningún alejamiento del mundo.

Nada impide a un hombre de sociedad, a un noble, observar y seguir el régimen de los candidatos para el ocultismo en medio y en completa sociedad de Londres, sin que las personas más en contacto con él se aperciban.

Pero no se alcanza un paso en el verdadero ocultismo, fin sublime de todo adepto, con el ascetismo degradante y sucio, de un faquir indio vulgar, o un yogui de los bosques o del desierto, en el que se acumula la suciedad con la locura; o el fanático, que clava en sus carnes garfios de hierro o mantiene sus brazos levantados, hasta que pierde el ejercicio de su movimiento.

Un conocimiento imperfecto de cualquiera de estos hechos exteriores del ocultismo indiano, puede inducir al que lo ve, a formar un mal entendido juicio.

Yog-vidya, es el nombre indio de la ciencia oculta que es útil conocer, pero no practicarla, cual lo hacen los ignorantes entusiastas que cultivan alguna de las ramas inferiores de esta ciencia, sólo con ayuda de ejercicios físicos.

Propiamente hablando, esta ciencia de desarrollo físico, tiene el nombre de Hattayoga; tanto que el nombre de Ragi-yoga, es el más

elevado de la disciplina mental, y que conduce a la ciencia del ocultismo.

Ningún ocultista considerara jamás como adepto, a él que haya adquirido los poderes para ejercitarlos en actos ligeros o pueriles del Hattyoga.

No queremos con esto decir que dichos ejercicios de origen inferior, sean completamente inútiles; pues conceden indudablemente al que los tiene, facultades anormales.

Estos se hallan descritos en gran número de tratados, y todos aquellos que han vivido algún tiempo en la India, pueden relatar hechos curiosos, producidos por los juglares que hacen profesión de estas artes extraordinarias.

Si nosotros quisiéramos aumentar el volumen de este libro, podríamos citar casos fenomenales que no hemos tenido tiempo de escudriñar, pero que sería fácil reunir.

Mas desistimos de tal propósito; pero sí, insistimos en asegurar, que todo aquél que presente al yoguismo trascendental como han apellidado algunos a él Ragi-yoga, el cual conduce a las soberanas cimas del verdadero adepto.

Primeras Experiencias de Ocultismo

A mis relaciones de amistad con la Sra. Blavatsky y a la Sociedad Teosófica debo, haber presenciado fenómenos de ocultismo, que me impulsan a escribir y publicar este libro. En su principio y como primer problema, tuve que resolver la duda aclarando la cuestión, si como de público se decía, la Sra. Blavatsky tenía verdaderamente poderes, y poseía la ciencia para producir fenómenos anormales.

Tal vez, podrá imaginarse que nada más fácil sería para mí resolver este caso, honrándome como me honraba, con la amistad y conocimiento de la Sra. Blavatsky, y obtener así de ella satisfactoria prueba.

Pero nada más lejos de esto: las manifestaciones de que yo hablo, se hallan rodeadas de tantas dificultades, que son muchos los impacientes que acaban por abandonar sus pretensiones, olvidando su deseo y prefiriendo vivir en la ignorancia toda su vida.

Después de nuestro mutuo conocimiento, la Sra. Blavatsky vino a visitar a mi esposa en Simla, donde habitábamos temporalmente, siendo durante seis semanas nuestra huésped.

A pesar de haber estado todo ese tiempo con nosotros, no fue posible obtener una gran cosa a pesar de mis pertinentes instancias y preguntas sobre ocultismo y acerca de los Hermanos, y no obstante la buena voluntad mostrada por la Sra. Blavatsky y de mi gran curiosidad, no pude conseguir todas las pruebas que la investigación de la verdad me exigía a causa de dificultades insuperables; pues los Hermanos como ya hemos dicho, guardaran una extrema repugnancia en mostrar a los profanos los poderes ocultos de que están en posesión; ya sean impelidos por un ardiente anhelo por conocer la verdad, o ya sea también, por una frívola y estéril curiosidad.

Los Hermanos no tienen necesidad de atraerse candidatos a la

iniciación por medio de la exposición de prodigios.

Todas las religiones basadas en los milagros, han sacado partido de sus efectos para atraer prosélitos a su iglesia. Pero no se entra impunemente en el ocultismo empujado simplemente por el entusiasmo, después de haber sido testigo de un desarrollo de poderes extraordinarios.

No hay ninguna regla, especial que prohíba la manifestación de estos poderes ante un profano, pero esta manifestación de poderes ocultos sería desaprobada sin ningún género de duda por las autoridades superiores de ocultismo, y ninguno, de la Hermandad hará nada, contrario a la voluntad de los demás, y que éstos desapruében.

Durante la estancia en nuestra casa, no le fue concedido a la Sra. Blavatsky producir sino pequeños fenómenos; pero sí le fue permitido enseñar que los golpes señalados por los espiritistas, como producido por agentes espirituales, podían producirse a voluntad y por su sólo mandato.

Algo conseguimos con esto, y en tanto no obtuviéramos hechos mayores, dedicamos nuestro tiempo a estudiar dichos golpes.

Los espiritistas saben que si varias personas sentadas alrededor de una mesa ponen sus manos en ella, siempre que haya un medium entre los concurrentes, se oyen por lo general pequeños golpes en contestación inteligente a preguntas hechas, dando mensajes completos letra tras letra.

La mayoría de las personas que no creen en el espiritismo, se ven obligados a imaginar que los millones de personas que lo creen, son cándidos alucinados, y apurados para explicar la extensión que pueda tener esta candidez, prefieren inventar cualquier teoría, antes que admitir que los espíritus de los muertos puedan comunicarse de esa manera, aun que bajo el punto de vista científico, un efecto físico por pequeño que sea pueda producirse sin una causa física también. La teoría de la ilusión colectiva empleada como explicación de los fenómenos y de los golpes dados, es poco socorrida, para todo el que no sea un incrédulo infatuado de sí mismo. Así espero, que mis

apreciaciones serán bien recibidas, pues trato de demostrar que hay medio de explicar los fenómenos atestiguados por los espiritistas; teniendo siempre en cuenta la repulsión que nos impido admitir la hipótesis de agentes espirituales.

En cuanto a lo que la Sra. Blavatsky se refiere, pronto observé que los golpes se producían siempre en la mesa a que se sentaba con la intención de producirlos, y toda idea de fraude, fue por mí rechazada, cuando comprobé los diversos resultados así obtenidos.

Desde luego, no era del todo preciso que ocupara un lugar junto a la mesa donde se hallaban otras personas, se producían los fenómenos golpeadores en una mesa cualquiera, en variadas condiciones, y hasta sin mesa también. Cualquier objeto servía para el caso; un cuadro de cristal, el frontis de una pared, de una puerta, en una palabra, todo lo que era susceptible por su naturaleza, de emitir resonancia y dar un sonido por golpes.

Desde el principio, encontramos que una puerta vidriera entreabierta, era un instrumento muy a propósito; pues era entonces fácil ponerse frente a la Sra. Blavatsky, ver sus dos manos o una sola despojada del guante y sin anillos, inmóvil sobre el cristal, y oír al mismo tiempo los golpecitos con toda claridad. Semejaba el ruido que produciría la punta de un lápiz, o los chasquidos que producen las chispas de un botón a otro, en un aparato eléctrico.

El procedimiento que algunas veces empleábamos por la noche, consistía en colocar sobre la alfombra, la campana de cristal que cubría un reloj; la Sra. Blavatsky se sentaba cerca, de modo que sus vestidos no rozasen al cristal y colocaba las manos encima después de quitarse todas las sortijas. Nosotros, colocábamos una lampara encendida y enfrente y nos sentábamos en la alfombra en una posición que permitía a cada cual ver sobre el vidrio de la campana, la palma de las manos de la Sra. Blavatsky; y, en estas condiciones plenamente satisfactorias, los golpes se manifestaban siempre distintos y claros, sobre la sonora superficie del cristal.

No alcanzaba el poder de la Sra. Blavatsky, o no quería, darnos una explicación exacta de1 modo cómo, se producían los golpes, sin duda

porque todo empleo de fuerza oculta, debe guardar un secreto.

El fenómeno físico de los golpes, aunque de un efecto poco considerable, seguían siendo siempre una acción resultante de la voluntad, igual para todos, fueran grandes o pequeños, siendo el procedimiento para su producción bastante uniforme, para que las leyes ocultas permitieran a las personas profanas, recibir explicaciones claras sobre estos hechos. Los golpes obedecían a la voluntad, esto era probado de varios modos; para éstos nos servíamos indistintamente, de un cuadro de vidrio o de la campana de cristal del reloj. Yo, por ejemplo, deseaba que se me transmitiese una palabra cualquiera para lo cual recitaba el alfabeto; pues bien, al llegar a la letra correspondiente, se oían los golpes.

Si deseaba un número determinado de golpes, éstos se producían siempre.

Si exigía una serie de ruido según un cierto ritmo que indicaba, los ruidos tenían lugar.

No era esto todo; la Sra. Blavatsky ponía sus dos manos o bien una sola, en la cabeza de alguno de los presentes, y escuchando con atención, se oían los golpes distintos y claros sobre aquella cabeza, mientras que la persona tocada sentía a cada golpe, un pequeño chasquido en todo semejante como ya hemos dicho otra vez, al que se produciría si se extrajeran chispas de una maquina eléctrica.

En un período posterior a mis investigaciones, obtuve golpes en condiciones aún mejores; por ejemplo, sin contacto alguno entre el objeto y las manos de la Sra. Blavatsky.

Fue en Simla, el verano pasado (1880); cuando en presencia de un grupo de investigadores, la Sra. Blavatsky producía golpes en una mesita que nadie tocaba; después de colocar sobre ella las manos, durante algunos instantes, como para cargarla de fluido, ponía una de sus manos a distancia de un pie aproximadamente y daba pases magnéticos que eran siempre acompañados cada vez de un ruido ordinario.

Estas experiencias no dieron sólo resultado en mi casa con las mesas, sino también en casa de otros amigos, si la Sra. Blavatsky nos

acompañaba.

Su fama tomó un desarrollo tal respecto a los fenómenos, que varias personas pudieron sentir todas a un tiempo los golpes o ya simultáneamente, para lo cual colocaban los mimos unas sobre las otras en la mesa, y la Sra. Blavatsky colocaba las suyas sobre las demás y hacía pasar a través de todas las manos lo que yo llamaría una corriente que todos sentían al mismo tiempo, y que iba a producir un golpe sobre la parte así cubierta de la mesa.

Todos los que tomábamos parte en la junta de manos, comprendíamos cuan absurdas eran las pretendidas explicaciones de esta clase de golpes publicadas en los periódicos pues escépticos y mal intencionados afirmaban tontamente, que los ruidos eran debidos al frotamiento de las uñas o al chasquido de alguna articulación de la Sra. Blavatsky!

Reasumiré los hechos citando el de una carta que recibí y antes de abrirla, la Sra. Blavatsky pone las manos sobre la mesa y enseguida se oyen golpes. Algunos desconfiados insinúan que puede servirse de las uñas de los pulgares; entonces se quita una mano, los golpes continúan. ¿Es que oculta alguna cosa en su mano? Pues retira completamente la mano de la mesa y teniéndola simplemente suspendida encima, los golpes siguen siempre produciéndose. ¿Es que hay algún artificio en la mesa? la Sra. Blavatsky coloca la mano en el cristal de una vidriera, después en un cuadro, en una docena de objetos y en sitios diferentes dentro de la habitación y siempre se producen los golpes misteriosos. ¿Es que tiene rodeada la casa de amigos y los tiene ocultos entre dobles paredes o techos? la Sra. Blavatsky va a otras varias casas y siempre consigue el mismo resultado, produciéndose los golpes. ¿Es que los golpes se producen en otro sitio del que parecen salir? ¿Es un efecto de ventriloquia? Pues coloca su mano sobre nuestra cabeza y de sus dedos inmóviles siéntese salir algo, produciéndose los golpes que oye la persona, que se halla sentada a nuestro lado.

Cuando uno ha visto estos fenómenos con toda la frecuencia que los he visto yo, figuraos el efecto que le producen palabras como estas:

“No hay más que prestidigitación; Maskelyne y Cooke pueden hacer otro tanto a diez libras esterlinas por sesión.”

Maskelyne y Cooke no harían tanto, ni por diez libras ni por diez millones, en las circunstancias que he descrito.

A partir de la primera visita de la Sra. Blavatsky, los golpes tales como se manifestaron en Allahabad, sirvieron para convencernos por completo de la anomalía y grandeza de algunas de sus facultades. Esto me hizo dar crédito a uno o dos fenómenos de otro género que antes presencié, los cuales no puedo referir aquí, por parecerme que les falta comprobación.

Hubiésemos querido adquirir una certidumbre absoluta, en las cuestiones que más nos interesaban cuales eran si existían hombres que poseyeran realmente, los poderes que se atribuyen a los adeptos, y si las criaturas humanas, podían recibir enseñanzas precisas, sobre su propia naturaleza espiritual.

la Sra. Blavatsky no predicaba ninguna doctrina particular sobre este punto. Lo que ella nos enseñó sobre los adeptos, y sobre su iniciación, fue obligada por nuestras preguntas.

La Teosofía, que ella recomendaba a toaos sus amigos, no proclama ninguna creencia especial. Enseña simplemente que es preciso considerar la humanidad como una fraternidad universal, en la que cada uno debe estudiar las verdades espirituales, aparte de todo dogma religioso. No obstante, aunque la actitud de la Sra. Blavatsky no la colocaba en la obligación moral de probarnos la realidad del ocultismo, su conversación y la lectura de su libro “Isis sin Velo”, nos abrían horizontes que, naturalmente, deseábamos explorar y fue tentador sentir que ella podía y, sin embargo, no podía darnos las pruebas finales que tanto deseábamos tener, cuando nos demostraba que su entrenamiento ocultista la había investido de poderes sobre la materia, tales que si se reconociese su existencia, se reducirían a la nada los primordiales fundamentos de la filosofía materialista, y sin embargo, no podía proporcionarnos esas pruebas tan ardientemente deseadas.

De lo que si nos convencimos, fue de una cosa: de su buena fe. Es,

desagradable reconocer que ha podido ser atacada en ese sentido; pero en la India, se ha hecho tan infundadamente y con tanta crueldad por gentes cuya actitud es hostil a la idea que representa, que pasado en silencio pudiera parecer hecho de intento, Sería prestar demasiada atención a bajos y burdos ataques, ocuparme aquí en hacer una defensa de la Sra. Blavatsky, en cuya intimidad he podido apreciar su perfecta honradez. Varias veces ha sido mi huésped durante un lapso de tiempo no menor de tres meses, durante dos años, poco más o menos, en estas circunstancias, todo espíritu imparcial reconocerá que yo puedo formar más exacta opinión sobre su carácter, que las personas que la han visto tan solo una o dos veces, las cuales no pueden haber hecho observaciones suficientes.

No pretendo, naturalmente, probar de una manera científica, por esta especie de testimonio, los fenómenos anormales cuya producción atribuyo a la Sra. Blavatsky. Cuando se trata de una cuestión tan importante como ligar la creencia con las teorías fundamentales de la Física moderna, no se puede proceder más que por investigación científica. En todas las experiencias en que me he encontrado, he procurado excluir en, absoluto, no tan solo la probabilidad, sino hasta la posibilidad de un engaño. Cuando no he podido asegurar estas rigurosas condiciones, a los resultados de la experiencia, no los he hecho entrar en la suma de mis conclusiones finales.

Cuando se han inferido ofensas de un modo tan infame a una mujer de espíritu elevado y de una perfecta honorabilidad, es justo deshacer el entuerto ocasionado por la injuria y la calumnia. He ahí porque declaro aquí, que la Sra. Blavatsky es una naturaleza recta, que ha sacrificado no solo su posición y su fortuna, sino su bienestar y sus propias comodidades, para entregarse a los estudios ocultos, y más tarde para emprender la tarea que se ha marcado, como iniciada, aunque relativamente humilde miembro de la gran Fraternidad, en tomar, la dirección de la Sociedad Teosófica.

Aparte de las producciones por golpes, nos fue dado observar otro fenómeno durante la primera visita de la Sra. Blavatsky. Estábamos alojados en Bénarés, para pasar algunos días; y vivíamos juntos, en una casa que nos había prestado el Maharadjah de Vizianagram, un

caserón enorme, estropeado, sin confort, en comparación de las casas europeas.

Una noche, después de cenar, estábamos sentados en la gran sala central, cuando de repente cayeron entre nosotros tres o cuatro flores, recién cortadas, cómo a veces ocurre, en la obscuridad en las sesiones espiritistas. Pero en el caso actual, había varias lámparas y bujías encendidas en la sala. El techo de la sala se componía simplemente de tablas, y calcios lisos, pintados y al descubierto, que soportaba el tejado plano de cemento. Nosotros no dimos gran importancia al fenómeno como que la Sra. Blavatsky estaba en un sofá leyendo, perdió para nosotros parte de su efecto. Si alguien nos hubiera dicho un momento antes “*ustedes van a ver caer flores*” y al mirar para arriba las hubiésemos visto aparecer sobre nuestras cabezas, entonces el efecto producido, por ser fenómeno tan distinto de lo corriente, hubiera sido inmenso. No obstante, ocurrió de tal modo que los testigos del fenómeno lo consideraron como uno de los que obligan a creer en la existencia de poderes ocultos. Las personas que únicamente lo oigan contar, no darán ciertamente, gran crédito a este fenómeno; por el contrario, harán una porción de preguntas sobre la construcción de la habitación, sobre los habitantes de la casa, etc., y aunque se contestase a todas las preguntas de un modo que no diese lugar a duda sobre la posibilidad de un artefacto mecánico que explicase la caída de las flores, quedaría siempre una ligera sospecha en el espíritu del indagador, que le haría creer que la explicación dada era insuficiente. No hubiera citado este fenómeno, si no hubiese sido para demostrar que los que se producen en presencia de la Sra. Blavatsky no siempre ella empleaba el concurso de su voluntad.

Ya tendremos tiempo para relatar hechos relacionados con el ocultismo, mas importantes que los referidos, en cuanto se refieren a efectos físicos.

Es bien cierto que el Hermano ha venido a Bénarés para darnos una pequeña sorpresa de que hemos hablado. Pudiera estar en el Tíbet, en el Sur de la India o en otra parte, y sin embargo, hacer caer rosas cual si estuviera en nuestra misma habitación.

Si he hablado de la facultad que posee el adepto para presentarse

donde su voluntad quiera, por medio de su cuerpo. astral como se dice entre ocultistas, es porque aún en esta forma, puede ejercer poderes psicológicos, con Ja misma facilidad que los efectuaría con su cuerpo físico en donde estuviere.

No pretendemos explicar, ni saber, el medio de que se valen para alcanzar uno u otro resultado; no hacemos más que referir las diversas manifestaciones hechas en nuestra presencia, por medios ocultos.

De todos modos, estamos convencidos hace tiempo, que la Sra. Blavatsky hallase asistida por los Hermanos, y que en los fenómenos que a su alrededor se producen, no toma ella parte.

Sin que por eso neguemos, sirva de algo su influencia.

Dar enseñanzas precisas sobre esto, es contrario a las leyes del ocultismo.

No pretendemos conocer el mundo de la realidad; aquí sólo tratamos de buscar el camino para ello. El que quiera hallarla, que no se canse y la persiga, y no se crea estar en posición de un juez ante el cual el ocultismo trata de probar su propia existencia; inútil es por tanto, entablar discusión sobre las observaciones que decimos haber hecho, so pretexto de que no son tan buenas como fuera de desear.

La cuestión, es saber si proporcionan una base sólida, en que cimentar un juicio.

Con este objeto, voy a entrar en otras consideraciones respecto a observaciones más lejanas que he podido hacer; es decir, sobre aquellos hechos que serían milagrosos, sin la intervención del ocultismo.

Si hay alguna persona que pretenda decir que mis experimentos carecen de validez, porque los fenómenos tienen alguna semejanza superficial con los juegos de prestidigitación, debemos decir que esto proviene, de que los juegos de prestidigitación quieren, siempre tener alguna semejanza, con los fenómenos ocultos.

Que cada lector, cualquiera que sea su opinión sobre este asunto, admita por un instante que al concebir la existencia de una Fraternidad oculta poseedora de poderes extraños sobre las fuerzas de

la naturaleza, poderes desconocidos hasta ahora del resto de la humanidad, ya que se halla esta Fraternidad ligada por reglas que restringen la manifestación de estos poderes, sin prohibirlos en absoluto y entonces, proponga algunas pruebas poco considerables, aunque sean científicas, y con ellas le será puesta de manifiesto la realidad de alguno de esos poderes.

Seguramente le será imposible elegir una prueba que no se parezca en algo a un juego de prestidigitación, pero esto no quitará su valor para los que quieran ver el fondo de la cuestión.

¡Existe un abismo, no existe comparación entre los fenómenos ocultos naturales y aquellos otros, que se podría imitar o producir con el auxilio de la prestidigitación!

Porque las condiciones, son enteramente distintas en los dos casos.

El prestidigitador trabaja en un escenario, o local preparado de antemano; los fenómenos más notables que yo he obtenido de la Sra. Blavatsky, han tenido lugar en el bosque, en medio de montañas, en los lugares elegidos de la manera más fortuita.

El prestidigitador, esta ayudado por un cierto número de compañeros invisibles.

la Sra. Blavatsky no conocía a nadie; cuando llega a Simla, se aloja en la casa que mi familia ocupaba, y permanece sometida a nuestra observación todo el tiempo que nos acompañó.

Al prestidigitador le pagan por aparentar tal o cual ilusión; la Sra. Blavatsky como he demostrado, es una dama de un carácter honorable que no trata más que de satisfacer el vivo deseo de sus amigos, manifestando algunos de sus poderes de lo que nada sale ganando y que, por el contrario, ha adquirido a costa de todo lo que es más querido en el mundo; a costa de las ventajas de una posición, muy superior a la que pudiera envidiar el más hábil de los prestidigitadores.

En los primeros días del mes de Septiembre de 1880, la Sra. Blavatsky, como ya he dicho y repito, vino a vivir con nosotros en Simla.

En las seis semanas que siguieron a su llegada, se produjeron diversos fenómenos que fueron durante algún tiempo, objeto preferente de conversación para todos los Angloindianos, y que tuvieron el don, de soliviantar a pesar mío a unas cuantas personas inclinadas a considerar los fenómenos como el resultado de una impostura.

Desde luego nos apercebimos de que las trabas, para nosotros desconocidas, que impidieran el invierno anterior en Allahabad, el ejercicio de algunos poderes de nuestra huésped, no tenían tanta fuerza coercitiva.

Pronto fuimos testigos de un fenómeno nuevo; modificando de cierta manera la fuerza de que se servía para producir los golpes espontáneos, pudo hacerlos oír en el aire, sin la intervención de objeto material alguno; pudo oírse el ruido de una campanilla, de un cascabel y hasta el de varias campanitas, en diferentes tonos sucesivos y a la vez.

Habíamos oído hablar de dichas campanitas, pero aún no habíamos podido comprobar el hecho.

Una tarde, después de comer, el fenómeno se produjo varias veces de modo distinto en varios sitios de la habitación; oímos la campanilla sobre nuestras cabezas, y una vez en lugar de campanilla, oímos el cascabel de que hablo.

Mas tarde, lo hemos oído mil y mil veces, en diferentes lugares, al aire libre, y en las casas a que la Sra. Blavatsky. tenía costumbre concurrir.

Lo mismo que los fenómenos de los golpes, toda hipótesis fundada en una impostura, tuvo que ser desechada. ante el considerable número de veces que se repitió el fenómeno en todos los tonos y en circunstancias de mil modos diferentes.

Además, el sonido de golpe dado, puede obtenerse de mil modos haciendo chocar un objeto con otro: pero el sonido de una campanilla no puede obtenerse más que con una campanilla; así pues, estando en una sala bien alumbrada y atento a todo lo que se hace, percibir el sonido de una campanilla encima mismo de nuestra cabeza, donde no

cabe duda de que no existe tal campanilla, no hay modo de atribuido al fraude. ¿Es que el sonido lo produce algún objeto o algún aparato colocado en otra habitación?

Ninguna persona razonable, puede emitir semejante teoría, si ha oído el sonido de referencia del modo que lo hemos referido.

Es un sonido sin vibración, pero siempre claro y distinto.

Si se golpea ligeramente con un cuchillo el borde de un vaso de cristal de Bohemia, se obtiene un sonido tan claro, que no puede confundirse con el que se reproducirá en otra habitación de cualquier modo que, sea. Pues bien, el sonido oculto de que hablo, es una cosa parecida, pero su timbre es mas claro, más puro, sin ninguna falsa resonancia.

Por lo demás, ya lo hemos repetido, ese argentino sonido, lo hemos oído al aire libre, con la atmósfera clara y silenciosa de una hermosa tarde.

En el interior de las habitaciones, no siempre vibraba sobre nuestras cabezas o en el techo, sino también junto a nuestros pies y cerca del suelo.

En una ocasión, después de haberse repetido varias veces el sonido en el salón, alguno de los concurrentes fue al comedor, distante dos habitaciones mas allá, con objeto de reproducir un sonido semejante, golpeando un vaso de cristal. Pues bien, al quedarme solo en el corredor, pude oír bien claro y a mi lado, el inimitable sonido de la campanilla: Esto a pesar de que la Sra. Blavatsky permanecía en el salón.

Este ejemplo aleja toda idea de que la Sra. Blavatsky llevase consigo, como algunos pretenden, un aparato sonoro.

En cuanto a la posibilidad de un compadrazgo, cae por su base al considerar el timbre de las voces que luego he oído y el ruido de las campanitas alrededor del *djampane* de la Sra. Blavatsky, así como también cuando cerca de mí, solo estaban los *djampanis*, que la conducían.

Sonidos Misteriosos y Mensajes a Distancia

Los sonidos de campanillas, no son solo una preciosa demostración de las corrientes que sirven para producirlos; los ocultistas los emplean con aplicación práctica, como llamada telegráfica.

Parece que algunos ocultistas competentes pueden, a distancia, hacer oír ruidos de campanilla, en las proximidades del sitio en que se encuentra un hermano, al que desean llamar la atención por un motivo cualquiera; siempre que exista entre aquellos y este, ese misterioso enlace magnético, que permite la comunicación de sus ideas.

Yo he oído algunas veces llamar a la Sra. Blavatsky de esta manera, estando nosotros en petit-comité ocupados tranquilamente leyendo.

Un ligero tintineo hería nuestros oídos; inmediatamente la Sra. Blavatsky se levantaba e iba a su habitación, para enterarse cuál era el asunto oculto para que se la llamaba.

Nosotros tuvimos una tarde, un ejemplo precioso, del sonido que producen a distancia los hermanos iniciados, fue así:

Una señora que vivía en un hotel en Simla, había sido invitada y comía con nosotros, cuando a eso de las once, recibió un mensaje del señor de su casa, esto es, una carta, que deseaba fuera enviada por la Sra. Blavatsky a cierto miembro de la gran Fraternidad, a quien él y yo habíamos escrito otras veces (Mas adelante daré detalles de esta correspondencia.)

Estábamos ansiosos por saber si la carta podría ser enviada y recibida la respuesta antes de la partida de dicha señora, con objeto de que ella misma llevase la contestación a su marido; pero la Sra. Blavatsky declaró, que por su propio poder, era incapaz de hacer lo que deseábamos.

La preguntamos si cierto hermano, cuyos poderes estaban casi desarrollados y que vivía en los alrededores de Simla, podría ayudarla;

la Sra. Blavatsky contestó: trataré de encontrarle; y cogiendo la carta salió a la *verandah* (galería) donde la seguimos todos.

Apoyada en la balaustrada y mirando al valle de Simla que se desarrollaba a nuestra vista, permaneció algunos minutos, inmóvil y silenciosa; como asimismo nosotros. La noche estaba bastante avanzada para que los ruidos del campo se oyeran distintamente, de suerte que la calma era completa.

De repente, sonó en el aire, ante nosotros, la nota argentina y clara de la campanilla oculta.

“Todo va bien, dijo la Sra. Blavatsky, la va a llevar” y la carta fue, efectivamente, tomada poco después.

Pero el fenómeno de la transmisión, será explicado más adelante, con otros casos.

Para un espíritu científico, la producción de sonidos por una fuerza que no conoce la ciencia constituiría una prueba de tanto valor en pro de la existencia de poderes ocultos, como el transporte de objetos materiales, por la misma fuerza.

El sonido no puede hacerse perceptible a nuestros oídos más que por la vibración del aire, y para una inteligencia mediana, admitir que el pensamiento sea capaz de producir en el aire la menor ondulación, ha de ser un absurdo tan enorme, como pretender que sea capaz de arrancar de cuajo un árbol.

Por tanto, existen grados en lo maravilloso que el sentimiento reconoce, si es que no lo hace la razón.

El primero de los incidentes de que hago mención, no probara gran cosa para el que no los haya presenciado; aquí lo refiero únicamente para los lectores que ya por el conocimiento del espiritismo o de otro modo, se encuentren preparados para admitir la posibilidad de semejantes fenómenos, y se interesen más por las experiencias que esclarezcan su origen, que por la acumulación de pruebas.

El hecho que nos ocupa constituiría una prueba magnífica si se hubiese verificado con menos preparación.

Pero la Sra. Blavatsky, abandonada a sí misma en estas materias, es

la peor organizadora de pruebas que conozco.

No siéndole simpáticos los temperamentos positivos é incrédulos, y habiendo pasado su vida entre los místicos del Asia, cultivando las facultades imaginativas, más que sus facultades críticas, no puede seguir en toda su complicación, las suspicacias con que el observador europeo, recibe lo maravilloso, aun en sus formas más elementales.

Como durante gran número de años, su alimento cotidiano ha sido lo maravilloso bajo unos aspectos tan sorprendentes que desafían a la imaginación vulgar, no es de extrañar que le parezca más estúpida y fastidiosa que la misma tonta credulidad, esa celosa desconfianza con que ordinariamente se recibe la menor manifestación de poder oculto, y que trata de encontrar una rendija por donde quizá, se hubiera podido introducir el fraude.

Una tarde del mes de septiembre después de comer, mi mujer fue a pasear con la Sra. Blavatsky por la cumbre de un montículo de los alrededores, acompañándolas otra persona, pues yo no iba con ellas.

Una vez allí, la Sra. Blavatsky preguntó para agradecer a mi mujer cuál sería su deseo en aquel momento.

Esta respondió espontáneamente, que en aquel instante su mayor placer sería tener una palabra escrita por uno de los Hermanos.

la Sra. Blavatsky sacó de su bolsillo un trozo de papel rosa, sin escritura arrancándolo de una carta recibida en aquel día: le hizo varios dobleces y, colocándolo en alto en la palma de su mano durante algunos momentos, murmuró diciendo que ya había partido.

Después de comunicar mentalmente y a distancia con el Hermano, según el método oculto, preguntó a mi mujer dónde quería que fuese enviada la carta: de momento contestó mi mujer que la quería ver caer sobre su falda, más luego, discurriendo cual fuese la mejor manera de obtenerla, se convino que se encontraría en un árbol.

Por de pronto, la Sra. Blavatsky pareció equivocarse en la elección del árbol en que el Hermano iba a colocar la carta, pues mi mujer se esforzó en vano en alcanzar la rama inferior de un tronco unido y desprovisto de hojas, sin encontrar nada en él.

la Sra. Blavatsky, después de comunicar de nuevo con el Hermano en cuestión, reconoció su error.

Mi mujer se dirigió entonces hacia otro árbol, al que nadie se había acercado; se encaramó un poco y miró entre las ramas que la rodeaban; al primer golpe de vista, nada vio, más volviendo la cabeza en la misma posición, apercibió un momento después, un papel rosa, sobre una rama que tenía enfrente de sus ojos, en un sitio en que momentos antes solo había hojas.

Estaba el papel sujeto a la varita de una hoja recién cortada, cuyo tallo aún estaba verde y húmedo. La esquila, contenía estas palabras:

“Se me ha rogado depositar una nota en este lugar, ¿qué puedo hacer por V.?” Algunos caracteres tibetanos, constituían la firma.

El papel rosa que contenía. la escritura, parecía ser el mismo, que momentos antes había sacado la Sra. Blavatsky en blanco de su bolsillo.

¿Cómo pudo ser transmitido el papel al Hermano, para que El pudiera escribir algo? ¿Cómo pudo ser llevado al montículo, sin hablar de su extraña colocación en el árbol del modo que hemos descrito?

Las suposiciones que acerca de este objeto haga, las referiré cuando sea ocasión y tiempo, y después de acumular mayor número de sucesos.

Es inútil explicar cómo son y en qué forma, las alas del pez volador a personas que no creen en su existencia o no aceptan más, que los fenómenos garantizados por la ortodoxia, como son el de las ruedas del carro de Faraón.

Voy a narrar ahora los incidentes de un día verdaderamente notable, refiriendo antes la expedición que hicimos la víspera, y que fue en suma un fracaso: y sin los contratiempos que nos ocurrieron, esta expedición también hubiera sido fructífera en resultados interesantes, como lo fue en la siguiente.

Nos habíamos perdido, buscando un lugar cuya descripción se nos había dado de un modo imperfecto o que había sido quizás mal comprendido por la Sra. Blavatsky, durante una conversación

reservada con un Hermano que pasó por Simla.

Si hubiéramos tomado el camino verdadero, hubiésemos encontrado probablemente al Hermano; pues que según parece, se había detenido una noche en un bungalow, en uno de esos vetustos templos tibetanos así llamados, que sirven de asilo a los viajeros y que tan a menudo se encuentran en el Himalaya, a los cuales la ciega inconsciencia de los ingleses, no concede generalmente interés e importancia alguna.

la Sra. Blavatsky no conocía mucho, Simla; así es que la descripción que nos dejó del sitio donde queda ir, lo confundimos con la de otro lugar.

Ya en marcha y durante algún tiempo, la Sra. Blavatsky declaró que sentía ciertas corrientes indicadoras de que íbamos por el buen camino; más tarde nos convencimos de que el camino, seguido aquel día se confundía con el verdadero, en un buen trozo, al principio; pero al cabo de un rato, sufrimos una ligera desviación que nos separó y nos enfrascó en senderos imposibles a través de la montaña.

la Sra. Blavatsky acabó por perder la pista por completo: volvimos sobre nuestros pasos: los que conocíamos al lugar de Simla, discutíamos sobre la topografía, extrañándonos el camino que nos hacía tomar, y que considerábamos muy extraviado.

Toda reflexión era inútil: tuvimos que dejarnos arrastrar por una pendiente abajo, por la que la Sra. Blavatsky nos aseguró encontraría de nuevo las corrientes perdidas; pero las corrientes ocultas podían sin duda circular por sitios, donde los viajeros no, pueden dar un solo paso.

Cuando intentamos este. descenso, yo vi bien claro que el caso era desesperado en efecto, de allí a poco renunciábamos a la expedición, y regresábamos hartos mohínos a nuestra casa.

Alguien preguntara, ¿porqué el Hermano omnisciente, no se apercibió de que la Sra. Blavatsky se equivocaba, y no nos condujo al verdadero camino?

Preveo esta pregunta, porque sé por experiencia que las personas extrañas a estos asuntos no tienen idea de las relaciones de los Hermanos con los simples investigadores como nosotros: en este caso,

por ejemplo, ¿creen que el Hermano estaba impaciente por demostrar su existencia, a un jurado de ingleses inteligentes?

Sabemos tan poca cosa sobre la vida diaria de un adepto en ocultismo, a no ser que estemos iniciados, que apenas si podemos indicar cuales son los objetos que atraen realmente su atención.

Sólo podemos decir que prestan tanto interés a las cosas de su trabajo que éste tiene muy poco que ver, con la curiosidad de las personas que no están seriamente interesadas en el estudio de las fuerzas ocultas.

Muy al contrario, fuera de circunstancias excepcionales, está prohibido hacer concesiones de ninguna clase a esta curiosidad.

He aquí, lo sucedido. la Sra. Blavatsky que había percibido con ayuda de sus facultades ocultas la presencia en la localidad de uno de sus ilustres amigos y deseando agradarnos, dijo le pediría se dejase ver.

Este, quiso hacer la visita como la haría un astrónomo de la Real academia a quien un amigo pidiese permiso para llevar un grupo de señoras, para mirar por su telescopio.

No es difícil creer, dijera algo a la Sra. Blavatsky su hermana, a quien para no disgustarla contestó:

“bien, traedlos si gustáis; yo estoy en tal o cual sitio”.

Entonces continuó su trabajo, y más tarde, al recordar que no había recibido la visita anunciada, empleó sus facultades para saber en que había consistido. Pero fuere lo que fuere, la visita no tuvo efecto.

Organizamos otra gira para el día siguiente, no ya con la esperanza de ver al Hermano, sino con el anhelo de obtener algún resultado.

A la hora fijada, estábamos todos dispuestos, más la partida que se había organizado para seis personas, se aumentó hasta siete, en el momento de marchar.

Emprendimos la marcha por supuesto, por camino distinto de aquel en que nos habíamos extraviado la otra vez.

Reunidos todos, empezamos a bajar la montaña, cuya bajada duró algunas horas.

Llegamos al sitio que nos pareció a propósito en un bosque, cerca de una cascada, para tomar ahí el desayuno; las cestas se abrieron y según costumbre en los almuerzos indios, los criados hicieron fuego distante pocos pasos, para hacer el café y el té.

No tardaron en salir a relucir bromas a propósito de la taza y plato que tenía que faltar seguramente, por haberse aumentado la caravana con otra persona más, la que vino a hacer el número siete, y no faltó quien, entre broma y risas, pidiese a la Sra. Blavatsky que creara otra taza con su plato, para que todos tuvieran la suya.

La proposición no tenía nada de serio, más nuestra atención se puso en juego al oír, que la Sra. Blavatsky nos decía que a pesar de la dificultad de la cosa, iba a ensayar lo que deseábamos.

Siguiendo su costumbre, conversó mentalmente con alguno de los Hermanos, y después se alejó un poco, paseándose algunos momentos en un radio que no pasaría de una docena de yardas del lugar que ocupábamos; yo la seguía de cerca, esperando algún acontecimiento. Ella indicó de pronto un lugar en el suelo y llamó, para que escarbasen con un cuchillo.

El sitio elegido, era al borde de un pequeño talud cubierto de hierba, césped y diversos grupos de arbustos.

El Sr. X (llamémosle así, pues tendré que hablar de él) comenzó por arrancar las plantas, no sin dificultad, pues las raíces eran duras y entrelazadas; cavó después el suelo con su cuchillo de monte y al retirar la tierra removida con las manos, tocó una cosa blanda, que presentaba un reborde; extraída que fue, resultó ser la taza pedida. El platillo se encontró después, al excavar más en el hoyo.

Los dos objetos salieron rodeados de raíces comprimidas y tierra, como si hubieran estado allí, desde hacía mucho tiempo.

La taza y el plato, eran del mismo modelo que las que llevábamos en nuestra cesta; sumadas todas, formaban siete tazas iguales, con sus platos.

He de hacer aquí la observación, de que al regresar a nuestra casa, mi esposa preguntó al Kidmedgar encargado de la vajilla en el comedor, cuantas eran las tazas y platillos de aquel modelo que

poseíamos.

El servicio era antiguo, y algunas piezas se habían roto con el tiempo; no obstante, el encargado respondió sin vacilar, que quedaban nueve: contadas aparte, sin la desenterrada, estaban las nueve justas; con ella había diez, Se habían comprado en Londres hacía bastante tiempo y eran de modelo algo especial como seguramente no se encontrarían otras en Simla.

Si se dijese que hay seres Humanos que pueden crear objetos materiales por el sólo influjo psicológico de su voluntad... ¿lo rechazaría con la misma razón que los que jamás han abordado esta clase de problemas?

La Proposición no se haría mucho más aceptable diciendo que, en el caso actual, la taza y su plato parecen haber sido desdoblados, más que creados.

El desdoblamiento de objetos, no parece ser otra cosa que un modo diferente de creación; creación según un tipo dado.

De todos modos, los incidentes de aquella mañana fueron tal y, como los refiero y de los que doy los menores detalles, con toda la veracidad posible.

Si el fenómeno, no es la maravillosa manifestación de una fuerza completamente desconocida en el mundo científico moderno, no puede ser mas que un fraude, laboriosamente preparado.

Esta última suposición pierde todo su valor, al pensar en la imposibilidad moral, absoluta, de la participación de la Sra. Blavatsky en tal impostura.

Es lo cierto, que la taza y su plato, fueron desenterrados de la manera que he descrito.

Dejando aparte ahora, todas las hipótesis que pudieran hacerse de superchería más o menos absurda, preguntamos:

-¿Quién pudo enterrar la taza y platillo y en qué momento pudo verificarse la operación?

la Sra. Blavatsky permaneció en mi casa durante la noche que precedió a la gira, hasta la mañana siguiente a la hora de la partida.

Su único criado particular, un muchachuelo de Bombay que no conocía Simla, permaneció constantemente en la casa o sus dependencias la víspera, así como la mañana, de la partida: Hasta habló con mi portero a media noche; pues yo llamé a un criado para que cerrara la puerta de un granero cuyos golpes me molestaban, y la Sra. Blavatsky despertada por el ruido, había enviado también a su sirviente a preguntar la causa de los golpes.

El Coronel Olcott, presidente de la Sociedad Teosófica, que era nuestro huésped hacía poco, había pasado la tarde con nosotros al regresar de la anterior desgraciada expedición referida, y estaba también presente cuando la partida.

¡No sería poco extravagante, imaginar que había pasado la noche en andar cinco o seis millas bajando un escarpado peligroso, a través de senderos difíciles, en el bosque, todo para ir a enterrar en un sitio al que probablemente no iríamos, una taza de té de un servicio que tal vez no llevaríamos y sólo con el objeto incierto de ayudar a una mistificación!

Otra advertencia: para ir al lugar destinado la víspera, teníamos dos caminos; los dos como ramas de una misma herradura, que rodea los montículos en que está situado Simla.

Teníamos libertad de elegir uno u otro, y ni la Sra. Blavatsky ni el coronel Olcott, dieron indicación alguna respecto a la ruta que seguimos.

Si hubiésemos tomado el otro camino, nos hubiésemos desayunado en un lugar muy diferente de aquel, en que ocurrió el hecho referido.

En este asunto, invocar un fraude de cualquier clase, es desafiar el buen sentido.

Mas no he terminado todavía, con los incidentes ocurridos la mañana, en que apareció la taza de té. El señor X había estado con nosotros durante la semana transcurrida, desde la llegada de la Sra. Blavatsky.

Como a la mayor parte de nuestros amigos, le habían impresionado hondamente todas las cosas que ocurrían en su presencia, y había deducido la consecuencia de que la sociedad, de que era aquélla

propagandista, debía ejercer sobre sus miembros, cierta buena influencia. En varias ocasiones, había expresado esta idea en mi presencia con palabras entusiastas, y hasta había manifestado su intención de unirse a la Sociedad cual sé yo que lo había dicho.

El descubrimiento de la taza y el plato, hizo gran efecto en la mayor parte de los testigos, entre ellos, el señor X y en la conversación que tuvo lugar sobre este punto en aquel momento, se le propuso ingresar como miembro en la Sociedad.

Yo no hubiera adelantado esta idea (pues creo partió de mí) si él, antes de los hechos y seriamente, no me hubiese manifestado su intención de formar parte de la citada Sociedad.

No crean ustedes por esto que esa resolución lleve consigo alguna responsabilidad; denota simplemente, que simpatiza con el estudio de la ciencia oculta, y que se adhiere uno a los principios generales de filantropía, que recomiendan los sentimientos de fraternidad hacia toda la humanidad, sin distinción de razas, ni credo.

He tenido que dar esta explicación, a causa de los pequeños disgustos que luego ocurrieron.

El señor X participó por completo de nuestra opinión, y se decidió que se le recibiría inmediatamente como miembro de la Sociedad Teosófica, siguiendo las formalidades prescritas.

Mas, nos faltan algunos requisitos, sobre todo el diploma especial que se da al nuevo miembro, después de iniciarle e ciertos signos masónicos aceptados por la Sociedad como medios de reconocimiento.

¿Cómo obtener el diploma? Naturalmente esta dificultad nos pareció nueva ocasión para que la Sra. Blavatsky ejerciera otra vez sus poderes.

¿Podría hacernos enviar un diploma de una manera mágica?

Después de conversar por la vía oculta con el Hermano que se interesaba en nuestras investigaciones, nos dijo que el diploma llegaría.

Y nos hizo de antemano su descripción. Sería un rollo de papel, rodeado por una cantidad de bramante y envuelto en hojas de una

planta trepadora.

Debía encontrarse en el bosque donde nos hallábamos, pudiendo todos buscarle, aunque sólo el señor X era el destinado a encontrarlo.

Así sucedió: todos buscamos entre las malezas, enredaderas y arboles de los alrededores, y por fin, X encontró el rollo tal y como se había descrito.

Después de esto, nos desayunamos y X, siguiendo las formalidades, fue iniciado miembro de la Sociedad Teosófica, por el Coronel Olcott.

Poco después, marchamos por el bosque hasta un pequeño templo Tibetano que servía de asilo a los viajeros, y en el que, según la Sra. Blavatsky, se había detenido la noche anterior el Hermano que había pasado por Simla.

Nos distrajimos, examinando el interior y exterior del edificio “*bañándonos en el buen magnetismo*”, según expresión de la Sra. Blavatsky y luego nos sentamos sobre la yerba.

Recordamos entonces, que aún nos faltaba tomar el café: se dijo a los domésticos que lo prepararan, pero entonces se notó que la provisión de agua, se había agotado.

El agua que se encuentra cerca de Simla, no es buena para beber, y en las expediciones, siempre se lleva filtrada en botellas. Las de nuestras cestas estaban ya vacías, como pudo verse.

No había otro remedio que enviar por agua a la casa más próxima, una cervecería, que distaba una milla de nuestro campamento.

Escribí unas palabras con lápiz en un papel, y un *Cooli*, partió con las botellas vacías; para un rato después regresar diciéndonos, que no traía agua.

No había en la cervecería ningún europeo para recibir la nota escrita, por ser domingo, y el *Cooli* pisoteó estúpidamente el camino con sus botellas vacías, sin enseñar el escrito a cualquiera que pudiera darle el agua pedida.

En este momento, nuestra reunión se hallaba diseminada: X se paseaba con otro señor; nadie de los presentes esperaba nuevos fenómenos, cuando la Sra. Blavatsky se levantó, corrió hacia las cestas,

que estaban 10 o 12 yardas mas allá, cogió una botella creo yo que fue una de las que el *Cooli* había traído vacías-y volvió entre nosotros ocultándola en los pliegues de su vestido; entonces la sacó riendo, estaba llena de agua.

Como en un juego de manos, dirá cualquiera; en efecto, lo mismo, pero ¿y las circunstancias? Un prestidigitador prepara antes lo que va a hacer.

En nuestro caso no se podía prever la falta de agua, como tampoco lo de la taza.

Si la cervecería no hubiese estado cerrada y el *Cooli* enviado no hubiese sido extraordinariamente estúpido, aun para ser *Cooli*, viniendo sin agua por no haber encontrado ningún europeo a quien dar el papel, la ocasión para obtener el agua de un modo oculto, no se hubiera presentado.

Todas estas eventualidades, por lo demás, fueron una coincidencia; porque nuestros criados solían ir siempre suficientemente provisionados.

Nadie puede suponer que se quedase olvidada y llena una botella en la cesta, pues al notar la falta, reñimos a los sirvientes por no, haber traído agua suficiente e hicimos vaciar las cestas, no aceptando la situación hasta estar convencidos de que no había otro remedio que ir por agua.

Además, yo probé la obtenida por la Sra. Blavatsky y no era la misma que traíamos nosotros, ni la que proporciona la moderna Simla.

Tenía un ligero sabor de tierra, siendo también diferente del agua mala e im potable que corre en aquellos bosques.

¿Cómo fue proporcionada?

En todos estos fenómenos, el por qué es el gran misterio que soy incapaz de explicar, a no ser en términos muy vagos.

No comprender el modo como los adeptos manipulan la materia, es una cosa; pero negar que se sirven de ella de un modo que parecería milagroso a la ignorancia occidental, es otra muy distinta.

Existiendo el hecho, nosotros podremos o no explicarlo.

El dicho vulgar “*no se puede discutir la pata trasera de una vaca*” encierra una enseñanza sincera, sobre la que debieran reflexionar nuestros prudentes escépticos.

No se puede volver del revés un hecho, sosteniendo que, según las luces de nuestra inteligencia, debía ser diferente.

Aun menos puede cualquiera volver del revés un conjunto de hechos como los que relato, construyendo sobre cada uno de ellos una serie de hipótesis absurdas contra y contradictorias.

El incrédulo obstinado, olvida que si el escepticismo llevado hasta cierto límite denota sutileza de espíritu, cuando persiste ante la evidencia, demuestra falta de inteligencia.

Recuerdo que cuando se inventó el fonógrafo, un sabio oficial de1 servicio del gobierno indiano, me envió un artículo, que escribió sobre las primeras noticias llegadas hasta allí sobre dicho instrumento: en su escrito deducía la consecuencia, de que era una mixtificación, pues él decía, el instrumento era científicamente imposible de realizar.

Hacía diferentes cálculos sobre el número y duración de las irradiaciones necesarias para reproducir el sonido y deducir sus consecuencias de una manera hábil.

Pero, cuando más tarde, se importaron fonógrafos a la India, cambió de actitud y continuó sosteniendo que debía haber un hombre encerrado en la máquina, hasta que al verla se convenció de que no había en ella sitio para ello.

Esta es la historia de las personas que no dudan de sí mismas y zanján la dificultad de la explicación de los fenómenos ocultos o espiritistas negándolos siempre, contra la afirmación de millones de testigos, y a pesar de los hechos acumulados en los libros que no se toman el trabajo de leer.

Debo añadir aquí, que X cambió en lo sucesivo sobre la operación de la taza de té; pretendiendo que carecía de las garantías científicas deseables y que la taza y su plato pudieron ser introducidos por un túnel o conducto abierto, en la parte inferior del talud.

Ya hemos examinado tal hipótesis: el cambio de opinión de X no afecta en nada a los acontecimientos referidos.

Lo menciono solamente porque si algunos de nuestros lectores oyeran o leyeren en otra parte la historia de lo ocurrido en Simla, podrían creer que yo, de intento, me había dejado el detalle en el tintero.

Aparte de todo, mi convicción está basada sobre reiteradas experiencias que todavía no he descrito, pero sentiría no decir la parte que a cada una de ellas corresponde, en la formación de mi opinión sobre los poderes ocultos.

Incidente del Medallón

La misma tarde en que se descubrió la taza de té, se produjo un incidente que fue luego objeto de discusión en todos los diarios anglo-indianos.

Fue el célebre incidente del medallón: entonces se consignaron los hechos en un acta o pequeño manifiesto escrito para su publicación y firmado por las nueve personas que lo presenciaron.

Se desarrolló como es sabido, ante el lector, este proceso verbal; pero como los comentarios a que el escrito diera lugar demuestra, que era insuficiente para dar una idea exacta de lo que sucedió, voy a describirlo con todos sus detalles.

Aquí puedo citar nombres, puesto que todas las firmas estaban al pie del documento publicados.

Mi mujer, nuestros huéspedes y yo, habíamos subido a la montaña para ir a comer según se había convenido, en casa del señor y señora Hume.

Éramos once alrededor de una mesa redonda; la Sra. Blavatsky, sentada al lado de nuestros anfitriones, se encontraba como casada y como de mal humor; y contra su costumbre, callaba.

Durante el principio de la comida, apenas dijo una palabra.

Ruma conversaba precipitadamente con la señora que tenía al otro lado.

Es costumbre en la India, colocar en la mesa, frente a cada comensal, un calentador con agua caliente en el que se coloca el cubierto de que se sirve cada convidado.

Aquel día teníamos enfrente nuestro caliente-cubiertos; durante el intervalo entre dos servicios, la Sra. Blavatsky se puso distraídamente a calentar las manos en el suyo.

Nosotros habíamos observado varias veces que la Sra. Blavatsky producía más fácilmente los sonidos de golpes y sonidos de campanillas cuando se había calentado las manos de esa manera; así

es que al verla con las manos apoyadas en el calentador, le hicieron una pregunta, que era una petición indirecta de fenómenos.

Yo estaba muy lejos de esperar aquella tarde nada de eso, y la Sra. Blavatsky no pensaba tampoco en, ejercitar sus poderes para obtener manifestaciones de los Hermanos.

Cuando se le preguntó por qué se calentaba las manos, nos dijo sonriendo: caliéntenselas ustedes también a ver qué ocurre; varios le obedecieron bromeando.

la Sra. Hume, retirando las manos de su calentador, soltó la risa diciendo: bueno ya tengo las manos calientes ¿y ahora qué? la Sra. Blavatsky, como he dicho, no estaba dispuesta a ninguna manifestación oculta; pero precisamente en este momento o inmediatamente antes, parece ser (según aprendí más tarde) que apercibió, con ayuda de esas facultades de que las personas no tenían conocimiento que uno de los Hermanos estaba presente, en cuerpo astral aunque invisible para nosotros.

Por esto hizo, siguiendo sus indicaciones, lo que voy a decir. Naturalmente nosotros ignorábamos que acabase ella de recibir una influencia exterior, lo que vimos, fue sencillamente esto: que cuando la Sra. Hume pronunció riendo las palabras citadas, la Sra. Blavatsky pasando la mano por delante de la persona que había entre ella y la Sra. Hume, le cogió a ésta la suya diciéndole: ¿Es que desea usted algo de particular?

Ya no puedo repetir palabra, por palabra, la frase, ni me acuerdo exactamente de lo que la Sra. Hume respondió primero, antes de comprender claramente de lo que se trataba; pero la situación se esclareció al cabo de algunos minutos.

Alguien que había comprendido, dijo a la Sra. Hume: Pensad que cosa quisierais que se os aportara; pero no una cualquier cosa que satisfaga un capricho vulgar; ¿conoce usted algún objeto que fuera difícil de obtener?

Estas fueron las únicas observaciones hechas, durante el corto intervalo de tiempo transcurrido, entre las primeras palabras de la Sra. Hume a propósito de las manos, y la indicación del objeto en que

pensó.

Entonces dijo que ya había encontrado el objeto, que le hacía falta.

¿Qué era? un medallón antiguo, regalado por su madre y que hacía tiempo se le había perdido.

Mas tarde, cuando se vuelva a hablar del medallón, que por fin se encontró como se dirá, habrá quien diga: Es evidente, que la Sra. Blavatsky llevó la conversación sobre el objeto preparado para el fenómeno que trataba de producir.

He dado cuenta de toda, la conversación ocurrida antes de que se nombrase el medallón ni cosa parecida.

Cinco minutos antes, nadie esperaba el fenómeno para encontrar un objeto perdido ni ningún otro, mientras la Sra. Hume buscaba en su imaginación lo que iba a pedir, sin pronunciar palabra alguna que tuviese relación con lo que pensaba.

Voy a comenzar el relato de lo publicado en aquella época. Casi todo está redactado con una sencillez que deja al lector convencido y fuera de duda.

Así pues, la reimprimiré por entero.

El domingo 3 de Octubre, en casa de la Sra. Hume, en Simla, se encontraban reunidos para comer, el Sr. Hume y señora, el señor Sinnett y esposa, la Sra. Jordan, el señor F. Hogg, el capitán P. S. Maitland, la señora Beatson, el Sr. Daridfren, el coronel Olcott y la Sra. Blavatsky.

La mayor, parte de las personas presentes, habían visto producirse notables manifestaciones con el concurso de la Sra. Blavatsky.

Se llevó la conversación hacia los fenómenos ocultos, y durante esta conversación, la Sra. Blavatsky preguntó a la Sra. Hume si deseaba alguna cosa particularmente.

la Sra. Hume tuvo un momento de vacilación, pero al cabo de algunos instantes dijo, que desearía se le proporcionase cierto objeto:

Este era un pequeño artículo de bisutería, que poseyó en un tiempo, y que habiéndolo confiado a otra persona., ésta lo perdió.

la Sra. Blavatsky la rogó fijase en su mente de un modo claro, la

imagen del objeto en cuestión, que ella trataría de procurárselo.

la Sra. Hume dijo entonces, que recordaba con toda precisión el objeto, e hizo su descripción de este modo: Es un medallón de forma antigua, rodeado de perlas, con un cristal delante, dispuesto para guardar pelo.

Se le pidió, que trazase de él un dibujo aproximado, y así lo hizo.

la Sra. Blavatsky cogió entonces, una moneda que pendía de la cadena de su reloj, la envolvió en un papel de fumar, la colocó en su falda y nos dijo esperaba que el medallón aparecería durante la noche.

Después de comer, le dijo a la Sra. Hume, que el papel en que había envuelto la moneda había marchado.

Un poco más tarde, en el salón, nos manifestó que no había que buscar el medallón en la casa, sino en el jardín. Salimos con ella y nos dijo, entonces, que en estado de clarividencia, acababa de ver caer el medallón, en medio del parterre; en forma de una estrella.

la Sra. Hume nos condujo al parterre, situado en una parte alejada del jardín.

Allí hicimos largos y minuciosos registros con nuestras linternas y finalmente, Sinnétt descubrió entre el follaje un papelito formado con las dos hojas de papel de fumar.

Se abrió ahí mismo: contenía un medallón que respondía exactamente a la descripción dada, y que la Sra. Hume reconoció ser el que había perdido.

Ninguno de los presentes, excepto el señor Hume y su esposa, había visto ni oído hablar: jamás de aquel medallón antes de lo referido.

la Sra. Hume, no pensaba en él hacía bastantes años, ni había hablado de1 medallón con nadie, desde que lo perdió, ni sonaba que pudiera encontrarlo.

Cuando la Sra. Blavatsky la preguntó si deseaba alguna cosa con especialidad, fue cuando cruzó por su mente el recuerdo del medallón, regalo de su madre.

la Sra. Hume no es espiritualista y hasta ocurrir este acontecimiento, no creía ni en los fenómenos ocultos, ni en los poderes de la Sra.

Blavatsky.

Todas las personas presentes se convencieron del carácter inatacable del fenómeno como prueba, en favor de la posibilidad de manifestaciones ocultas.

El medallón era seguramente el que la Sra. Hume había perdido.

Si se supone, lo que no es admisible, que el medallón perdido meses enteros antes de que la Sra. Hume hubiera oído hablar de la Sra. Blavatsky, y no llevando letra ni marca alguna que pudiera dar idea de su propietaria, si se supone, repito, que este objeto pudo venir a las manos de la Sra. Blavatsky, a ésta no le era posible prever lo que se la iba a pedir, puesto que ni la Sra. Hume pensaba en ello siquiera hacía mucho tiempo.

Lo que firmamos, después de haberlo leído: “Alice Jourdou, A. P. Sinnett, Fred. R. llogg; P. J. Mailland. Patience Sinnet, R. O. Hume, V. Davíson, M. R. Hume, Stuart Beatson.”

Inútil es decir que cuando esto se publicó, algunas gentes trataron de lanzar el ridículo sobre las personas que con sus firmas acreditaban el fenómeno, pero sin, aminorar por en estas únicas personas, la persuasión en que estaban de habernos acreditado un hecho positivo, así como también la existencia real del poder oculto.

La crítica, siempre más o menos imbécil se atrevía a asegurar que todo había sido una farsa bien preparada, siendo muchas sin duda las personas en la India que se hallan, aún hoy persuadidas que la Sra. Hume, fue incidida a pedir ese broche en una conversación previa de familia, en virtud de la cual se obtuvo el resultado expuesto y, que por cumplir este encargo, había la Sra. Blavatsky ido exprofeso a casa de la Sra. Hume.

Una parte del pueblo indio, volvió más tarde a variar los detalles diciendo, que el broche la Sra. Hume lo había dado para su hija, que lo había perdido, y que había sido entregado antes a la Sra. Blavatsky que estaba en Bombay cuando la Sra. Hume iba de paso para Inglaterra.

Los autores de esta hipótesis quedaron plenamente satisfechos y no se inquietaron, naturalmente, del testimonio de la joven cuando decía

ella misma que la alhaja había sido perdida antes de venir a Bombay, y antes de haber conocido a la Sra. Blavatsky.

Y las personas pensaron, que desde el momento que el broche había pertenecido a la hija de la Sra. Hume, y que esta señorita había hablado con anterioridad con la Sra. Blavatsky se hacía esto sumamente sospechoso y, quitaba cuando no destruía, todo su valor al fenómeno.

Estas personas seguramente, si tal pensaron, es porque jamás supieron agrupar datos en una forma racional y coherente, presentándolos frente a circunstancias verdaderas como las que figuraron para la recuperación del broche.

Sin embargo, a pesar de todas las precauciones que se tomen para que una manifestación de poder oculto no pueda atribuirse ni al fraude, ni a una alucinación, habrá gente siempre dispuesta a juzgar que se la engaña, encontrando objeciones que hacer, para rechazar toda prueba, objeciones ciertamente clásicas o absurdas, pero bastantes para satisfacer a aquellos que se han formado una idea falsa de las cosas que les son desconocidas o extrañas.

Respecto a los testigos que presenciaron el fenómeno de la recuperación del broche, las condiciones de autenticidad les parecieron tan concluyentes, que cuando principiaron las objeciones del público, creyendo iba a protestar contra ellos, no pudieron prever lo que después dijeron, y fue que el broche había pasado de manos de la Sra. Hume a las de la Sra. Blavatsky.

Nosotros sabíamos bien que no había existido conversación anterior a la ocurrencia del broche, ni menos a la del fenómeno, que no podía saberse cual ni como se verificaría, puesto que la intención de la Sra. Hume era pedir una cosa, que fuese inmediatamente ejecutada.

En cuanto a la suposición de que la Sra. Hume hubiera contribuido de una manera inconsciente a la producción del fenómeno, es no conocer el espíritu suspicaz de los testigos; y se necesitada estar loco, para pensar, habían de cerrar los ojos ante hechos importantes, para concentrar toda su atención, en detalles insignificantes.

Como dice el mismo relato; supongamos lo que no es admisible, que

el broche hubiese venido a manos de la Sra. Blavatsky de una manera natural y corriente; a ésta le era materialmente imposible prever, qué cosa se la iba a pedir.

Los testigos del suceso no podían hacer nada más, que conjeturas para corresponder a la actitud evidentemente justa de la parte de público que no quiso darse por convencido.

Los críticos de inteligencia más superior, pretendían que los hechos eran mal expuestos y que se omitieron algunos detalles, que hubieran destruido el valor de lo acaecido, alegando que la Sra. Hume estaba en el secreto.

Si se hace caso de esta última hipótesis, no hubiera sido poca la risa de los londinenses al enterarse; y no poco también el ridículo, para los que en el fenómeno habían tomado parte.

Sabíamos todos que la Sra. Hume no se hallaba dispuesta a figurar en un tal juego, ni por lo tanto, a

formar parte de la conjura, de la que era ella incapaz.

Debo decir aquí que, con anterioridad al fenómeno, se habían tomado precauciones para que éste no se entorpeciese cual había sucedido otras veces al efectuarse otros con la Sra. Blavatsky y por haberse olvidado alguna cosa preliminar.

Al levantarnos de 'la mesa aquella misma tarde, después de comer, uno de nuestros amigos propuso que ante todo se había de examinar si en caso, de que el broche fuera encontrado, se podría decir, que todas las circunstancias habían sido de naturaleza tal, que probasen la influencia oculta.

Nosotros habíamos recapitulado con cuidado, todos los detalles durante la tarde, y habíamos deducido que la prueba habría de ser completa, pues no había ningún lado débil en nuestra investigación.

Fue entonces, cuando la Sra. Blavatsky nos dijo que encontraríamos el broche en el jardín, y que debíamos ir a buscarle.

De paso, citare un hecho interesante para los que no habían observado los otros fenómenos, de los cuales he hablado.

El broche, hemos dicho estaba envuelto en dos hojas de papel de

fumar, y cuando estas fueron examinadas en la sala, en plena luz, se vio, que llevaban las señales de la pieza o moneda unida a la cadena del reloj de la Sra. Blavatsky, y en los cuales la habían envuelto antes de su misterioso viaje.

Así los que habían flaqueado ante]a dificultad que impedía creer en el transporte oculto de objetos materiales, pudieron asegurarse que las hojas de papel, eran las mismas que habíamos visto sobre la mesa.

El transporte oculto de los objetos, no siendo un efecto de magia, en el sentido que los occidentales dan a esa palabra, es susceptible de tener una explicación parcial como los lectores comprenderán, aunque siendo para ellos, siempre un misterio, el modo como se manipula las fuerzas ocultas.

No se pretende que las corrientes que se ponen en juego, transmitan los cuerpos en la forma sólida cual se ofrecen a nuestros sentidos.

Se supone, que el objeto se desintegra, luego entra en las corrientes en partículas infinitamente tenues, y por fin llega a su destino reconstituido de nuevo.

En el caso del broche, la primera operación era su hallazgo; y esto no era más que cuestión de clarividencia.

Un objeto deja una huella invisible, partiendo de la persona que la posee, y esta huella se puede seguir como una pista. La facultad de clarividencia esta tan desarrollado en un adepto de ocultismo, que el mundo occidental no puede formarse una idea de ella.

El broche encontrado, había sufrido seguramente su desintegración, y el adepto lo había hecho llegar al sitio en que quería colocarle Para este caso servían las hojas de papel de fumar puestas.

Era menester necesariamente, para encontrar el broche, que estuviese unido a la Sra. Blavatsky, por una fuerza oculta.

El papel de fumar, que llevaba siempre consigo, se hallaría impregnado naturalmente con su magnetismo. pues en cuanto le Frère toca una hoja, establece una especie de pista oculta en el destino de esta hoja.

Así fue, como el broche había sido encontrado, en el sitio donde lo

habían depositado.

Este magnetismo contenido en el papel de fumar, permitió a la Sra. Blavatsky, hacer una experiencia de un género particular que se juzgaba perfecto y concluyente, cuantas veces se repetía.

No obstante, por su parecido con casos de prestidigitación, hizo nacer falsas ideas en el espíritu de muchas personas que leyeron el suelto en los diarios.

El hecho exacto será mejor apreciado, después de leer las siguientes cartas, publicadas en le Pioneer de 23 de Octubre.

Cartas Comprobatorias

Señor:

El relato hecho sobre el descubrimiento del broche, propiedad de la Sra. Hume, ha dado origen al envío de varias cartas y ha provocado diversas cuestiones, a las cuales tengo la intención de contestar, pronto; por ahora creo hacer un acto de justicia dando nuevos detalles de los poderes ocultos que posee la Sra. Blavatsky.

Fijándome en esto, debo olvidarme del ridículo, arma contra la cual los que se cuidan de estas cuestiones, estamos ya acorazados.

El jueves último, a las diez y media a próximamente, sentado en el aposento de la Sra. Blavatsky, hablaba yo con ella preguntándole si por casualidad podría remitir algo mío, con la ayuda de fuerzas ocultas desde mi casa.

Me contestó, no y me explicó que, para establecer una corriente magnética en un sitio señalado, había entre otras condiciones, que conocer el sitio, y cuanto más cercano, mejor.

Recordó entonces, que aquella misma mañana había ido ella a la casa de una persona, cuyo nombre le vino a la memoria y después de reflexionar un instante, dijo que, si podía enviar un cigarrillo, si quisiera yo ir inmediatamente para comprobar el hecho: Desde luego debo decir al lector, que yo había visto a la Sra. Blavatsky verificar esta especie de fenómeno. Para explicar la elección del cigarrillo, dio como razón que el papel y el tabaco, estando siempre con ella, tenían algo de su magnetismo, y por consiguiente sometidos más a su influencia. Lo que declaró no era, ni tenía nada de sobrenatural, pero que no era otra cosa que la manifestación o ejercicio de leyes desconocidas.

Cogió una hoja de papel de fumar y rasgó lentamente una tira, lo más regularmente posible, mis ojos seguían sus manos.

Me dio la tira que acababa de romper, y la coloqué enseguida en un sobre y no me separé más de ella.

Me manifestó enseguida iba hacer una experiencia que tal vez no podría lograrse, pero no teniendo esto consecuencias para mí.

Puso el cigarrillo en el fuego, y le vi quemar; me fui enseguida a la casa señalada, creyendo encontrar difícilmente y en el sitio convencional, la parte complementaria del papel que tenía sobre mí.

Pero allí estaba. Abrí el cigarrillo en presencia del dueño de la casa y de su señora y pude convencerme, que la hoja de papel encontrada, se adaptaba exactamente a la mía.

Es inútil probar, ni dar una teoría de estos fenómenos: es posible también, que alguien no crea en ellos, si su experiencia propia no le ha hecho ver, la posibilidad de unas maravillas semejantes.

Todo lo que se puede esperar es, que algunas inteligencias sean atraídas a examinar los numerosos fenómenos probados. que se producen actualmente en toda Europa y América.

Es lastima, ver a la mayoría del público vivir en una completa ignorancia de estos hechos, cuando están al alcance de cualquier visitante, que desee convencerse de su realidad.

— Alicia Gordon.

Damos a continuación el tercer comprobante o carta que dice así:

Señor:

Me han pedido diese cuenta de un hecho, que tuvo lugar a mi presencia el día 13 del corriente.

La noche de aquel día, estuve sentado con la Sra. Blavatsky y el coronel Olcott en el salón de M. Sinnett en Simla.

Después de haber hablado de varias cosas, la Sra. Blavatsky dijo que tendría deseo de hacer una experiencia de la manera que le había sido sugerida por M. Sinnett.

Sacó la Sra. Blavatsky de su bolsillo, dos hojas de papel de fumar y trazó con un lápiz sobre cada una de ellas dos líneas paralelas. Después, rasgó las extremidades perpendicularmente a las líneas y me las dio.

Yo vigilaba con atención lo que hacía, y rehusó dejarme rasgar o marcar las hojas de papel, alegando que esto, las impregnaría de mi magnetismo personal que neutralizaría el suyo.

Sin embargo, me dio inmediatamente los pedazos rasgados y de nada me apercibí que pudiera hacerme sospechar el menor movimiento de mano; la autenticidad del fenómeno, reposa en este punto importante.

En mi mano izquierda, guardé estas partes separadas de las hojas completas hasta la conclusión de la experiencia.

Con los pedazos más largos, la Sra. Blavatsky hizo dos cigarrillos, y me hizo tener el primero, durante hacia el otro.

Yo examiné este cigarrillo con mucha atención, a fin de poder reconocerlo más adelante.

Una vez los cigarrillos liados; la Sra. Blavatsky se levantó, los colocó entre sus manos que frotó una contra otra; al cabo de veinte o treinta segundos, el ruido del papel frotado que se oía, cesó por completo.

Entonces dijo que la corriente circulaba a la extremidad del cuarto y que podía enviarlos, pero solamente junto a los alrededores del sitio en donde nos encontrábamos.

Algunos instantes despues, nos participaba que había caído encima del piano uno de los cigarrillos, y el otro cerca del estante.

Yo estaba sentado en el sofá, la espalda apoyada hacia la pared; el piano colocado en frente, el estante que tenía algunas porcelanas, se hallaba a la derecha, entre éste y la puerta.

La habitación era algo estrecha, los muebles todos a la vista. Montones de papeles y cuadernos de música cubrían la tapa del piano.

Según la Sra. Blavatsky, el cigarrillo había de estar entre ambos muebles.

Removí yo mismo los cuadernos uno por uno, sin ver nada; entonces abrí el piano y, encima de unas tablillas del interior, encontré el cigarrillo.

Lo saqué, y reconocí ser el mismo que había tenido en mis manos. El otro fue encontrado encima de un vaso tapado en el estante.

Los dos cigarrillos estaban aún húmedos en sus bordes.

Los llevé y dejé sobre una mesa, antes que el coronel Olcott y la Sra. Blavatsky los hubiesen tocado o visto.

Habiéndolos desenvuelto, pude convencerme que sus dentellones correspondían exactamente a los de los pedazos que había conservado en mi mano, durante todo el tiempo.

Las marcas del lápiz coincidían igualmente.

Las hojas eran las mismas que se habían desgarrado antes. Los dos papeles estuvieron siempre en mi poder.

Añadiré que el coronel Olcott estaba sentado cerca de mí, la espalda vuelta hacia la Sra. Blavatsky, y no se movió durante todo el tiempo de la experiencia.

— Capitán P. J. Maitland.

He aquí la otra de las cartas:

Señor:

Con motivo de la correspondencia que informan las columnas de vuestro periódico, respecto a las recientes manifestaciones de la Sra. Blavatsky, creo interesar a vuestros lectores, dándoles aquí la reseña notable de un incidente, del cual fuí testigo la semana pasada.

Durante una visita que hice a la Sra. Blavatsky, esa dama desgarró en ángulo de una hoja de papel de fumar y me suplicó tenerla, lo cual hice.

Con el resto, lio un cigarrillo ordinario, y en breves instantes desapareció de sus manos.

Estábamos ya en el salón, cuando pregunté a la Sra. Blavatsky si se encontraría el cigarrillo: después de una ligera pausa, me dijo que la acompañase a la sala del comedor donde, decía ella, el cigarrillo debía estar sobre la cortina de la ventana.

Con ayuda de una mesa, y encima colocada una silla, alcancé, no sin dificultades, un cigarrillo en el sitio señalado.

Lo abrí; el papel era el mismo que yo había visto algunos instantes antes en el salón.

Es decir, que el pedazo que tenía en mi poder, se adaptaba perfectamente al papel en donde estaba el tabaco.

Siguiendo mi opinión, la prueba del hecho fue tan satisfactoria, que

no se podía dudar de ella. Me guardaré dar, sin embargo, mi opinión sobre las causas del fenómeno persuadido de que los lectores que tienen interés por estas cuestiones, preferirán formar concepto con la ayuda de sus propias experiencias.

Os presento el hecho sin añadirle ni quitar nada.

Permítaseme hacer presente, que yo no formo parte de la Sociedad Teosófica y que no quiero pasar, por lo mismo, como partidario de la ciencia oculta, bien que simpatizo enteramente con el objeto que persigue y proclama la Sociedad de la que el coronel Olcott es su presidente.

— Carlos Francis Massy.

Naturalmente una persona familiarizada con la prestidigitación, dirá que el hecho referido puede imitarlo cualquiera, dotado de cierta ligereza de manos, sin más que coger dos hojas de papel y desgarrar los ángulos juntos, de manera que la escotadura, sea semejante en las dos hojas; entonces liais un cigarrillo con una de las hojas, y no hay más que colocarlo en el sitio donde será encontrado más tarde.

La segunda hoja, se tiene en tanto escondida debajo de la otra que se rasga en presencia del testigo, y se le da uno de los ángulos rasgados, en vez de aquel, que ha visto romper; hacéis vuestro cigarrillo y disponéis de él como os parece; entonces hacéis descubrir el cigarrillo que habéis escondido.

Puede uno figurarse tras este procedimiento, otras combinaciones, y para las personas que no han visto a la Sra. Blavatsky ejercer su clarividencia con el cigarro, inútil sería explicar que ella no procede como un prestidigitador, y que es imposible al testigo dotado del mejor buen sentido dudar un instante, de la autenticidad del papel que tiene en la mano, que ha visto desgarrar, y que además, está cubierto con las señales que el lápiz ha trazado antes en sus hojas.

Sin embargo, aunque la experiencia me haya demostrado que generalmente se mira como sospechoso el fenómeno citado, siempre ha sido convincente, para las gentes aun las más meticolosas y desconfiadas.

Por científicas que sean las noticias que se puedan tener respecto al fenómeno, no se llegara nunca a hacerlas asequibles a la inteligencia del observador, que no tenga de ellas formado concepto.

Hoy comprendo esa verdad, por el mayor conocimiento que ya tengo, y que no tenía, en la época de la cual hablo.

Pondré todo mi empeño en poder obtener unas experiencias en forma que sus detalles, no admitan ni la suposición de un fraude.

Primero fue una lucha cuesta arriba, porque la Sra. Blavatsky era intratable y excitable como experimentalista, y ella misma no es más que la receptora de favores de los Hermanos en referencia a los fenómenos mayores. Por otra parte, pensaba yo, los Hermanos no se formarán una idea exacta, de lo que es el espíritu incrédulo de los Europeos, respecto a milagros, tales como los que hemos referido, y por consiguiente no deben comprender bastante la necesidad en que están, de hacer los fenómenos perfectos e inatacables, hasta en sus más pequeños pormenores.

Sabía muy bien, que no iban a causar la envidia del vulgo ni a convencerle; pero ayudaba poderosamente a la Sra. Blavatsky a producir los fenómenos cuyo objeto era ciertamente llamar la atención de las personas que pertenecían al mundo vulgar, y en estas circunstancias, no podían pacer menos que no dejar ningún resquicio por donde se pudiera dar lugar a sospecha o fraude.

Pregunté un día a la Sra. Blavatsky si le sería posible enviar a uno de los Hermanos, una carta en la cual expondría mis conveniencias.

Sabiendo como todos sabemos en general, que los Hermanos son poco asequibles, no creía a la verdad en la posibilidad, de lo que deseaba.

la Sra. Blavatsky me contestó, que lo probaría.

Escribí una carta, dirigida al Hermano desconocido, y se la entregué para saber el resultado.

Fue una inspiración afortunada que tuve; porque así principió entre nosotros una correspondencia interesante, de cuyo privilegio puedo congratularme, y lo digo con alegría, promete continuar.

Nada más que a los fenómenos, de los que todavía no he descrito aun, los más sorprendentes, se debe la creación de este libro.

Cuando escribí la carta de que he hablado, tenía la idea más completa de todos los fenómenos más notables, según lo expresé desde la India en un ejemplar del Times de Londres, en aquella fecha.

Y decía, que con tantos datos de convicción, a lo menos traería en masa a todos los habitantes de Simla capaces de unir dos ideas una tras otra, y que el agente oculto puede producir unos resultados, que desafían el análisis de la ciencia oficial.

Siento no tener copia de esta carta, ni de las siguientes, porque hubieran ayudado a esclarecer el texto con sus respuestas no pudiendo prever a la sazón la resonancia que mis cartas habían de tener.

Después de todo, al que les interese esta correspondencia, integra puede hallarla en las cartas que he recibido; las mías no tienen aquí, gran importancia.

Durante días ignoré lo que habría acontecido a mis cartas, pero la Sra. Blavatsky me dio aviso que tendría pronto contestación.

Supe, pero más tarde, que no había podido desde luego encontrarse un hermano que quisiera recibir mi carta.

A los que se había dirigido al principio rehusaron molestarse por tan poco.

Por fin, su telégrafo psicológico le había transmitido a la Sra. Blavatsky una contestación favorable, procedente de un Hermano con el que no había estado en relación desde hacía tiempo.

Este, quiso aceptar la carta y contestarla.

Al recibir aquella noticia, sentí no haber hecho más extensa mi carta, considerando todo el alcance de la concesión que me dispensaban.

Me propuse volver a escribir, sin aguardar la primera contestación.

Días después, encontré encima de mi escritorio, la carta de mi nuevo corresponsal.

Era natural del Punjab, y me informaron más tarde, que los estudios de ocultismo le habían llamado la atención desde su más tierna infancia.

Merced a uno de sus parientes, que era ocultista, fue mandado a Europa para ser educado en la ciencia occidental, y después se había hecho iniciar por completo, en la ciencia superior de Oriente.

Desde cierto punto de vista, vanidosos como son generalmente todos los Europeos, esto les parecerá un extraño trastorno en el orden de las cosas, pero no necesito pararme aquí, para examinar esa consideración.

Conozco a mi corresponsal con el nombre de Koot Hoomi Lal Sing.

Esto es su nombre místico, de origen tibetano; los ocultistas al parecer toman nuevos nombres en el momento de su iniciación.

Practica que, sin duda ha dado nacimiento a las costumbres equivalentes -que se encuentran en el culto y en las ceremonias y toma de habito en la Iglesia católica romana.

La carta empezaba, in medias res, respecto del fenómeno que había propuesto.

Después Koot Hoomi, precisamente porque la experiencia del diario de Londres cerraría la boca a los escépticos era inadmisibile bajo cualquier aspecto que se considere, que el mundo no está todavía en su primer grado de manumisión, por consiguiente, no está preparado.

Obramos ciertamente, con la ayuda de leyes naturales y no sobrenaturales; pero como por un lado, la ciencia tal como es al presente, sería incapaz de darse cuenta de las maravillas producidas en su nombre, y qué de otra parte las masas ignorantes, considerarían el fenómeno como un milagro, el espíritu de los que serían testigos de ello perdería su equilibrio, y la conclusión sería deplorable.

Sobre todo lo sería, creedme, para vosotros mismos que habéis dado salida a la idea, y para la mujer que impetuosa se lanzaría al ver la ancha puerta abierta hacia el camino que parecería conducir a la notoriedad.

¿Se apercibirían pronto que la puerta aquella, amistosamente abierta por vuestras manos, no era más que una trampa fatal para ella?

¡Seguramente no sería ese vuestro objeto!..

¿Si accediáramos a vuestros deseos, sabéis que consecuencias seguirían a el éxito?

La sombra cruel, que persigue a todas las innovaciones humanas, está ahí, amenazadora, y sin embargo poco numerosos son los que de ello se aprovechan y tienen conciencia de los peligros que puede causar.

Sabéis lo que les aguardaría, a los que se atreviesen a ofrecer al mundo la innovación de un prodigio, que la ignorancia humana si creyera en ella, no dejaría de atribuir a ciertas inteligencias con las tinieblas, pues las dos terceras partes de vuestra raza de hoy día, tiembla y todavía tiene miedo...

Para que una tentativa de esta índole que os propusierais lograr resultara, tenía que ser calculada de antemano, y apoyada en un hondo conocimiento del pueblo que os rodease.

El éxito dependería enteramente de las condiciones morales y sociales de ese pueblo, y de su manera de mirar estas misteriosas cuestiones; las más extensas que el espíritu humano pueda mover con los poderes deíficos encerrados en el hombre, y las posibilidades contenidas en la naturaleza.

Cuantos hay entre vuestros mejores amigos, mismos, aun entre los que os rodean, que se cuiden de estos problemas abstrusos, ¿de otro modo que de una manera superficial? Podéis contarlos con vuestros cinco dedos.

Nuestro siglo se vanagloria, de haber libertado al Genio, tanto tiempo encarcelado en el tabernáculo estrecho del dogmatismo y de la intolerancia, ígenio de la ciencia, de la moderación y del libre pensamiento!

Pretendéis que a su turno, la preocupación ignorante, y la beatería religiosa, encerrados en su botella, como el malo de Djinn de la leyenda, y sellados por los Salomones de la ciencia, que yacen en el fondo del mar, no volverán jamás a subir a la superficie, para procrear nuevamente y reinar en el mundo como en los días antiguos?

El espíritu no le contienen trabas, decís vosotros, y esta pronto a aceptar toda verdad demostrada. ¿Estáis, ciertos que así sea

verdaderamente, respetable amigo?

La ciencia experimental no tiene fecha exacta, sino desde el año 1662 en que Bacon, Robert Boyle y el obispo de Chester, transformaron por carta Real su invisible colegio, en una Sociedad para adelantamiento de la ciencia experimental.

Siglos antes, que la Real Sociedad fuese una realidad en el Plano profético unos ciertos hombres, en cada generación, apartados de la corriente del mundo y atraídos por un amor innato a lo desconocido y cierta pasión por conocer la naturaleza, habían estudiado ya, y penetrado sus secretos, mucho antes que sus contemporáneos lo hubieran hecho.

Roma ante Romulum fuit: es un axioma, que se nos enseña en nuestras escuelas inglesas.

Vril: La Raza Futura por Edward Bulwer-Lytton pertenecía en común a unas razas hoy desaparecidas.

La existencia de aquellos antepasados gigantes se pone hoy en duda todavía, aun cuando en los Himavats, en el mismo territorio nuestro, existe una caverna llena de esqueletos de esos gigantes, y si bien encontráis sus armazones grandiosas, ¡los miráis invariablemente como si fuesen rarezas de la naturaleza!

Lo mismo hacéis con el Vril, ó Akasa (así llamado) que lo consideráis como una imposibilidad, ¡un Mito!

¿Cómo la ciencia ha de poder darse cuenta de nuestros fenómenos, sin tener un conocimiento exacto del Akasa, de sus combinaciones y de sus propiedades?

Ciertamente, vuestros hombres de ciencia, se hallan predispuestos a la convicción, pero es menester que los hechos, les hayan sido demostrados, que sean de su dominio y se dobleguen fácilmente a sus medios de investigación, antes de admitirlos como tales hechos.

Si os fijáis únicamente en el prólogo de la Micrografía, veréis que el fruto íntimo de las cosas, son de menor importancia para M. Hookes que la acción exterior que obra sobre los sentidos.

Newton por otra parte, encuentra en él su mayor adversario para sus

tan bellas teorías.

Los modernos Hookes, suelen ser numerosos.

Se parecen a aquel hombre que pudiera ser instruido e ignorante a un mismo tiempo.

Nuestros sabios hoy día, se hallan menos que nunca dispuestos, para encontrar por el lógico encadenamiento de los hechos físicos, la llave que abriría para ellos el recinto donde se hallan las fuerzas ocultas de la naturaleza, haciendo una clasificación ordenada de experiencias científicas, en vez de que para ellos es la realidad esencial de una hipótesis, no el de ser verdadera, sino hipotética.

Esto es, cuanto a la ciencia que nosotros cuando menos conocemos.

Respecto a la naturaleza humana en general, es la misma hoy día, cual lo fue hace un millón de años atrás.

La nota característica de nuestra época actual, es el prejuizar, teniendo como base el egoísmo; rehusando por lo general, seguir el orden establecido para poder abrazar nuevos puntos de vista, así como de pensamiento.

Pues el estudio oculto pide esto, y muchas cosas más.

También el orgullo y la rebeldía contra toda verdad luchan, cuando chocan contra las ideas ya preconcebidas, ya también personales.

¿Cuál sería entonces el resultado y que se obtendría con los fenómenos aun los más convincentes y fenomenales, aun suponiendo poderlos producir a voluntad?

Que con el resultado crecería la exigencia seguramente, no quedando otro remedio más que satisfacer de continuo la curiosidad en crescendo y vencer o caer; siendo víctimas nosotros mismos de nuestras propias armas. Nos pedirán de continuo, pruebas y más pruebas, y sería menester darlas.

Cada fenómeno, tendría que ser más sorprendente y más maravilloso que el anteriormente verificado, acabando quizás por decir: yo no puedo creer, sino soy testigo de vista.

La vida entera de un hombre no bastaría para satisfacer completamente al grupo de esos escépticos. Fácil sería en Simla,

aumentar el número de los creyentes por centenares y miles, pero ¿y las otras personas que serían en mucho mayor número, las que se quedarían diciendo que nada habían visto, cómo y con qué se las contentaría?

¡Imposible, de toda imposibilidad, satisfacer la curiosidad de una vil muchedumbre!

Mas día llegara y no muy lejano, en que los ignorantes no pudiendo chocar contra los invisibles, desahogaran su rabia, contra los agentes que sirvieron de intermediarios y maniobraron a su vista.

Las clases superiores o ilustradas, continuaran como siempre y es costumbre, criticando y vituperando porque no se las descubre el secreto.

¡La experiencia de los siglos pasados, es la que nos ha instruido, sobre la naturaleza humana!

Los siglos lo han enseñado; sabemos que en tanto la ciencia tenga que aprender algo, en tanto que una sombra de dogmatismo religioso reste en el corazón de las multitudes, las preocupaciones del mundo habrán de ser destruidas paso a paso, y no de un solo salto.

La antigüedad en el pasado tuvo más de un Sócrates.

Lo mismo en el futuro, porvenir, se dará nacimiento a más de un mártir.

La ciencia oficial, desechó desdeñosamente la teoría de Copernico cuando renovó las teorías de Aristarco de Samio, quien “aseguraba que la tierra se movía circularmente alrededor de su centro” unos años antes de que la Iglesia soñase en sacrificar a Galileo en holocausto a la Biblia.

El famoso matemático de la corte de Eduardo VI, Roberto Recorde, murió de hambre en una celda, abandonado de sus colegas, que se burlaban de su “Castillo del conocimiento” y trataban sus descubrimientos de isueños vanos!

Esta es la historia antigua, se dirá; perfectamente, pero las crónicas de nuestra época moderna, no quieren mucho de las de otros tiempos.

Solamente hay que recordar las persecuciones recientes de médiums

en Inglaterra; las de hechiceras y hechiceros quemados como tales en la América del Sur, así como en Rusia y las persecuciones de España, y os persuadiréis que la salvación de los verdaderos depositarios de la ciencia oculta, se apoya únicamente, sobre el escepticismo del vulgo pecio.

Los charlatanes y juglares, sirven como de murallas naturales contra los adeptos.

Velamos por la seguridad de los demás guardando secretas las armas formidables que poseemos y que de no hacerla así, pudieran volverse contra todos, como se ha dicho.

Serían instrumentos de muerte, en manos de los perversos y egoístas.

EL resto de la carta, contenía cosas que me son personales, y no hay necesidad de hablar de ellas.

Cuando me ocuparé de las cartas de Koot Hoomi, dejaré naturalmente aparte, todo lo que me sea rigurosamente personal, y no tenga alguna importancia bajo el punto de vista de la discusión pública.

Recordaré sin embargo, que en ningún caso cambiaré una sola sílaba, de los hechos que relate.

Es muy importante hacer esta declaración, para los que no conociendo bien la India, quieran. negar los hechos; diciendo que las cartas de Koot Hoomi publicadas en este libro, no han sido escritas por un natural de la India.

Y sin embargo, es un hecho tal, del que no cabe duda.

La contestación a la carta que en gran parte se acaba de citar, son atinados juicios acerca de la presunción, fanatismo é ignorancia de los Europeos, respecto al ocultismo, y que revelan un gran conocimiento del corazón humano.

He aquí, dicha segunda carta:

No nos entenderemos, en nuestra correspondencia, en tanto no se haya establecido desde luego, que la ciencia oculta tiene métodos de, investigación propios de ella, bien determinados, y arbitrarios, como

los de su antitética ciencia física.

Si ésta tiene sus fórmulas, aquella posee igualmente las suyas, y el que quiera atravesar las fronteras del mundo invisible, no le podría yo indicar, como se arreglaría.

Tal vez lo sucedería como al viajero que penetrara en los subterráneos de Hassa, la ciudad bendita, que no podría enseñar el camino a su guía. Los Misterios han estado, se hallan y se hallaran siempre fuera del alcance de las masas populares en tanto llegue aquel día apetecido en que nuestra filosofía religiosa, será de culto universal.

No ha existido jamás otra y apenas si una minoría casi inapreciable de hombres, poseen algunos de los muchos secretos de la Naturaleza, aunque multitudes inmensas hayan tenido algunas pruebas experimentales.

El Adepto, es la rara eflorescencia de toda una jerarquía de investigadores, que han obedecido a los impulsos secretos de su alma sin detenerse ante las muy prudentes consideraciones de las ciencias humanas o de la sagacidad y egoísmo.

¿Vuestro deseo, es sin duda entrar en relaciones directas con uno de nosotros, sin ayuda de la Sra. Blavatsky ni de ningún otro intermediario?

¿Quisierais, según lo entiendo, obtener de este modo comunicaciones, ya por medio de cartas como esta, o de viva voz también, a fin de que uno de nosotros os dirija en la organización y sobre todo, en la formación y adelanto de la Sociedad?

Quisierais todo esto, bien lo veo, y sin embargo, como dijisteis vos mismo, no habéis encontrado razones suficientes hasta ahora, para variar vuestra manera de vivir; que es completamente opuesta a esta clase de comunicaciones.

Esto no es razonable; el que quiera llevar alto el estandarte del misticismo y proclamar que su reino esta cercano, ha de dar el ejemplo a los demás.

Ha de ser el primero en cambiar su género de vida y mirar el estudio de los misterios ocultos, como el grado superior de la ciencia humana,

debe publicarlo en voz alta, a despecho de la ciencia exacta y de la oposición de la Sociedad.

“El reino de los cielos, se obtiene por la fuerza” dicen los místicos Cristianos.

No es con el arma al brazo, y a punto de vencer o morir, como el místico moderno puede esperar alcanzar el logro de su trabajo.

Yo creo, que mi primera contestación resolvía la mayor parte de las cuestiones contenidas en vuestra segunda, y hasta en vuestra tercera carta.

Habíamos ya expresado la opinión, de que el mundo generalmente, no estaba en condiciones para sentir las demostraciones ocultas, demasiado fuertes para su inteligencia.

Solo me resta ya ocuparme ahora, de los individuos aislados que buscan, como vos mismo, alzar el velo de Isis, para penetrar en el mundo de las primeras causas.

No tenemos necesidad de considerar general, vuestro caso y el de señor M.

Además, he de explicar aquí, como uno de mis amigos de Simla, hallándose hondamente interesado con mis investigaciones, después de haber leído la primera carta de Koot Hoomi, se había dirigido igualmente al que he venido llamando mi corresponsal.

Encontrándose en mejores condiciones y más libre que yo para esto, se había propuesto sacrificar por completo todas sus demás ocupaciones y refugiarse en alguna morada lejana, que se le quisiera señalar, a fin de poder entregarse en el retiro, al estudio como aspirante a Chela en ocultismo, para cuando supiese lo bastante, volverá entrar en el mundo armado de poderes suficientes para demostrar las verdaderas ventajas del desarrollo espiritual y los errores del materialismo, dedicándose a combatir la incredulidad moderna, para conducir los hombres a la práctica razonada de una mejor vida.

Ahora, he aquí en resumen la carta de Koot Hoomi:

Aquel señor, me ha hecho el honor de dirigirse a mí personalmente,

sometiendo a mi juicio algunas cuestiones, y señalándome en qué condiciones querría trabajar seriamente para nosotros.

Mas vuestros medios de acción y vuestras aspiraciones son de un carácter tan diametralmente opuesto, y por lo tanto conducentes a resultados tan diferentes, que tengo que contestar a cada uno por separado.

La primera consideración que puede determinarnos a aceptar o rechazar vuestra oferta, se apoya en los motivos que os hacen buscar nuestra enseñanza, y hasta cierto punto, nuestra dirección.

Esta última, sin reservas, si es que os, he comprendido bien, y por consiguiente, dejemos aparte dicha cuestión.

¿Cuáles son los motivos que os impulsan?

Voy a intentar hacer una, reseña general, dejando los detalles para más adelante. Estos son:

1º. El deseo de afirmaros de una manera positiva é irrecusable, que verdaderamente existen en la naturaleza, ciertas fuerzas de las cuales, la ciencia nada sabe.

2º. La esperanza de poseerlas algún día, lo más pronto posible, a fin de que os permitan:

(a) Demostrar su existencia a algunos espíritus seleccionados entre los occidentales.

(b) Mirar la vida futura como realidad objetiva construida sobre la peña de la ciencia y no sobre la de la fe.

(c) Finalmente (este quizá es el principal de vuestros motivos, aunque lo más encubierto y más reservado), el conocer toda la verdad sobre nuestras logias y nuestros hábitos, queriendo aseguraros de una manera positiva y cierta que los Hermanos, de los cuales tanto oís hablar y percibís de ellos tan poco, son unas entidades verdaderas, y no los fantasmas de un cerebro turbado por la alucinación.

He aquí, en su mejor expresión, vuestros motivos, tales y como me parecen.

Como veis, os contesto en el mejor sentido, y espero que no tomaréis mi sinceridad con queja, y que no la atribuiréis a otros sentimientos,

que a los de la amistad y confianza.

Estos motivos, aunque sinceros y dignos de consideración bajo el punto de vista mundano, no son para nosotros sino motivos egoístas.

Preciso es que me perdonéis, lo que a vuestros ojos puede ser una crudeza de lenguaje, si como decís, verdaderamente deseáis saber la verdad y dejaros instruir por nosotros, que vivimos en un mundo diferente de aquel en que os agitáis, y son egoístas esos motivos, porque como debéis saber, el objeto principal de la Sociedad Teosófica, no es tanto satisfacer las aspiraciones individuales, cuanto hacer un beneficio, a todos los hombres nuestros hermanos.

Si la palabra egoísta que empleo y que tiene para vosotros un especial sentido, no la consideráis propia u os ofende, tenedla por no escrita, o aceptadla sólo, en su mejor sentido.

Podréis apreciar por otra parte mejor lo que os escribo, cuando os habré hecho entender que todas las aspiraciones, aun las mas altas en pro del bienestar de la humanidad, tienen para nosotros un tinte de egoísmo, si queda en el espíritu del filántropo, aún sin saberlo, una ligera sombra del deseo de beneficio personal o tendencia a cometer alguna injusticia.

No habéis meditado acerca la idea de una fraternidad universal más, que para condenarla, y habéis tenido el pensamiento de formar la Sociedad Teosófica como el reglamento de un colegio para el estudio especial del ocultismo!

Dejemos los motivos personales, y analicemos las condiciones con las cuales queríais ayudarnos para hacer el bien.

He las aquí, de una manera casi aproximada:

En primer lugar, será fundada por vuestros cuidados benévolos, una Sociedad Teosófica anglo-india, independiente en la dirección, en la cual nuestros dos representantes actuales, no tendrán voto.

En segundo lugar, uno de nosotros tendrá el nuevo grupo bajo patronato, y estará en libre y directa comunicación con sus jefes y les hará ver, con pruebas palpables, que posee una ciencia superior, a las fuerzas de la naturaleza, y unos atributos del alma humana, suficientes

para inspirar la confianza necesaria en una dirección oculta.

Yo he copiado vuestras propias palabras a fin de poder establecer la situación, de una manera exacta.

Bajo vuestro punto de vista, esas condiciones aparecen razonables y de tal naturaleza, que no debería hacerse a ellas, ninguna objeción.

Seguramente, que una gran parte de vuestros compatriotas pensarán de la misma manera, y casi también algunos europeos.

¿Hay nada más natural, diréis sin duda, que pedir a los que desean vulgarizar la ciencia como alumnos dispuestos a ayudar a todos los trabajos, que ponerles frente a frente, para que el uno pruebe al otro y se pruebe a sí mismo también, que su instrucción es correcta?

¡Hombre de mundo, viviendo en él y simpatizando con él, tenéis sin duda razón!

Pero no vituperéis a los que pertenecen a otro mundo que el vuestro, que no se han nutrido con vuestra manera de razonar, y que han de encontrar alguna vez penoso, tener que aceptar vuestros puntos de mira y no de muy buena gana.

Nuestro reglamento encierra, la más importante de las objeciones que pudiera haceros.

Es verdad, tenemos nuestras escuelas y nuestros profesores, nuestros neófitos y nuestros shaberons (adeptos superiores) nuestra puerta se halla abierta a todo hombre honrado que llame a ella.

El recién llegado, es siempre bienvenido; pero únicamente que nosotros no vamos hacia él, sino que por el contrario, él tiene que venir hacia nosotros.

Además, si no alcanzó en la senda del ocultismo andado ese punto de donde todo retorno se hace ya imposible, alistándose en nuestra asociación, no lo visitamos jamás; ni tampoco pasamos el umbral de su puerta bajo forma visible, excepción hecha en determinados casos de una importancia suma.

¡Si se encuentra alguno entre vosotros, de tal manera enamorado de la ciencia y de los poderes que confiere, que se halle dispuesto a dejar vuestro mundo social y pasar a vivir en el nuestro!

¡Que venga!

¡Pero que no abrigue esperanzas de volver al lugar de donde vino, cuando el Sello de los Misterios haya cerrado sus labios para siempre de una manera que evite toda debilidad o indiscreciones futuras!

¡Que venga, por cualquiera de las muchas sendas por donde el discípulo va hacia su maestro, pero sin poner condiciones; contentándose cual muchos otros, ¡con las migajas que pudieran dársele en tanto hace su camino!

Supongamos que vayáis resuelto por un momento, venir a nosotros - como ya lo han hecho dos de vuestros compatriotas- una la Sra. Blavatsky, y otro Mr. Olcott quiere hacerlo; -supongamos, repito, que habéis decidido abandonarlo todo, por la verdad; trepando, durante años, un camino penoso y escarpado, sin dejaros desalentar por los obstáculos, sin caer bajo el choque. de las tentaciones y conservar fielmente en vuestro corazón los secretos que se os confíen para hacer vuestra prueba de trabajar con todas vuestras fuerzas y con desinterés, en extender la verdad estimulando, a los hombres a rectificar su manera de vivir y de pensar. ¿Creeríais que esto sería justo si, después de vuestros esfuerzos, otorgábamos a la Sra. Blavatsky y a Mr. Olcott que serían unos profanos en este caso, lo que pedís actualmente para vosotros mismos?

La primera de las personas que acabo de citar, ha dado ya las tres cuartas partes de su vida; el otro, seis de los más bellos años de su virilidad, y los dos continuaran aun su labor hasta el fin de la existencia; trabajando siempre, para alcanzar el premio que hayan merecido.

No obstante, no lo pedirán nunca, ni murmurarán aun cuando se vean defraudados en la empresa.

Aunque no pudieran cumplir todo lo que cumplen, sería una injusticia flagrante, olvidar los servicios importantes que prestan en el campo teosófico.

La ingratitud, no es, seguramente uno de nuestros vicios, y no me imagino quisierais aconsejárnosla.

Ni una, ni la otra de estas dos personas, tienen el menor deseo de

inmiscuirse en la dirección de la rama anglo-india proyectada, ni dar sus órdenes.

Si la nueva, Sociedad se forma, ha de ser de hecho, una rama de la Sociedad, aunque, llevando un título distinto, lo mismo que la Sociedad Teosófica Británica de Londres, ha de contribuir al desarrollo de su acción, por todos los medios posibles.

Principalmente, propagando la idea primordial de la Fraternidad Universal.

Por imperfectos que hayan sido los pocos a fenómenos que habéis presenciado, tenéis que confesar, que son inatacables.

Los golpes en la mesa, cuando nadie la toca y los sonidos de campanilla en el aire, decís que os han parecido siempre satisfactorios, etcétera.

De aquí sacáis la consecuencia de que unos fenómenos tales pueden ser fácilmente multiplicados ad infinitum.

Lo pueden ser, seguramente, en cuantas partes encontremos ciertas condiciones magnéticas y otras corrientes constantes, y cuando no tenemos que obrar con ayuda de un cuerpo débil de mujer en donde la mayor parte del tiempo circula, podríamos decir, un ciclón violento de vitalidad.

Pero por imperfecta que sea nuestra ayuda visible, es sin embargo lo mejor que tenemos por de pronto, y los fenómenos para cuya producción ha contribuido, han asombrado y confundido durante medio siglo a hombres, que son lo selecto de la época, en cuanto a inteligencia y ciencia.

Dos o tres notas de Koot Hoomi que he recibido después, tenían relación con un incidente que voy a mencionar.

Como fenómeno de prueba, es el más completo, para mí, de todos cuantos he referido.

Bueno es señalar de paso, que si bien los diarios indios relataron de momento las circunstancias de este incidente, la cuadrilla alegre de críticos que habían inundado la prensa con sus cándidos comentarios en tiempo del fenómeno del broche, se abstuvieron muy bien de

discutir el incidente llamado de la almohada.

Era un día, en que acompañados por nuestros huéspedes, fuimos a almorzar en una colina próxima a los alrededores.

Nuestra idea había nacido a consecuencia de que la noche anterior, habíase recibido de Koot Hoomi, lo que llamaré, una comunicación subjetiva.

Pero no entraré en pormenores, para no molestar a los lectores relatando mis impresiones.

Por la mañana, después de haber discutido acerca del particular, y puestos de acuerdo, hallé sobre la mesa del escritorio, un nota de Koot Hoomi, en el cual se comprometía a darme en el campo, algo que sería una confirmación de su presencia (astral) junto a mí, en la noche anterior.

Llegamos al sitio señalado para y acampamos sobre la cima de una en sitio muy pintoresco.

Había ya comenzado nuestro almuerzo, cuando la Sra. Blavatsky, nos dijo que Koot Hoomi preguntaba donde queríamos que depositara un objeto que iba a enviarnos.

Es preciso notar, que hasta entonces, no nos habíamos ocupado de fenómeno alguno.

La interrupción del almuerzo por el aviso misterioso de Koot Hoomi, había sido provocado de una manera incidental.

El hecho es, sencillamente que durante una conversación tenida con la Sra. Blavatsky, ésta prestó atención de pronto, y escuchó la voz de Koot Hoomi, que la hablaba desde su misterioso retiro, y a través del espacio le preguntaba dónde quería que depositase el objeto que queda enviarle como una prueba, más en abono del poder oculto, que poseen todos los adeptos.

la Sra. Blavatsky me comunicó enseguida la pregunta y deseo de nuestro comunicante, pero no influyó, en poco ni en mucho, en mi resolución; ni tampoco hubo discusión alguna, pues de una manera espontánea exclamé:

-En el almohadón, y señalé al mismo tiempo, uno de terciopelo y

seda en que se apoyaba en aquel momento una de las señoras allí presentes.

Tan pronto como había yo expresado mi deseo en alta voz, mi mujer exclamó:

-¡Oh, no!.. en el mío o palabras parecidas, pues yo sólo dije:

-Muy bien; en el de mi mujer.

la Sra. Blavatsky preguntó a Koot Hoomi, cual si éste se hallara presente y no a muchas leguas de distancia, si lo que se le pedía era cosa factible de hacer. La contestación fue favorable.

Mi libertad de acción, fue absoluta no estuvo limitada por ninguna condición; cosa quizás natural en otras circunstancias, y después de las experiencias anteriores.

Tal vez reflexionándolo antes, hubiera escogido cualquier otro sitio, como un árbol, en el suelo, etc., etc., pero no; fue tan espontánea mi determinación, que precisamente fui a elegir, aquello que tenía delante y ante, mi vista.

Fue precisamente un objeto el almohadón del que mi mujer no se había separado en toda la mañana, pues lo había subido hasta la colina donde estábamos con el djampane, y en dicho almohadón, bordado en terciopelo y seda, cosido y cerrado por todas partes, era en el que apoyaba su cabeza por hallarse echada.

Este almohadón o cojín, hacía muchos años que estaba en nuestro poder, y además de estar muy bien cosido en todo su alrededor, se hallaba muy relleno de plumas, dejándolo por lo regular en el salón de nuestra casa y siempre a la vista, junto a uno de los ángulos del sofá.

En cuanto mi mujer salía de casa, hacía que se lo llevasen a su djampane, y a la vuelta lo ponía en su sitio.

Con la elección del almohadón una vez aprobado, suplicaron a mi mujer lo colocase bajo el tapiz, lo que ella hizo en su propio djampane.

Apenas habría pasado un minuto, cuando la Sra. Blavatsky nos dijo que podíamos empezar a abrir el cojín. Me valí de un corta plumas, y fue un trabajo de cierto tiempo, porque el almohadón estaba cocido todo alrededor, con un cosido muy fuerte, de manera que no era fácil

descoserlo y fue menester cortarlo todo punto por punto.

Cuando de un lado estuvo completamente abierto, descubrimos que las plumas de dentro estaban encerradas en una envoltura interior, igualmente cosidas a los bordes.

Nada había; ni entre la primera, ni en la segunda envoltura; pero en cuanto mi mujer descosió ésta, entre las plumas, encontró en primer lugar, una nota envuelta en tres dobleces, dirigido a mí y escrito por el bien conocido corresponsal oculto.

Estaba concebido, en los siguientes términos:

Mi querido hermano.

Este broche No. 2 que está colocado en sitio tan curioso, es sencillamente para enseñaros como un verdadero fenómeno es fácil de producir, y como es más fácil aun, sospechar de su autenticidad. Válgase de él como le parezca, y sirva también para probarle que soy su amigo.

Voy a ensayar, si podré obviar las dificultades de que me hablabais la noche anterior respecto al cambio de nuestras cartas.

En breve, uno de nuestros Gurús visitara Lahore y los Nort-West Provinces y se os dará seña, con la cual podréis siempre serviros, a menos que prefirieseis que la correspondencia sea por... almohadones.

Le hago notar que la presente, no tiene la fecha de una "Loge" pero data del valle de Kashmire.

Mientras yo leía esta nota, mi mujer, continuando sus investigaciones y revolviendo entre las plumas, descubrió el broche en cuestión.

Era un broche usado, que llevaba colgado al cuello mi mujer, y que tenía por costumbre dejado encima de su tocador, cuando se peinaba.

Hubiera sido imposible, inventar entre las pruebas mecánicas, una más irrefutable y más convincente que la que nos fue dada en estas circunstancias tan especiales para nosotros.

Toda la fuerza y significación del en vivo se apoyaba, en mis impresiones subjetivas, pues no se hubiese podido hacer hasta que yo hube hablado de mis impresiones por la mañana, poco después del

almuerzo. Pero la Sra. Blavatsky no se había apartado de nosotros, quedándose sentada en el salón con mi mujer, y esto, bien a su pesar, porque iba a escribir algunas cartas en su cuarto, cuando las voces ocultas le hubieron ordenado ir a sentarse en el salón con mi mujer, donde permaneció durante toda la mañana.

Había obedecido, pero mostrándose quejosa contra la interrupción de su trabajo, no pudiendo comprender los motivos de esta orden.

Lo supimos más adelante, porque tenía relación con el fenómeno proyectado.

Era necesario que no tuviéramos ningún recelo ni pensamiento secreto respecto a la intervención material de la Sra. Blavatsky. durante aquella mañana, a fin de que no la hiciéramos entrar como factor, en la operación del broche.

Naturalmente, aunque se hubiera previsto el señalamiento del almohadón como prueba, no hubiera sido necesario atormentar a nuestra “Dama vieja” como cariñosamente la llamábamos generalmente.

La presencia del famoso cojín, en el salón en donde mi mujer le había visto durante toda la mañana, hubiese sido bastante garantía.

Pero fui libre de todo prejuicio cuando escogí un sitio escondido para el broche, pues ni yo, ni nadie, podíamos pensar en el almohadón.

En el nota que he referido, había ciertas alusiones ocultas de fácil sentido para nosotros y que correspondían de una manera indirecta a una conversación que habíamos tenido comiendo, la víspera por la noche.

Había hablado en ella, de ligeras irregularidades de lenguaje que se encontraban acá y acullá en las cartas extensas de Koot Hoomi, a pesar de su magnificencia y buen estilo y su vigor de expresión; irregularidades que consistían en una o dos, expresiones que un inglés no hubiera escrito en la forma y señas de las cartas ya relatadas, que tenían cierto matiz de orientalismo.

Si alguien me hubiera preguntado: ¿Pero cómo debía haber escrito?

Yo le hubiera dicho:

En parecidas circunstancias, un inglés, no hubiera probablemente escrito sencillamente:

Mi querido hermano, la alusión del Valle de Cachemira por el lugar desde el cual se escribió la carta, en lugar de una Logia, fue una alusión de la misma conversación; y el subrayado de la “k” fue otro, como la Sra. Blavatsky había estado diciendo que la ortografía de Koot Hoomi de “Escepticismo” con una “k” no era un americanismo en su caso, sino debido a un capricho filológico suyo. Después del descubrimiento del broche, no estuvo todo acabado aquel día.

Por la noche en casa, estando de sobremesa, después de comer, cayó una pequeña nota de mi servilleta, cuando lo desplegué vi que era de carácter personal; no lo reproduciré por tanto, todo enteramente, pero no quiero dejar de relatar una parte de lo concerniente al Modus operandi oculto.

He de explicar, que antes de marchar para almorzar en la colina, había yo escrito, algunas palabras de agradecimiento, respecto a la promesa que me había sido hecha en la nota, de que he hablado.

Había entregado mi nota a la Sra. Blavatsky, a fin de que lo mandara, por sus procedimientos ocultos, cuando tuviera para ello ocasión.

Mientras mi mujer y yo, íbamos delante a lo largo del muelle de Simla, había tenido ella la nota en su mano, durante la mitad del camino aproximadamente, sin encontrar la ocasión que esperaba; pero se le desapareció, sin saber cómo ni cuándo.

Habíamos hablado de comer a escote, y en el momento de abrir la carta encontrada en el almohadón, algunos de los que nos acompañaban, dijo que sería quizás, la contestación de la nota que acababa de ser enviado.

La carta no hacía mención de ello, como el lector sabe ya. Citaré la nota, que recibí comiendo:

Algunas palabras todavía.

Porque seguramente, os habrá contrariado al no recibir contestación

directa a vuestra última nota.

Ha llegado a mi poder, próximamente medio minuto, después que las corrientes ya habían sido establecidas, y habían hecho su camino para formar el Dak, del cojín.

Vuestra nota, por otra parte, no necesitaba contestación...

Me pareció que mi mente se desvanecía, al oír hablar tan familiarmente, de unas corrientes, empleadas para producir lo que la ciencia europea hubiera llamado milagro. Un milagro, para la ciencia Europea; y sin embargo, un hecho tan evidente cuando podía pedirse más.

Lo sabíamos: el fenómeno que habían visto, era una. realidad maravillosa; la fuerza de pensamiento de un hombre, entonces en Kachemir, había cogido un objeto material en una mesa, en Simla, lo había disgregado según un procedimiento que la ciencia occidental desconoce todavía, lo había hecho pasar a través de otra materia, formándolo de nuevo, tal y como era antes.

Las partículas separadas, volvían a ocupar el puesto mismo que tenían antes, y reconstituido el objeto hasta en las menores líneas y los menores signos por toda su superficie.

El broche traía también al salir del almohadón, -signos que no llevara antes- las iniciales de nuestro amigo.

Nosotros sabíamos, que unas cartas escritas en papel tangible, habían circulado aquel día. con la rapidez de la electricidad, entre nosotros y nuestro amigo; aunque hallándonos separados por centenares de millas y por entre las montañas del Himalaya.

Sabíamos también, que la enseñanza que resultaba de estos hechos, no podrá jamás atravesar la muralla impenetrable que rodea el cuerpo de los sabios occidentales, muralla construida de preocupaciones y obstinación, de ignorancia sabia, y necedad refinada.

También sé, con sentimiento mío, que no se querrá creer lo que relato, ni lo que falte por relatar, aun sabiendo mis escrúpulos respecto a los menores detalles en que me fijo y la completa veracidad de cada una de mis palabras, que seguramente no servirán para otra

cosa, que para satisfacer mi conciencia.

Los sabios de occidente, aun los de menos talento y que habían merecido hasta aquí, para mí, la más grande simpatía, rechazaran sin rodeos mi testimonio. Cuan bien, cuando uno saldrá de la tumba, etc... Esta es la historia vieja. ¡Sí, cuando se piensa el eco que habría de tener en la opinión pública, unas pruebas como las que a mí, me han sido dadas!

La sonrisa de la incredulidad, que es tan estúpida, figurándose ser tan sabia, las suposiciones que pretenden ser tan perspicaces, pasarán por estas páginas como, un fuego que seca y destruye su significación, para aquellos que reirán leyéndolas.

Koot Hoomi tiene razón; al declarar que el mundo no es todavía apto para pruebas del poder oculto tan sorprendentes, Pero tiene también igualmente razón al interesarse amigablemente, como se verá lo hace, al leerse las páginas de este libro, formado en parte con estas influencias que socaban pieza por pieza los fundamentos del dogmatismo y de la tontería humana, en donde la ciencia que se cree tan infalible ha echado en nuestra época tan hondas raíces.

La carta siguiente de Koot Hoomi -la tercera larga- la recibí poco después de mi regreso a Allahabad, durante la estación menos calurosa. Ya antes me había avisado por medio de un telegrama, el día mismo de mi llegada a Allahabad.

Este telegrama de poca importancia, en cuanto a su contenido... y que no encerraba otra cosa que agradecimiento por algunas cartas que le había publicado en los diarios, no fue de menos interés para mí, un interés grande. Porque más tarde me dio una prueba de cierta naturaleza para convencer a los extraños, que sus cartas no eran obra de la Sra. Blavatsky, si es que alguno estaba inclinado a creerlo, aun a despecho de las numerosas dificultades mecánicas que suponía esta obra.

Para mí, que la conocía íntimamente, el estilo solo de sus cartas, hubiese bastado para probarme que ella no las había escrito, y era un absurdo declarar por adelantado, una cosa tal.

Si se objeta, que la autora de Isis sin Velo, tiene una flexibilidad de

lenguaje que hace difícil decir cuál es su estilo, la contestación es muy sencilla.

la Sra. Blavatsky, fue tan abundantemente ayudada por los hermanos, en la composición de ese libro. que se encuentran en él partes, enteras, que no son verdaderamente suyas. Ella no oculta este hecho, aunque sea inútil decirlo, pues ella lo proclama por todas partes.

Cosa que nadie la entendería, aunque se les explicase, excepto los que han visto los fenómenos ocultos.

Así es, que lo repito, su estilo es por completo diferente del de las cartas de Koot Hoomi.

Pero como he recibido varias de éstas durante el invierno que habitó en mi casa, no era mecánicamente imposible, que ella fuese la autora.

Pero volvamos al telegrama que recibí en Alahabad y que había sido enviado desde Jhelum.

Era contestación a una carta dirigida por mí a Koot Hoomi, y que había enviado en el mismo momento, antes de mi partida de Simla, a la Sra. Blavatsky, la que algunos días antes había marchado y se encontraba entonces en Amritsour.

Había recibido la carta el día 27 de Octubre: lo supe, no solamente por la fecha en donde la había echado al correo, sino de una manera positiva por el sobre que me devolvió en Allahabad con la orden de Koot Hoomi.

No podía saber la razón, de este último envío.

¿Para qué podía servirme, un sobre usado?

Lo tiré; pero más tarde comprendí cual había sido la intención de Koot Hoomi cuando la Sra. Blavatsky me hubo hecho saber que yo obtendría el original del telegrama de JhelZum.

Por la intervención de un amigo, relacionado con la Administración de telégrafos, obtuve la reproducción de este original.

Contenía aproximadamente veinte palabras; tuve entonces la explicación del sobre devuelto.

El mensaje estaba escrito por la mano de Koot Hoomi; éste

contestaba desde Jhelum, con una carta en la cual la estampilla del correo señalaba, que había sido entregada en Amritsour, el día mismo, que el mensaje fue enviado.

la Sra. Blavatsky, en aquella fecha, se hallaba seguramente en Amritsour, donde estaba en relaciones con muchas gentes para sus trabajos en la formación y desarrollo de la Sociedad Teosófica, y sin embargo, la escritura de Koot Hoomi se encontró, no se puede negar, en un telegrama entregado en la misma fecha al correo de Jhelum.

Así pues, aunque algunas cartas de Koot Hoomi hayan pasado por las manos de la Sra. Blavatsky, está probado, que no era ella, quien las escribía, como lo está también, que la letra no era la suya..

En aquel momento Koot Hoomi, se hallaría probablemente en Jhelum, o en sus alrededores, porque él había ido a pasar algunos días; en medio de la sociedad europea, por circunstancias especiales y por ver a la Sra. Blavatsky, como explicó la carta que recibí en Allhabad, poco después de mi regreso a aquella ciudad.

Nuestra querida “dama vieja” había quedado hondamente resentida; por la conducta de algunos incrédulos de Simla, con quien se había encontrado al ir con nosotros a otro punto, y cuyo espíritu, no pudiendo rechazar los fenómenos que habían visto, se había convertido en hostilidad su afecto.

Era lo que ya estoy acostumbrado a ver, con harta frecuencia.

En la imposibilidad de encontrar ni la sombra de una superchería, pero convencidos, sin embargo, que por no entender los fenómenos habían de ser fraudulentos, hay gentes de cierto temperamento que están animadas del espíritu aquel, que inspiraba las persecuciones de las autoridades religiosas, en la infancia de las ciencias físicas.

Para colmo de miserias, uno de estos testigos se encontraba incomodado, por una inocente indiscreción del coronel Olcott; quien en una carta dirigida a uno de los diarios de Bombay, relatava algunas expresiones de que ese señor se había valido, para alabar la Sociedad Teosófica y su beneficiosa influencia, entre los indígenas del país.

La irritación causada por estos disgustos, hacía en el temperamento nervioso de la Sra. Blavatsky, un efecto difícil de comprender, para las

personas que no la conocían.

Hablaré ahora, de las alusiones contenidas en la carta de Koot Hoomi, después de haber hablado de una ocupación importante, que había tenido, desde el tiempo en que me había escrito la vez última.

Su carta continuaba así:

Veis pues, como tenemos otra cosa más que hacer y pensar, que en vuestras pequeñas Sociedades..?

Sin embargo, la Sociedad Teosófica, no se verá descuidada.

Ha sufrido una impulsión tal, que de no ser bien dirigida, podría tener una caída peligrosa.

Recordad las avalanchas de vuestros Alpes tan admirados de cerca sus dimensiones son insignificantes y su movimiento poco rápido.

Comparación gastada diréis. Pero no encuentro para ella otra mejor, cuando pienso en la aglomeración gradual de los acontecimientos al parecer sin importancia, que van tomando proporciones amenazadoras, para el destino de la Sociedad Teosófica.

No podía desembarazarme de esta idea, cuando el otro día bajando por los desfiladeros de Kolenlun-que vosotros llamáis Karakorum-fui testigo, de la caída de una de esas avalanchas.

Había ido a ver personalmente a mi Gurú y me dirigía hacia Lhadak, regresando a mi casa.

No podría decir, cuales fueron los pensamientos que después me atormentaron. Pero en el momento, y cuando quería disfrutar de la calma imponente que generalmente sigue, a esos cataclismos, para definir más claramente la situación presente y las disposiciones de los místicos de Simla, fueron llamados, violentamente, mis sentidos, hacia la realidad.

Una voz familiar, tan penetrante como la que se le atribuye al pavo real de Saraswati la cual, si uno cree en la tradición, hizú huir al rey de los Nagas resonó a lo largo de las corrientes: Koot Hoomi, ¡venid pronto... a mi socorro!

Y en su excitación, no advertía que hablaba inglés.

Debo decir, que los telegramas de la “dama vieja” os hacen

impresión como piedras lanzadas por una honda.

Qué hacer, sino venir?..

Argumentar a distancia, y a través del espacio, era inútil: para el que hundido en una penosa desesperación, su estado moral se encuentra en un caos completo.

Determiné pues, renunciar por el momento a un retraimiento de varios años para pasar algún tiempo con ella y confortarla, lo mejor que me fuera posible.

¡Pero nuestra amiga, no tiene complejión para tomar por modelo, la resignación filosófica de Marco-Aurélio!

“Los destinos, nada escribieron jamás, de lo que ella podría decir.”

Es una cosa real, que hacer un bien, es solo para oír hablar mal de uno.

Había venido, solo para algunos días, pero me apercibí que no podía soportar por más tiempo, el magnetismo sofocante, de mis propios compatriotas.

He visto a muchos de nuestros viejos y fieros Sikhs titubear, borrachos al caminar por las baldosas de mármol de sus sagrados templos.

He oído a un Vakil, hablando inglés, declamar contra el Yog Vidya y la Teosofía, llamándolos ilusión y engaño, declarando que la ciencia inglesa les había libertado de estas supersticiones deshonorosas, y diciendo que, se insultaba a la India, sosteniendo que los Yogis y los Sunnyasis asquerosos, sabían algo de los misterios de la naturaleza, como también; que un ser viviente, pueda o haya podido jamás, producir fenómenos.

Os he agradecido por telégrafo, los favores que me habéis dispensado, así como vuestra diligencia por servir al sujeto de quien os hablé en mi carta del día 24.

Recibí en Amntsour el día 27, a las 2 de la tarde, vuestra carta. y cinco minutos después, a treinta millas próximamente de Rawul-Pinder; os acuso recibo desde Jhelum, por vía telegráfica, a las 4 y en la misma tarde.

Nuestros sistemas de comunicaciones rápidas y de reparto inmediato, no deben ser tan desdeñados por el mundo occidental, ni menos por los escépticos Vakils Aryens, hablando inglés.

No puede pedirse a un compañero, más juicio que el que mostráis para principiar.

Querido hermano, habéis cambiado de una manera notable vuestra actitud hacia nosotros.

¿Qué nos impediría entendernos perfectamente algún día?...

No se puede esperar de vuestro pueblo más, que una benevolencia neutral, hacia el nuestro.

¿El punto de contacto es tan débil, entre las civilizaciones que cada uno representa? que cada uno podría decir... que no se tocan. Y ellas rechazarían aún más si no hubiese algunos - ¿cómo diré yo, excéntricos? – que como vos, abrigan pensamientos elevados y más avanzados, hablando a las inteligencias para reunir las dos civilizaciones con un atrevimiento admirable.

La carta que tengo ahora ante mi vista trata de asuntos materiales en su mayor parte, que me son personales, y vengo obligado a no relatar de ellos más, que algunos pasajes sacados de aquí, y de allá; porque estas relaciones serán, no lo dudo, de un gran interés, pues dan sobre todo una especie de realidad a los argumentos, hasta aquí tratados, generalmente con un vago, aunque florido lenguaje.

Progresos de la Ciencia

Koot Hoomi me puso en guardia, contra la tendencia que yo pudiera tener, de idealizar a los Hermanos; por los poderes de que dan muestras ante el vulgarismo europeo, con las maravillas que ejecutan.

¿Estáis cierto, me dice él, que la impresión agradable que os produce nuestra correspondencia, no sería destruida en un instante si vos me vierais?

¿Y cuál de nuestros santos Shaberons, disfruta la débil educación universitaria y el ligero conocimiento de las costumbres europeas que yo he adquirido?..

Koot Hoomi me decía, con cierta circunspección, que comunicaría conmigo, en tanto esto le fuera posible, ora por... cartas (con o sin almohadones), ora por visitas personales, bajo su forma astral.

Pero pensad, “añadía”, que Simla se halla a mayor altura que Allahabad en 7,000 pies; y que las, dificultades que se tienen que vencer para elevarse hasta esta última ciudad, son terribles.

Los espíritus vulgares, no hacen gran distinción entre nuestros fenómenos, y los de magia.

Esta alusión instructiva, que contiene la última frase, puede servir para hacernos comprender que todo lo mágico que aparece en los fenómenos producidos por los Hermanos, (dejando aparte la hipótesis estúpida de superchería), pertenece a una magia oficial, sujeta a leyes determinadas.

En la infancia de la química, la mayoría de los cuerpos en la naturaleza se consideraban como a elementos; pero el número de los cuerpos disminuye con el progreso y las investigaciones hechas en la ley de las combinaciones: así sucede en la magia. Hubo una época en donde hubiera sido magia, pasear en las nubes metido en una cesta colgando de un globo, o enviar noticias por debajo del mar; esto sin embargo, ha venido a ser una cosa corriente.

Las manifestaciones de Simla, son mágicas para la mayoría de los hombres de nuestra generación, pero la telegrafía psicológica, será probablemente dentro de pocos siglos, sino propiedad del género humano; a lo menos un hecho científico, tan incontestable como el cálculo diferencial, y reconocido como propiedad de los que habrán estudiado como especialidad, este ramo.

Que la telegrafía psicológica ú otros fenómenos. del mismo género, sean más fáciles de producir, en ciertas capas de la atmósfera, que en otras, ved ahí una suposición que tiende a hacerlos descender del reino de la Úlagia, o a elevaros si se quiere, hacia las regiones de la ciencia exacta.

Puedo aquí insertar gran parte de una carta de Koot Hoomi a ese amigo de quién me vengo ocupando, el cual tenía una correspondencia seguida con Koot Hoomi respecto al proyecto que había formado de

dedicarse enteramente, bajo ciertas condiciones, a estudiar el ocultismo.

Esta carta, presta alguna luz sobre las concepciones metafísicas de los ocultistas, y ha de recordarse que la metafísica, es algo más que una especulación abstracta.

Querido señor:

Aprovecho mis primeros momentos de ocio, para contestar en forma, a vuestra carta: fecha del día 17 del mes último y vengo en participarle el resultado de mi entrevista con nuestros maestros respecto a la proposición que en ella se nos hizo, y probaré al mismo tiempo de contestar a todos sus razonamientos.

En primer lugar, he de agradecerlos, en nombre de toda la sección de nuestra Fraternidad, que se interesa por la prosperidad de la India, vuestra oferta de asistencia, cuya importancia y sinceridad, no puede ponerlas en duda nadie.

Nosotros hacemos remontar el origen de nuestra raza, a través de las vicisitudes de la civilización india, en un pasado muy lejano, y nuestro amor por nuestra madre patria, es tan profundo y tan apasionado, que ha sobrevivido al afecto extensivo y cosmopolita (perdón si esta palabra no es inglesa) de nuestros estudios sobre las leyes de la naturaleza.

Así yo presiento, que para todo patriota indio, la más grande recomendación ha de ser para él, toda palabra amable ó todo procedimiento simpático, para nuestra patria.

Ya podéis figuraros, desde luego, que estamos convencidos que la degradación de la India es debido, por una buena parte; al obscurecimiento de su antigua espiritualidad, y que para levantar su noble estandarte de ciencia y de moral, no se puede contar con una impulsión nacional; cada uno de nosotros está dispuesto, naturalmente, a impulsar adelante una Sociedad en formación, sobre todo, si en su objeto carece de todo móvil egoísta.

A la Sociedad, cuya finalidad sea hacer revivir la antigua ciencia, y rehabilitar nuestro país, en la estimación del mundo.

Tenednos por convencidos, sin necesidad de hacer nuevas afirmaciones.

Pero sabéis, como todos los que han leído la historia, que no basta que los patriotas tengan valor, si las circunstancias le son contrarias.

Sucede que no existe poder humano, ni tampoco fuerza humana, ni furor patriótico el más exaltado, capaz de desviar de su carrera fatal, un destino de hierro; y muchas naciones se han eclipsado precipitadas cual en una sima como antorchas sumergidas en el agua.

Nosotros, que tenemos el conocimiento de la caída de nuestro país, sin tener el poder de levantarlo cual quisiéramos, pronto no podemos hacer lo que quisiéramos, ni por los intereses generales, ni por los particulares y llenos de buena voluntad, pero no teniendo el derecho por delante más que a medias, nos vemos obligados a decir, que la idea sugerida por M. Sinnett y vos mismo, es en parte impracticable. En una palabra, me es imposible como a todo otro Hermano, excepto a un neófito avanzado, aceptar el papel especial de guía o jefe de la Rama anglo india.

Sabemos que sería una buena cosa, el daros una instrucción regular, así como a algunos de vuestros colegas, y enseñaros los fenómenos acompañados de su explicación.

Además, aunque vuestro grupo sería el solo instruido, aún habría una ventaja adquirida, cual fuera, tener algunos ingleses dotados de capacidad bastante, afiliados como estudiantes a la Psicología Asiática.

Estamos al corriente de todo esto... ¡y otras cosas!...

No rehusamos por eso corresponder, ni dejar de ayudaros por todos los medios que estén a nuestro alcance: lo que no queremos, es tener otra responsabilidad que aquella que resulte de nuestra correspondencia periódica, y ayudaros con nuestros consejos cuando los necesitéis y sea ocasión propicia, y favoreciéndoos con pruebas tangibles o visibles si se hace posible, en forma bastante para convenceros de nuestra existencia, y del interés y afecto que por vos sentimos.

No queremos consentir en guiaros.

Bien que podamos hacer mucho, no nos podemos comprometer a daros más que en la justa medida de vuestros méritos.

Mereced mucha, y no nos mostraremos ingratos en la recompensa: mereced poco, y obtendréis lo que sea, en su justa medida.

Esto no es el texto ni el cuaderno de apuntes de, un estudiante; bien que parezca tal, es su expresión, bajo la forma vulgar de la ley.

En nuestra orden, no podemos contravenir a ella.

No estando, acostumbrados a la manera de pensar y obrar de los Occidentales, especialmente de los ingleses, si nos cuidábamos de una organización de tal especie, se encontrarían a cada instante nuestras costumbres y vuestras tradiciones, en oposición sino por ellas mismas, cuando menos, por los modos de realización.

No andaríamos juntos el camino por mucho tiempo.

He pedido a Mr. Sinnett redacte un plan, incorporando vuestras ideas comunes, para someterlas a nuestros maestros; este será, según creo, el mejor medio de llegar a un acuerdo mutuo.

Dirigidos por nosotros, vuestra rama no tendrá vida, porque no sois hombres para ser dirigidos, (en el mejor sentido de la palabra).

De modo que la Sociedad, sería un aborto, una bancarrota; parecería una cosa tan extraña como ver una carroza a lo Daumont parisién, arrastrada por un tronco de yaks o camellos indios.

Nos pedís que os enseñemos la verdadera ciencia, el aspecto oculto por el lado invisible de la naturaleza; ¿y creéis que eso puede hacerse tan fácilmente como se dice?

No parecéis querer comprender que hay dificultades inmensas, en la manera de comunicar los rudimentos de nuestra ciencia, a los que han sido criados según métodos para vosotros familiares.

No podéis ver, que cuanto más imbuidos en vuestros modos de civilización estéis, menos capaces sois, para ser instruidos instintivamente

Permitidme algunos ejemplos.

Conforme a la ciencia exacta, no reconocéis más, que una fuerza cósmica; sin notar diferencia entre la energía gastada por un viajero

que arranca las malezas que obstruyen su marcha, y la de una suma igual que gasta un operador científico, para poner un péndulo en movimiento.

Nosotros juzgamos de otro modo; porque sabemos que hay un mundo de diferencia, entre las dos fuerzas.

El uno, disipa inútilmente la fuerza; el otro la concentra y enriquece. Y aquí veía, que no me ocupó de la utilidad relativa de las dos fuerzas, como se pudiera imaginar. El hecho solamente de que en un caso, no hay más que fuerza bruta, gastada, sin que se haya transformado esa energía grosera en una forma potencial más elevada en la dinámica espiritual, lo que sí sucede en el otro caso.

No lo consideréis solo como vagamente metafísica: La idea que quisiera comunicaros es, que la inteligencia superior en un cerebro científicamente ocupado, da resultado, la evolución en una forma de energía espiritual que, en la acción cósmica, puede producir unos efectos ilimitados; mientras que el cerebro que obra automáticamente, no detiene o no recoge más, que una cierta cuantía de fuerza bruta, que no puede producir ningún beneficio, ni para el individuo, ni para la humanidad.

El cerebro humano, es un generador inagotable de fuerza cósmica, de calidad muy refinada, que saca su energía inferior, de la naturaleza más grosera.

El adepto completo, ha hecho de sí mismo un centro radiográfico, de virtualidades con las cuales, establece correlaciones, sobre correlaciones, a través de las edades sin cuento.

Tal es la clave del misterioso poder que poseen para proyectar y materializar en el mundo visible, las formas que su imaginación ha construido en lo invisible, ayudándose con la materia cósmica inerte.

El adepto, no crea nada nuevo; no hace más, que emplear en su manipulación los materiales que la naturaleza tenga almacenados en torno de él; la materia primordial, que durante eternidades, de eternidades, ha pasado a través de todas las formas.

De ella, no escoge más, que aquélla que necesita, y trae a la existencia objetiva.

¿Esto, no parecerá a alguno de vuestros sabios biólogos, el sueño de un loco?

Decís, que hay pocos ramos de la ciencia con los cuales dejéis de estar poco más o menos familiarizado, ¿y que pensáis hacer, un cierto resumen con ellos, después de muchos años de estudio lo que no habéis podido realizar?

No lo dudo, ¿pero queréis permitirme os trace más claramente la diferencia naturaleza que existe, entre las ciencias físicas (llamadas exactas para lisonjearlas), y las ciencias metafísicas? . . .

Estas últimas, lo sabéis bien, son imposibles de demostrar ante un auditorio no instruido, siendo clasificadas por M. Tyndall, entre las ficciones de la poesía.

Por el contrario, la ciencia realista, es de hecho completamente prosaica.

Para nosotros, pobres filántropos desconocidos, un hecho en una o otra forma, de esas ciencias, nos es sólo interesante según el grado de virtualidad que tenga, y por los resultados morales que resulten como utilidad, para el género humano.

¿Es una cosa indiferente a todo y por todos, que en su desenvolvimiento, ligado estrechamente con los egoístas, se muestre esa ciencia de hecho, materialista y aislada en su orgullo?

¿Puédese preguntar lo que se tiene que hacer con la filantropía encerrada en las leyes de Faraday, Tyndall ú otros, en sus relaciones abstractas con la humanidad considerada como un todo inteligente?

¿En qué se cuidan ellos del Hombre átomo, aislado de ese grande y armonioso conjunto, bien que ellos tal vez pueden serle útiles?

La fuerza cósmica, es algo de eterno e incesante.

La materia es indestructible, y ahí se paran los hechos científicos.

Dudáis de ellos, sois un ignorante, los negáis, sois un loco peligroso o un beato, pretendéis progresar después de estas teorías, sois un charlatán impertinente.

Y nadie, en el mundo, haciendo experiencias, ha tenido la idea de sacar de estos hechos científicos las conclusiones siguientes:

La naturaleza, prefiere conscientemente, que la materia sea indestructible bajo la forma orgánica, que no bajo la forma inorgánica, y ella trabaja, pero incesantemente, para la realización de este objeto.

O sea, la evolución de la vida consciente, fuera de la materia inerte.

De ahí, su ignorancia en la dispersión o concentración de la energía cósmica, bajo su aspecto metafísico.

De ahí, sus divisiones respecto a las teorías de Darwin.

De ahí, su incertidumbre en el grado de la vida consciente que hay en cada elemento, y de ahí, necesariamente, su denegación despreciativa, cuando se trata de aceptar un fenómeno producido fuera de las condiciones establecidas para ellos; así como la idea, justa sin embargo, de que hay mundos de fuerza semi-inteligentes, como también intelectuales, trabajando en sitios ocultos de la naturaleza.

Pero voy a daros otro ejemplo instructivo. Nosotros vemos una diferencia grande entre las calidades de sumas iguales de energía gastadas por dos hombres, si suponemos que uno, se va a su trabajo cada día, en tanto que el otro, está en camino para hacer una de sus cotidianas y acostumbradas visitas al cuartelillo de la policía.

Mientras los sabios no ven en ellas diferencia alguna. más que diferencia específica-nosotros vemos una -entre la energía del viento en movimiento y la de una rueda que gira.

. ¿Por qué estas diferencias?

Porque cada pensamiento del hombre pasa, al momento de haber nacido, al mundo interior, en donde se une con una cantidad activa para su asociación, la que podríamos llamar su fusión, con un Elemental; es decir, con una de las fuerzas semi-inteligentes de los reinos de la naturaleza.

Ella sobrevive como inteligencia activa; criatura engendrada por el espíritu durante un tiempo más o menos largo; según la intensidad original de la acción cerebral, que le ha dado nacimiento.

Así, un buen pensamiento, se perpetúa como un poder activo benévolo; uno malo, como un demonio maligno.

De esta suerte, el hombre puebla continuamente en su marcha por el

espacio, un mundo propio, suyo, donde da vida a sus niñeces, sus fantasías, sus deseos, sus ilusiones y pasiones.

En esa ruta, vive y resiste en proporción de o su intensidad dinámica, toda la organización sensitiva o nerviosa, que se ponga en su contacto.

El budista le llama Skandha, el hindú le da el nombre de Karma.

El adepto evoluciona conscientemente estas formas: los demás hombres las dejan escapar, sin tener de ellas conciencia.

El adepto, para lograr y conservar su poder, debe vivir en la soledad y mejor o peor en el interior de su alma.

Menos aún, la ciencia puede comprender que sí de un lado, la hormiga que construye, la abeja que trabaja, el pájaro que hace su nido, acumulan cada uno en su humilde manera tanta energía cósmica en su forma potencial como un Haydn, un Platón, o un labrador, labrando en la tierra el surco: de otro lado, el cazador que mata la caza por gusto o para su provecho, y el positivista que aplica su inteligencia en probar que $+ X + = -$, gastan y derrochan la energía tanto, como un tigre al arrojar sobre su presa.

Todos éstos roban a la naturaleza en lugar de enriquecerla, Y, todos se harán responsables en proporción de su inteligencia.

La ciencia exacta, experimental, no tiene nada que hacer con la moralidad, la virtud y la filantropía, así no puede pretender con nuestro apoyo, unirse algún día con la metafísica.

Como ella no es más en sí que una fría clasificación de hechos, exteriores para el hombre, existiendo antes y después de él, su parte de utilidad no se extiende para nosotros más, que hasta los límites de estos hechos; y se inquieta ella poco por las conclusiones y resultados que la humanidad pudiera sacar de los materiales adquiridos por su método.

Así, nuestra esfera es tan excéntrica a la ciencia, como la ruta de Urano lo es a la de la Tierra. Rehusamos categóricamente presentar nuestra cabeza, para ser cortada.

Para ella: el calor no es más que una forma de movimiento, y el

movimiento desarrolla el calor; pero todavía no se ha descubierto porque el movimiento mecánico de la rueda que gira, debe tener más valor metafísico, que el calor en el cual se transforma gradualmente.

Id pues a sostener ante hombres de ciencia, esta concepción filosófica y transcendental (por consiguiente absurda) de los teósofos algo instruidos; a saber, que el trabajo progresivo del hombre, ayudado de sus descubrimientos incesantes, podrá un día con un procedimiento semejante al que emplea la energía del Sol y en su calidad de motor directo, extraer los alimentos nutritivos de la materia orgánica!

Si el Sol, este gran padre que sustenta nuestro sistema planetario, hiciese mañana, en condiciones rigurosas de observación, salir de un guijarro, pollos de granito, ellos (los hombres de ciencia) aceptarían el hecho como científico, y no gastarían fósforo en su pensamiento, para asentir que los pollos, no servían para alimentar a los pobres y a los que se murieran de hambre.

Pero que un Shaberon, se atreva en el Himalaya en un tiempo de famin a multiplicar los sacos de arroz para la multitud en peligro, (como podría hacerla), es probable que nuestros magistrados y receptores lo alojasen en un calabozo, para que confesara de que granero lo había robado.

Ved ahí la ciencia exacta, y nuestro mundo real.

Vos mismo, bien que os quedéis absorto de la ignorancia del mundo en todas sus cosas, bien que vos definiérais muy justamente la ciencia como una colección de algunos hechos palpables, torpemente generalizados, una jerga técnica inventada para esconder la ignorancia del hombre en todo cuanto toca a estos hechos, bien que hablaseis de vuestra fe en las posibilidades infinitas de la naturaleza, sin embargo, continuáis gastando vuestra vida en un trabajo que no sirve más, que a una cierta parte de esta misma ciencia...

Entre las numerosas cuestiones que tocáis, discutiremos primeramente, si queréis, la que trata de la culpa que hubieran tenido según vuestra observación los Hermanos, al no haber dejado huella en la historia del mundo.

Pensáis que ellos hubieran debido, con las ventajas extraordinarias que poseían, reunir en sus escuelas un número moderado de alumnos, los más ilustrados de cada raza.

¿Cómo sabéis que no han dejado huellas? ¿Tenéis conocimiento de sus esfuerzos, sus éxitos y sus faltas?

¿Tenéis algún tribunal para juzgarlos? ¿Cómo haría vuestro mundo, para presentar documentos que juzgasen la conducta de hombres, que tan cuidadosamente han cerrado las puertas para no ser espiados por la curiosidad?

La primera condición para su éxito, es la de no estar jamás vigilados, ni encerrados.

Los hechos que han llevado a cabo, ellos los conocen. Los que habían dejado percibir, no eran más que resultados donde las causas quedaban ocultas a todas las miradas.

Para explicar estos resultados, los hombres en varias épocas, han inventado teorías de intervenciones divinas, de providencias especiales, de destinos, de influencias hostiles o benignas, de las estrellas.

No hay ninguna época ni aun antes del período llamado histórico, que nuestros antecesores no hayan moldeado sus acontecimientos y hecho la historia; cuyos hechos fueron después invariablemente desfigurados por los historiadores, para satisfacer las preocupaciones de sus contemporáneos.

Estáis bien seguros que las figuras heroicas que aparecen en esta sucesión de dramas, no han sido más que unos fantoches?

Nunca hemos pretendido seríamos capaces de arrastrar las naciones en masa, a tal o cual crisis, a despecho del impulso general que procede de relaciones cósmicas del universo.

Los ciclos, deben correr sus revoluciones.

¡Los periodos de luz y obscuridad mental y moral se suceden, como el día sucede a la noche!

Los grandes y pequeños yugas deben cumplirse, según el orden establecido; y nosotros que somos llevados en la poderosa ola, no

podemos dirigir y modificar más, que algunas de sus corrientes secundarias.

Si nosotros asumiéramos los poderes de un Dios personal, como se ha imaginado, y si las leyes universales é inmutables no eran otra cosa que juguetes, entonces en verdad nosotros hubiéramos, ciertamente, creado condiciones de existencia, que hubieran hecho de esta tierra una Arcadia, para las almas sublimes.

Pero teniendo que contar con una ley inmutable, y cuando somos nosotros mismos unas criaturas, hemos debido hacer lo que podíamos, y quedar agradecidos.

Fue un lejano tiempo, cuando un número considerable de espíritus ilustrados, eran enseñados en nuestras escuelas.

La India, ha tenido semejantes épocas, como la Persia, el Egipto, la Grecia y Roma.

Pero como lo hizo notar Mr. Sinnett, el adepto, es la eflorescencia de su época, y el número de los que aparecen en un siglo, es comparativamente reducido.

Consideraciones Cósmicas Sociales

La Tierra, es el campo de batalla tanto de las fuerzas morales, como de las fuerzas físicas, y la impetuosidad de la pasión animal, espoleada por las groseras energías del grupo inferior de los agentes del éter, tienden siempre, a extinguir la espiritualidad.

¿Podría ser de otro modo, para hombres que han conservado un lazo de parentesco tan estrecho, con el reino inferior, de donde han evolucionado?

Es verdaderamente cierto, que nuestro número disminuye a la hora presente; pero esto sucede como he dicho, porque perteneciendo a la raza humana, nos hallamos sometidos a la impulsión cíclica, y tratamos de que ella vuelva sobre sí misma.

¿Podéis hacer subir hacia sus manantiales el Ganges o el Brahmaputra?

¿Podéis construir un dique que impida a sus olas encrespadas rebasar sus orillas?

No; pero podéis desviar una parte de la corriente en canales, y utilizar los conocimientos hidráulicos para bien del género humano.

Del mismo modo nosotros, que no podemos impedir al mundo seguir su dirección determinada, somos sin embargo, capaces de desviar una parte de su fuerza de impulsión, para emplearla útilmente.

Consideradnos como a unos semi-dioses, y mi explicación no os satisfará; pero miradnos como simples mortales, un poco más prudentes quizá, que los demás, por nuestros estudios especiales, y lo que he dicho, servirá de contestación a vuestras propias objeciones.

¡Que bienes, diréis, hemos de sacar mi compañero y yo (los dos inseparables), de estas ciencias ocultas del país!

En cuanto los naturales vean, que los ingleses y altos funcionarios, se interesan por la India, por la ciencia y las filosofías de sus antepasados, sé pondrán ellos mismos a estudiar abiertamente.

Y cuando habrán llegado a comprender, que los viejos fenómenos

divinos, no eran milagros, pero si resultados científicos, la superstición desaparecerá.

Así, el más grande obstáculo que ahora atrasa el renacimiento de la civilización india, desaparecerá con el tiempo.

La educación actual, tiende a hacerlos materialistas, destruyendo toda espiritualidad.

Haciéndoles apreciar y entender los escritos y enseñanzas de sus antepasados, la educación será para ellos un bienhechor, en lugar de una maldición, como es ahora.

Hoy día los naturales, ignorantes como así mismo también los que son instruidos, miran la religión cristiana y la ciencia moderna que los ingleses representan, como la causa primordial que les impide a éstos, probar a entender sus tradiciones.

Los dos pueblos, se aborrecen mutuamente y, desconfían uno de otro.

Mudad la actitud hacia la antigua filosofía y entonces los príncipes y la gente rica, empezarán a dar subsidios para las escuelas normales y para la educación de los pundits; los antiguos manuscritos ignorados hasta ahora y fuera del alcance de los europeos, volverán a ver la luz. y tendréis la llave de un número de misterios ocultados durante siglos al entendimiento popular, y que vuestros sanscritistas escépticos, no quieren tomarse el trabajo de estudiar; mientras que los misioneros religiosos no se atreven.

La ciencia ganaría mucho, la humanidad todo.

Bajo la acción estimulante de la Sociedad Teosófica anglo-india, podríamos con el tiempo, lograr una nueva edad de oro, para la literatura Sanscrita...

Si volvemos nuestras miradas hacia Ceylan, vemos a los sacerdotes más ilustrados, bajo la égida de la Sociedad Teosófica buscar nuevas interpretaciones de la filosofía budista.

En Gales, el día 15 de Septiembre, se fundó una escuela laica de Teosofía para la enseñanza de la juventud cingalés, con una lista de más de trescientos escolares, ejemplo que será pronto imitado en otros

puntos de la Isla.

Si es verdad que la Sociedad Teosófica, tal y como está constituida ahora no posee una vitalidad verdadera, y si a pesar de sus modestos medios, ha dado ya frutos tan prácticos, ¿cuántos resultados más importantes no debemos esperar de un cuerpo organizado con bases mejores, que podríais proponer?

Las mismas causas que tienden a materializar el espíritu indio, afectan también a todo el pensamiento occidental.

La educación, infiltra el escepticismo y ahoga la espiritualidad.

Haríais mucho bien, ayudando a dar a las naciones del Oeste, una base segura con la cual pudieran reconstruir su fe, que se convierte en polvo.

Lo que le falta, es la evidencia, que sólo proporciona la psicología asiática. Procurándosela, daríais la paz a millares de seres.

La era de la fe ciega está acabando: estamos en la de las investigaciones; pero las que nos hace descubrir el error, sin señalarnos el terreno en el cual el alma pueda elevarse, no producirán, más que iconoclastas.

La iconoclastia, por su misma naturaleza destructiva, no puede dar nada: ella hace solamente mesa rasa.

La pura negación, no habría de satisfacer al hombre, y el agnosticismo no puede ser más que un compás de espera.

Este es el momento para guiar el impulso recurrente que pronto debe venir, y que empujará la edad hacia la extrema del ateísmo, o arrastrará de nuevo al extremo sacerdocio, si no se le guía por medio de la a la satisfactoria Filosofía del alma de los Arios. Comprenderá lo irrefutable de los hechos, si observa lo que pasa hoy día; por una parte los católicos, que cual termitas vanidosos, se apresuran a ponderar sus milagros; de otra, los libres pensadores que se convierten en masa a él agnosticismo.

El siglo marcha, en una orgía de fenómenos.

Las mismas maravillas que los espíritus citan en oposición a los dogmas de expiación y de perdición eternas, sirven a los católicos que

acuden a contemplados, para afirmarse más, en la fe de sus milagros.

Los escépticos, se burlan de los unos y de los otros. Todos están ciegos, sin hallar persona que sepa guiarlos.

Sus colegas y vos mismo, podían ayudar a formar una filosofía religiosa, de la que el mundo entero tiene una gran necesidad.

Filosofía inatacable para los destructores de la ciencia, viniendo a ser ella la Absoluta Ciencia, religión verdaderamente digna de este nombre, porque ella, se basa en las relaciones del hombre físico con el hombre psíquico.

Y con ellos, todos los que sean inferiores o superiores.

¿Esto no merece mi ligero sacrificio? y si después de reflexionar os decidierais a entrar por esta nueva senda, haríais saber con vuestros propios hechos que vuestra sociedad no es una botica de milagros, ni un club para banquetes, y que no se dedica especialmente al estudio del fenomenalismo.

Su objeto capital ha de ser, extirpar las supersticiones y el escepticismo hoy imperante, y hace fluir nuevamente los viejos manantiales del saber antiguo, largo tiempo cegados.

Las pruebas que enseñan al hombre el poder formar su futuro destino teniendo la posibilidad, por cierto, de vivir en una vida futura siempre que la quiera, sabiendo en fin; que todos los fenómenos no son más que manifestaciones de una ley natural, que debe intentar comprender todo ser inteligente.

No he dicho nada todavía, de las circunstancias que concurrieron para venir a mis manos las cartas que estoy publicando.

Comparando la importancia intrínseca de las ideas que ellas encierran, y las circunstancias fenomenales que con algunas de ellas me fueron dadas, no tienen más que una secundaria importancia, para los lectores que no aprecien sobre todo su filosofía.

Sin embargo, por pequeña que sea una evidencia, mientras ésta sirva para enseñar la clase de poderes que ejercitan los adeptos, será digna de atención.

Aún que la explicación de estos poderes sea un secreto para el

mundo, el hecho de su existencia no puede probarse más, que por la acumulación de pruebas; en tanto seamos incapaces de demostrar la posibilidad por el análisis a priori, de todos los poderes psíquicos, latentes en el hombre.

Mi amigo, a quien la última carta estaba dirigida, escribió una larga misiva, y subsiguientemente, una carta adicional a Koot Hoomi: él me envió esta respuesta, rogándome que después de leerla, la cerrase, y entregara o enviase a la Sra. Blavatsky, para que ella la transmitiera.

Hacia esta época, esperábamos a la Sra. Blavatsky en mi casa, en Allahabad, que venía de Amritsour y Lahore, en donde, como ya he dejado indicado, se había quedado algún tiempo después de nuestra separación de Simla, por causa de la estación.

Hice lo que se me pedía y entregué mi carta a la Sra. Blavatsky, después de haber engomado y cerrado el sobre, que había venido abierto.

La misma noche, horas después, al regresar a mi casa para comer, vía que la carta enviada había vuelto, la Sra. Blavatsky me refirió que, hablando en su habitación con un visitante, éste escribía con un lápiz azul, encima de su escritorio, sin al parecer cuidarse de lo que hacía, cuando ella se fijó de pronto que el papel en el cual garrapateaba, era mi carta y cuyo destinatario había debidamente tomado posesión de ella por su método ordinario, una hora o dos antes.

Madama se apercibió que mientras hablaba de varias cosas había escrito inconscientemente en el sobre, las palabras que éste llevaba ahora, leída y devuelta con agradecimientos y algunos comentarios. Volvedla a abrir.

Examiné con cuidado el sobre, estaba perfectamente intacto.

Abriéndola, encontré la carta que contenía otra, que le había enviado, en que Koot Hoomi me escribía criticando la primera, por medio de una serie de cifras hechas con un lápiz, relacionadas con algunas frases particulares de la carta original.

Este nuevo ejemplo del pase de materia a distancia, por la misma que para millares de hombres que han sido sus testigos, es un fenómeno, no es más que una ley natural, tan cierto, como lo es que el

sol se levanta y se pone.

Los críticos escépticos olvidan, o abandonan las enseñanzas que encierran todos los fenómenos descritos y muy seguramente dirán respecto a este nuevo caso de transmisión de objetos a distancia que la carta en cuestión ha podido muy bien y ha tenido tiempo la Sra. Blavatsky, para abrir el sobre por unos medios parecidos a los que los mediums de profesión, tienen costumbre de emplear para obtener de sus espíritus, contestaciones a cartas cerradas.

Pero esta objeción cae por su base, si se recuerda el telegrama de Jhelum y lo evidente que resulta toda esta correspondencia, bastando a demostrar que las cartas, en las cuales reconocía la escritura de Koot Hoomi, no eran en ningún caso la obra de la Sra. Blavatsky, a más que puede compararse con otro que mencionaré a continuación por el estilo, y muy parecido, que se presentó poco tiempo después, pero con otras y variadas circunstancias.

Koot Hoomi, había dirigido una carta por mi conducto para mi amigo, y para que la leyese e hiciera enviar.

Antes de enviarla, tuve necesidad de dirigir con tal motivo unas letras escritas a Koot Hoomi, escribiéndole una minuta, que encerré en un sobre comercial corrientemente engomado y que entregué a la Sra. Blavatsky.

Esta la cogió y metió en su bolsillo, pasó al gabinete que había junto al salón, y volvió enseguida.

Ciertamente, no había estado ausente más de treinta segundos, pero me dijo que él había ya enviado la carta.

Entonces me siguió hasta el salón, luego habló durante algunos minutos con mi mujer, que se hallaba en él, y volviendo a mi despacho, se recostó en un canapé.

Me puse a escribir, y diez minutos no habrían pasado, tal vez ni negaron, cuando de repente se levantó, diciendo:

“*Ved ahí su carta*”, enseñándomela en la almohada, donde había tenido apoyada la cabeza.

Allí estaba efectivamente, la carta que acababa de escribir con el

sobre a Koot Hoomi borrado por mí, al escribir yo el mío por encima.

Después de un examen minucioso, rompí el sobre y encontré en él, entre las hojas en blanco de mi carta, la contestación pedida y escrita de la misma mano de Koot Hoomi.

Ahora, si se ponen a parte los treinta segundos pasados en su cuarto, la Sra. Blavatsky, durante el intervalo de tiempo pasado entre la entrega de la carta y su vuelta, como acabo de explicar, no había desaparecido de mi vista más que un minuto, entrando en el cuarto de mi mujer.

Si algún experimento se hubiera querido imaginar, ninguno como el obtenido.

Prueba mecánica, la más concluyente de un poder anormal, puesto en juego en este caso.

El adversario más contrario a las doctrinas emitidas, no puede seriamente poner en duda, lo tan comprobado y expuesto.

En uno o dos casos más, he recibido de Koot Hoomi contestaciones puestas en mis propios sobres, que le había enviado intactos como se los habían escrito; por señas convenidas mis, cartas desaparecían del interior del sobre y sus contestaciones ocupaban su sitio.

En dos o tres circunstancias nada más, encontré mensajes cortos, escritos de su mano en las partes blancas de ciertas cartas que me enviaban por el correo otros correspondientes que no se ocupaban de las adiciones hechas en sus epístolas.

Naturalmente, pedí una explicación a Koot Hoomi acerca de estos fenómenos, pero me fuera más fácil interrogarle a él, que éste de contestarme.

Por otra parte, las fuerzas que los adeptos hacen obrar en la materia para obtener resultados anormales, son de una naturaleza tan poco conocida de la ciencia oficial, que nosotros, habitantes del mundo exterior, estamos poco preparados para recibir tales explicaciones; además que la manipulación de estas fuerzas, pertenece ya a los secretos de la iniciación, que un ocultista no descubrirá jamás.

Sin embargo, una vez recibí, acerca del particular de que hablamos,

esta media palabra como explicación:

“Además, ten en cuenta que estas cartas no están escritas, sino imprimidas, o precipitadas, y luego todos los errores corregidos.”

Se puede creer que deseaba saber algo más respecto de esta precipitación; de ese procedimiento veloz como el pensamiento, ¿más rápido que todos los medios que nos son conocidos?...

¿Por lo que respecta a estas cartas recibidas y contestadas, es que eran leídas de un golpe por el entendimiento del destinatario oculto, o habían de ser leídas, en la forma acostumbrada?...

Yo he de leer cada una de las palabras que me escribís, contestó Koot Hoomi, de otro modo haría disparates; pero que las lea con ayuda de mis ojos físicos, ¿o con la de mis ojos espirituales?

El tiempo requerido para esta lectura, es materialmente el mismo.

Debo decir también, que tanto que mis contestaciones sean estampadas, ya las dicté, ó las escriba yo mismo, la diferencia de tiempo que ganaría empleando para ellas con preferencia uno o el otro de estos procedimientos, es insignificante.

He de pensar, cada palabra y cada frase fijarlas con cuidado en mi cerebro, antes de reproducirlas por estampación, lo mismo que para fijar en las placas químicas las imágenes formadas en la cámara, obscura, es preciso disponer antes del objetivo, la imagen del objeto que se ha de representar, -porque de otro modo, como sucede en las malas fotografías, las piernas del modelo parecerían fuera de toda proporción con su cabeza, y así de lo demás.

Del mismo modo, tenemos que disponer nuestras frases y estampar en nuestro espíritu cada letra que ha de aparecer en el papel, antes que sirva para ser leída.

Esto es todo cuanto puedo deciros por de pronto.

Cuando la ciencia conocerá algo más, respecto a los misterios que encierra la lithophyl (ó litho-biblion) y sepa el porqué y el cómo, las señales de las hojas quedan impresas en las piedras, entonces podré hacerme entender mejor.

Pero debéis acordaros de una cosa: -No hacemos más que seguir a la

naturaleza, copiándola servilmente en sus obras.

En otra carta, Koot Hoomi se extiende más ampliamente, ante las dificultades para dar explicaciones ocultas inteligibles a los espíritus que han sido educados en los prejuicios de la ciencia moderna.

No es por el progreso, que se hace en la ciencia arcaica, principiando por sus elementos rudimentarios, como uno será conducido gradualmente a entender lo que queremos decir.

Sólo este progreso, y no otra cosa, fortaleciendo y purificando estos misteriosos lazos de simpatía que existen entre los hombres inteligentes, fragmentos temporalmente aislados del alma universal, alma del mundo ellos mismos, ese progreso llegara a la meta, cuando ponga en relación a los unos, con todos los demás.

Una vez sea obtenido este resultado, las simpatías despertadas servirán para unir al Hombre, con aquello cuya expresión, falta de un modo científico y europeo propio para expresar mi idea; viéndome forzado a declarar que una sola cadena de vida liga al Cosmos material e inmaterial, con el Pasado, el Presente y el Porvenir.

Ellos, utilizarán sus percepciones y las harán capaces de adquirir claramente, no sólo todas las cosas de la materia, sino también las del espíritu.

Estoy enojado al tener que valerme de esas palabras groseras- Presente, Pasado y Porvenir.

¡Miserables conceptos de objetivas frases, para expresar lo de un todo subjetivo!

Ellos son, después de todo, tan fáciles para explicar mi idea, como hacha para talla fina.

¡Oh! ¡pobre amigo, que no estáis desengañado, ni bastante adelantado en el sendero, para que esta simple transmisión de ideas que os hago, no se ahogue en vos con las obstrucciones que opone la materia, y hace que la unión de vuestro espíritu con el nuestro, no pueda efectuarse por vuestra incapacidad nativa!

Desgraciadamente, el espíritu de los Occidentales se ha vuelto tan grosero, ya por herencia y aumentado a más con propias

adquisiciones, que las frases que os sirven para expresar vuestros pensamientos modernos, son las mismas, ampliamente empleadas también por el materialismo que entraña en sus costumbres, y que ahora se hace casi imposible a los occidentales, comprender, ni aun menos expresaren lenguaje apropiado, algo del mecanismo delicado, ya que no ideal, del Cosmos Oculto.

A lo sumo, los europeos podrán, a fuerza de estudio y meditación, adquirir dicha facultad hasta un cierto grado.

Esta es la barrera que ha impedido hasta aquí, admitir la creencia en las verdades teosóficas, y adquirir veracidad con las naciones occidentales, que ha hecho rechazar por los filósofos del Oeste, como inútil y fantástico, el estudio de la teosofía.

¿Como aprenderéis a leer y a escribir o cuando menos a entender un lenguaje, para el cual no han sido inventados, ni alfabetos, ni palabras inteligibles para nuestro uso?

¿Cómo se podrían explicar los fenómenos, de nuestra ciencia eléctrica moderna, por ejemplo, a un filósofo griego de la época de Ptolomeo, llamado de repente a la vida, después de la laguna de tiempo infranqueable que separa los descubrimientos de su siglo, con los del nuestro?

¿Los términos técnicos, no serían para él mismo, una jerigonza ininteligible, una Abracadabra de sonidos, desprovistos de significación?

¿Los instrumentos y aparatos, dejarían de parecerle otra cosa, que monstruosidades milagrosas?

Y suponed por un instante que tuviese que describiros los rayos en el espacio coloreados, y que se encuentran en lo que llamáis el espectro visible, rayas invisibles para todo el mundo, menos para algunos de nosotros; y hubiere de explicar cómo podremos encontrar, en el espacio, cada uno de esos colores llamados subjetivos o accidentales, y a más, el complemento (para hablar de una manera matemática) de todo otro color dado de un cuerpo dicromático; (esta palabra sola parece un absurdo)

¿creéis vos que llegaríais a comprender su efecto óptico, o a lo

menos lo que quería decir?

Y puesto que vos no podríais verlas (dichas rayas) ni conocerlas, y que vuestra ciencia no tiene nombre para ellas si venía a deciros...: sin dejar vuestra mesa atril de despacho, probad a encontrar y producir ante vuestros ojos, todo el espectro solar, descompuesto en catorce colores prismáticos, (de ellos, siete complementarios) y esto, solo con ayuda de esta luz oculta, que vos podríais ver muy bien a distancia como yo os veo a vos?

¿Cuál sería vuestra contestación, pregunto? ¿Qué tendríais que decir?

No me replicaríais probablemente, que no existían más, que siete colores primarios (hay tres) que por otra parte no se ha visto jamás la descomposición impelida, por un procedimiento físico, conocido mas allá de los siete matices del prisma, ¿no replicarías repito, que mi proposición era también anti-científica y absurda?

¿Objetaríais no es verdad, que las investigaciones que os propongo de un pretendido complemento, no son más que mía lisonja vana dirigida a vuestro conocimiento en las ciencias físicas, y que yo haría muy bien, ir a buscar al Thibet, mis fabulosas coplas dicromáticas y solares?

Hasta ahora, la ciencia moderna ha sido incapaz de admitir ninguna teoría en un fenómeno tan sencillo, cual es, el de los colores de todos estos cuerpos dicromáticos, y sin embargo, la verdad es, que estos colores son realmente objetivos.

Ya veis pues, las dificultades insuperables con que se debe luchar en nuestra situación, y en el caso en que os encontráis, al tratar de alcanzar, no el conocimiento absoluto, sino los primeros rudimentos, de la ciencia oculta.

¿Cómo podríais haceros comprender, y de hecho, obedecer, de estas fuerzas semi-inteligentes que no se comunican con nosotros por medio de palabras habladas, pero sí, con la ayuda de correlaciones que existen, entre las vibraciones de los sonidos. y las de los colores?

Porque el sonido, la luz y el color, son los tres principales factores, que entran en la formación de las inteligencias de este grado, Seres de

cuya existencia misma, no podéis formaros ninguna idea, y en los que por lo tanto, no es factible creáis.

Ateos y cristianos, materialistas y espiritualistas, prevenidos todos, en contra de esta creencia, con sus argumentos respectivos, como la misma ciencia también oponiéndose con mas fuerza todavía, a lo ella que considera una superstición tan degradante!

Así se hace imposible franquear de un salto las paredes del recinto, y llegar a el pináculo del conocimiento: porque nosotros no podemos coger a un salvaje en el centro del África, y hacerle comprender los principios de Newton o la sociología de Herbert Spencer, porque nosotros no podemos hacer, que un niño ilustrado, escriba un nuevo poema de troya en clásico griego arcaico, ni que un pintor adocenado pinte escenas de Saturno o abocete el retrato de los habitantes de la estrella Arcturus a causa de todo esto, se nos niega nuestra existencia.

Si, a causa de todo esto, se nos trata de impostores o locos; así también a los que creen en nosotros; y se rechaza como el sueño de una imaginación desordenada a la ciencia misma, que conduce al más alto punto del saber, aquel más elevado, que hace verdaderamente gustar los frutos del árbol de la vida y de la sabiduría.

El pasaje que sigue, se encuentra en otra carta, pero se relaciona bastante, con el extracto que acabo de dar.

Las verdades y misterios del ocultismo, constituyen verdaderamente un conjunto de la más alta importancia espiritual, a la vez profundo y útil, para todo el mundo.

Así: no os las damos para aumentar la masa indigesta de teorías y especulaciones, sino más bien a causa de su alcance practico, y bajo el punto de vista del interés del género humano.

Hasta aquí se han empleado en un sentido muy elástico, y bajo los términos anticientíficos, imposibles alucinaciones, impostura, haciendo pasar así los fenómenos ocultos, como algo de misterioso o anormal, cuando no de engaño premeditado.

Y esto, es lo que ha determinado a nuestros Maestros a querer iluminar bastante más, a algunas inteligencias privilegiadas, y a demostrar que tras las manifestaciones del ocultismo, se encierran

leyes, como tras los fenómenos, los más sencillos del universo físico.

Los espíritus fuertes dicen: “*La edad de los milagros ha pasado*” nosotros contestamos: “*No ha existido jamás.*”

Es preciso que estos fenómenos, que por otra parte han desempeñado ya su papel en la historia social, se manifiesten y sigan manifestándose, logrando una victoria completa, en el mundo de los escépticos e hipócritas.

Ellos deben aparecer como a destructores y constructores: destructores de los errores perniciosos del pasado, los del antiguo credo y de las supersticiones que, como la planta Mejicana, ahogan casi a todo el género humano, bajo sus besos envenenados.

Pero eso sí, constructores de nuevas instituciones, de una verdadera y útil fraternidad humana, donde todos los miembros, deberán ser cooperadores de la naturaleza y trabajarán para el bien de la humanidad, con y para los espíritus planetarios superiores; los únicos... ien los cuales creemos!

De fenómenos elementales, en los que no se había pensado, ni soñado siquiera, empezaron pronto a manifestarse, con una intensidad, que crecerá cada día, y acabará por revelar el secreto de sus misteriosas maneras de obrar.

Platón, tenía. razón: las ideas rigen al mundo.

A medida que los espíritus humanos, dejen aparte las ideas viejas y gastadas, recibirán otras nuevas; el mundo adelantara; pujantes revoluciones, nacerán de estas ideas; los credos aun los más poderosos ya caídos por su fuerza irresistible, serán reducidos a polvo a su paso.

Cuando esos tiempos habrán llegado, será tan imposible resistir a su influencia, como detener la marea cuando sube.

Pero todo esto, llegara gradualmente; pues antes tenemos que cumplir con un deber, según nuestras fuerzas, cual es la de echar fuera, las piadosas baratijas que. nos han dejado nuestros antepasados.

Las nuevas ideas, han de ser plantadas en mentes muy sanas, porque encierran cuestiones, de la más alta importancia.

No son únicamente los fenómenos físicos, son más bien las ideas universales, las que nosotros estudiamos, porque para entender las unas, hemos tenido primeramente que analizar las otras.

Ellas nos revelan, el verdadero estado del hombre en el universo, respecto a sus nacimientos anteriores y futuros, a su origen y a sus destinos finales; la relación de lo mortal a lo inmortal, de lo temporal a lo eterno, de lo finito a lo infinito; ideas más amplias, más grandes, más vastas, reconociendo el reino eterno de la ley inmutable que no cambia y no puede cambiar, en presencia; de la cual, no hay más que un eterno presente: tanto que para los mortales no iniciados, el tiempo es pasado ó futuro, comparando su existencia infinita con esta mancha grosera de barro.

Estos son los problemas que estudiamos, ¡y que muchos han resuelto!... Pero soy hombre, y tengo que descansar. No he descansado ni dormido, hace más de sesenta horas.

Véanse aquí, algunos renglones más, escritos de mano por Koot Hoomi, en una carta que no me estaba dirigida.

Se encontrarán en su sitio, en esta especie de extracto.

De cualquier modo que sea, estamos contentos de vivir como lo hacemos, sin ser conocidos ni molestados, por una civilización que se apoya exclusivamente en la inteligencia.

La resurrección de nuestro arte antiguo, y nuestra poderosa civilización de otros tiempos, no nos inquieta de ningún modo, porque sabemos que volverán: como el Plesiosaurio y el Megatherium, en la época señalada, y bajo una forma más adelantada y perfecta.

Tenemos la debilidad de creer, en unos ciclos periódicos, y esperamos presenciar la resurrección de lo que fue y acabó, en otras épocas remotas.

Tampoco podríamos impedirlo, aunque lo quisiéramos.

La nueva civilización que nacerá, será cual infante de la antigüedad, y no tenemos más que dejar a la ley eterna seguir su curso, para ver nuestros muertos salir de sus tumbas.

Sin embargo, tenemos ciertamente el deseo de apresurar la vuelta de

tan dichoso acontecimiento. No temed nada: aun que nosotros nos enamoramos supersticiosamente de las reliquias del pasado, nuestra ciencia, no desaparecerá de la vista del hombre; ella es el dote de los dioses una reliquia, la más preciosa de todas.

Los guardadores de la luz sagrada, no han atravesado tantos siglos de inseguridad, para venir a encallar sobre las rocas del escepticismo moderno.

Nuestros pilotos, son marinos experimentados para que tengamos que temer un tal desastre.

Encontraremos siempre voluntarios, para reemplazar a los centinelas cansados y el mundo, tan perverso en el período transitorio de su estado actual, puede todavía, de tiempo en tiempo, proveernos dé algunos hombres abnegados y puros.

Pero vuelvo a mi particular correspondencia.

En la última carta que recibí de Koot-Hoomi, antes de yo dejar la India, para hacer un viaje a mi país durante cuyo pasaje y a bordo escribo estas páginas, me dice:

Espero a lo menos que comprenderéis que nosotros (o la mayor parte de nosotros), nos hallamos muy lejos de ser momias sin corazón, desprovistos de mural, como ciertas gentes seguramente, están, dispuestas a creernos.

Mejnour está muy bien donde esta: carácter ideal, de una historia que pasma, por lo verdadera en todos sus conceptos.

Creedme, pocos de nosotros querían desempeñar en la vida el papel de una flor seca entre las hojas de un libro de alguna enfática poesía.

No somos quizá más que una rosa para esos jóvenes, empleando la irrespetuosa expresión que emplea _____, al hablar de nosotros.

Sin embargo, ninguno de aquéllos que pertenecen a ese rango, se parecen al austero héroe de la novela de Bulwer.

Es verdad, que las facilidades de observación que nuestra condición asegura a alguno de nosotros, les dota de vida más larga, de sentimientos humanitarios preeminentes, más imparciales y los más vastos del género humano y de todos los vivientes.

Lejos de reconcentrar nuestras afecciones y limitadas a una raza predilecta podríamos contestar a Addisson, sosteniendo, que la obra propia de la magia es humanizar nuestras naturalezas, por la compasión.

Sin embargo, es dado a pocos de nosotros (excepto a los que han alcanzado la liberación final de Moksha) librarse de la influencia de nuestro lazo terrestre, para mostrarnos más o menos insensibles a los placeres, a las emociones y aún a los intereses, de un carácter elevado cuando se pertenece a la humanidad.

De otra parte, cuanto más grande será el progreso hacia la redención, más se debilitara esta sensibilidad, basta que para coronar la obra, todos los sentimientos humanos, morales o puramente individuales, lazos de consanguinidad y de amistad, patriotismo y predilección de raza, llegaran a fundirse en un solo sentimiento universal, el único verdadero y santo; él único que no será egoísta y será eterno, ¡el amor!..

¡Un inmenso amor!... ¡para la humanidad toda entera!...

Porque la humanidad, querido amigo, es el gran huérfano, el único desheredado en esta tierra, y está en el deber, todo hombre capaz de una impulsión generosa, de hacer algo, por poco que sea, para su bienestar.

Esto me recuerda, la vieja fabula de la guerra entre el cuerpo y los miembros; o sea que, cada miembro de este huérfano de padre y madre, no se cuida egoístamente más, que de sí mismo.

El cuerpo, privado de cuidados, padece eternamente; ya que sus miembros se hallen en paz, ya sea en guerra su dolor y su agonía, no, se acabarán jamás.

¿Y quién puede vituperarle, los que figuran como nuestros filósofos materialistas?

Sí, en su aislamiento y abandono perpetuo, él ha dado nacimiento a Dioses con los cuales pide siempre ayuda, sin ser jamás atendido.

Puesto que no hay esperanza en el hombre para el hombre, no quisiera oír un grito que lo pueda impedir.

Confieso sin embargo por mi parte que no me hallo todavía exento de algunas adherencias terrestres.

Aun siento afección más sincera hacia ciertos hombres con preferencia a otros y la filosofía que predica nuestro gran Maestro:

“...el Salvador del mundo, que enseña el Nirvana y la Ley.”

no, jamás ha matado en mí ni las preferencias individuales de la amistad, ni el amor de mis parientes, ni el sentimiento ardiente de patriotismo que siento para el país en donde he recibido mi individualidad material.

Había preguntado a Koot Hoomi hasta qué punto podía tomarme la libertad de usar de sus cartas, para la preparación de este volumen; véase ahí lo que me dijo, en algunos renglones. y a continuación del pasaje que acabo de citar:

No me opongo a que hagáis uso de todo lo que os he escrito o al señor M; me entrego en todo, a vuestra discreción y a vuestro juicio, lo que haya de ser impreso y la manera de verificado.

Debo solamente pedir os aquí señala una cierta palabra que desea tener secreta.

“En cuanto a lo demás, yo lo abandono, a las dentelladas venenosas de la crítica.”